Hombría al Máximo

Edwin Louis Cole

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

Miami, Florida 331664665
Publicado en inglés bajo el título:
MaximizedManhood
Por *ll7dtaker* ***House***

Traducción: ***Jorge 5. Somoza***
Diseño **de cubierta:** ***Gustavo Camacho***

ISBN 0-8297-09312

Categoría: *Vida Cristiana*

Impreso **en Estados Unidos de** América Printed **in** the **United States of** America

Dedico este libro a mi esposa, Nancy, “la mujer más encantadora del mundo”, y a Paúl, Judi, Rick, Lois y Joann.

Deseo expresar un reconocimiento especial para los hombres que aman la verdad y que han **hecho realidad este libro...Alan, Doyle,** Jim, **Ben, Rick, y Earl.**

Agradezco mucho la colaboración valiosa de Doug Brendel en la preparación de este libro.

Índice

Prefacio

por Ben Kinchlow
Co animador del *Club 700*

Está ocurriendo un fenómeno muy interesante en los Estados Unidos de América en el siglo veinte.

Desde que un niño nace hasta el fin de su adolescencia, los modelos de autoridad que enfrenta son femeninos en un abrumador casi ciento por ciento. Sólo por excepción, y por tanto sin la debida eficacia, aparece de cuando en cuando un modelo masculino.

En el hospital, las enfermeras son responsables de casi cada detalle en el cuidado del niño. En el hogar, la madre es por lo general el modelo de autoridad dominante. En la escuela, el noventa por ciento son maestras. Es más que probable que el primer agente de policía que verá un niño será una mujer que dirige el tránsito.

Cuando el niño va al cine, a la tienda de víveres, a los restaurantes, a la escuela bíblica de vacaciones o a la escuela dominical, **¿quién es la persona que vende, recibe los pedidos, cobra el dinero, le indica dónde sentarse o le habla acerca de Dios?** (La excepción la constituyen muchas iglesias donde un hombre predica a una congregación compuesta en su mayoría por mujeres.) **¿Quién le dice lo que debe usar para limpiar su habitación? ¿Quién gasta el dinero y paga las cuentas?** En otras palabras, **¿quién está realmente a cargo de la situación? ¿Acaso nos asombra que los jóvenes de hoy hacen toda clase de esfuerzos para demostrar que son verdaderos hombres tal como su mamá?**

Esa es la razón por la cual el hombre de nuestro tiempo usa alhajas, pulseras, collares y tal vez un arito encima del tobillo. Es el motivo por el que lleva el pelo largo, con frecuencia en un estilo determinado por un diseñador de peinados, y usa camisas desabrochadas para exhibir el pecho. También puede tratarse de un estilo de "hombre macho" que actúa en forma irresponsable con su esposa e hijos oque es indulgente en cuanto a "libertad" sexual y hace su "propia vida".

Por eso se dice que el hombre está "liberado". Al menos así se lo han enseñado los principios feministas destinados a minar su condición masculina.

Las mujeres, por su parte, usan cabello corto, pantalones masculinos, sacos y, en algunos casos, corbata. En un intento de "afirmar" su propio yo o "castigar a sus opresores", muchas mujeres dan lugar a que la ira reprimida, o la propia aversión, exploten con violencia contra los hombres que ellas consideran que cometen alguna falta.

Hombres y mujeres, por no saber con exactitud quiénes son o cuáles son sus funciones, viven en estado de confusión y agobiados por la ansiedad.

Hay una nueva psicología llamada **"salir del paso".** Es natural que los hombres no tomen decisiones claras ni asuman compromisos definidos. Se limitan a salir del paso. La naturaleza detesta el vacío y, por analogía, vemos que las mujeres son atraídas hacia las áreas en que los hombres abandonan el lugar que les corresponde. El resultado de esto es que hombres, y aun niños, se sienten airados y frustrados y, en número creciente, afrontan una "crisis de identidad".

En medio de este "salir del paso", las declaraciones del libro "Hombría al máximo" son

como un guante arrojado a modo de desafío. Su efecto es semejante al de una bofetada hiriente que contrarresta las producidas por la histeria, y comparable a la conmoción que causa el agua congelada. Es un libro que contiene no una mera discusión retórica, sino una confrontación frontal con los diversos planteamientos de la vida.

Este es un libro, sin tapujos ni concesiones, escrito para los hombres. En verdad se han escrito muchos libros "acerca" de los hombres, pero muy pocos, aunque buenos, "para" los hombres. Es como un volver a los días pasados en que tenían lugar las "charlas de hombre a hombre", y se exaltaban las virtudes, la caballerosidad y el respeto a las mujeres y niños, a raíz de que se comprendía la responsabilidad de llegar a ser un "hombre maduro". Este es un libro que nos capacita para descubrir el potencial máximo de nuestra vida y vivir en consecuencia como verdaderos hombres. Este es un anhelo que ha permanecido insatisfecho por largo tiempo.

Este libro, de estilo directo y hasta punzante, desafía a los hombres de hoy. Algunos se enojarán tanto por lo que afirma que preferirán cerrarlo y abandonar su lectura. Otros se sentirán impulsados a escribir una carta agresiva para lograr que Ed Cole "se enderece".

Algunos hombres lo leerán, estarán de acuerdo con algunos de sus preceptos y principios, pero no se decidirán a aceptar sus apelaciones al sacrificio. Sin un verdadero compromiso de cambio, no les sucederá nada. Otros, aunque estarán de acuerdo con la forma en que se desentrañan los temas, permanecerán intimidados por las **"duras realidades actuales"** y encontrarán que muchas de las posiciones asumidas en el libro son contradichas por las tendencias populares en boga. Como resultado de eso, rechazarán la verdad presentada en este libro.

Hay, en cambio, hombres que leerán el libro, estarán de acuerdo con él, y pondrán en práctica sus principios dinámicos. Esto producirá grandes cambios en su familia, su esposa y aun en su propia vida. A partir de esos cambios la nación misma podrá experimentar una revolución.

La Biblia dice que "Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla y señoread..."

Gracias, Señor, por habemos hecho como somos. Gracias, Ed, por recordárnoslo.

Capítulo 1

Sentencia extrema

Para mi alegría, la línea aérea *United Airlines* tenía un vuelo sin escalas desde Los Ángeles hasta Eugene, Oregón. Tenía que asistir a cuatro actividades diferentes a la vez, con una gran variedad de responsabilidades, y pasaba en aeropuertos y aviones una alta porción del tiempo que dedicaba al trabajo. Estaba contento de poder llegar a Eugene, el lugar en que celebramos el retiro sin tener que hacer una conexión vía Portland o Reno u otro lugar semejante.

Era un retiro para hombres. El primero de dos que estaban programados para dos fines de semana consecutivos, en las nevadas montañas del centro oeste de Oregón. Entre los dos haría un vuelo relámpago al norte, a Seattle, donde tenía que dar otra conferencia. Por último, el viaje de regreso a casa, en el sur de California, para de allí salir de nuevo hacia algún otro lugar.

Los temas de la predicación y la enseñanza, esos elevados ministerios, los bosquejaba muchas veces en los asientos de los pasillos de los aviones. Gran parte de mi tarea de preparación para el ministerio la realizaba en esa estrecha franja que hay entre los brazos de los asientos, a bordo de un avión.

En ese momento, aprovechando que la compañía de aviación me transportaba a Eugene, traté de concentrar mi mente a fin de poder estudiar.

Comencé a pensar.
Hombres.

Habría más de quinientos hombres en los dos retiros juntos. Sabía que se estaban reuniendo para escuchar algo que valiera la pena, algo que les cambiara la vida, algo que pudieran llevar al regresar a sus casas y a sus oficinas, sus negocios y sus excursiones de caza. Ellos querían algo que les ayudara a alcanzar su hombría al máximo, capacitándolos para vivir de una manera más semejante a Cristo que la que habían vivido hasta entonces.

El retiro que tenía por delante era, en realidad, reducido en comparación con muchos otros programas en los que había ministrado, y más pequeño aun en comparación con el ministerio de la televisión, en el cual había estado involucrado por años. Nada hacía suponer que esta gira pudiera tener algo que la diferenciara de manera especial.
Sin embargo, había una fuerza, una solemnidad, una carga, que no se desvanecía. Dios estaba haciendo algo en mi espíritu. Sentía que este salto a Oregón para hablar a hombres era un hito importante en mi vida.

Durante semanas había orado para tener las palabras exactas que debía decir a estos hombres. Por mi mente desfilaban distintas escenas del hombre moderno. En nuestra sociedad hay una contaminación moral que está alcanzando su expresión máxima en la desintegración de la hombría a nuestros ojos.
Comencé a entender cuán grande es la necesidad de que los hombres comprendan lo que está sucediendo, y que hagan algo al respecto.

Las cosas no marchan por la senda que a Dios le agrada.

Las turbinas del avión de reacción rugían en la parte de atrás, y mi Biblia y mi libro de notas estaban abiertos delante de mí sobre la mesita extensible. Pero en mi meditación me pareció

perder la conciencia de todo lo que había a mi alrededor. Algo sucedía en mi espíritu. Era consciente de la presencia de Dios.

Recordé la enseñanza que el bien conocido expositor bíblico, Campbell McAlpine, había traído a nuestra comunidad de creyentes hacía apenas unas semanas. El pasaje de la Escritura que usó produjo en mí un impacto poderoso. Fue como si cobrara nueva vigencia, y desde entonces yo había quedado afectado por la importancia que tiene para los hombres.

Campbell había hablado sobre Primera carta a los Corintios capítulo 10. Los versículos seis al nueve dan una lista de cinco razones por las cuales los israelitas no pudieron entrar a la prometida tierra de Canaán.

En su exposición había una verdad central: Dios tiene una tierra de promesa y bendición para su pueblo. Los israelitas habían perdido su oportunidad de entrar en aquella tierra a causa de cinco pecados fundamentales.

Pero para mí esta Escritura tenía un significado que trascendía todo pensamiento que hubiera tenido antes. Esta crónica de pecados tenía relación con Israel, pero había en ella una correlación directa con el hombre moderno. Las Escrituras dicen que los israelitas constituyen ejemplos dejados para nuestra enseñanza.

¿Qué significa esto para los hombres de hoy?

Bajé la vista para mirar mi Biblia. Releí el capítulo de Corintios, y medité en esas cinco razones que hicieron que el pueblo de Israel fracasara en su posibilidad de entrar en la tierra prometida.

Cuando uno enseña, tienen gran importancia las palabras justas, el enfoque correcto y el momento adecuado. Yo quería, en realidad, que este mensaje que iba a dar a esos hombres en las montañas nevadas de Oregón fuera el mensaje preciso.

En la Biblia estaban las razones del fracaso.

“Codicia.”
“Idolatría.”
“Fornicación.”
“Tentar a Cristo.”
“Murmuración.”

Mientras examinaba con detenimiento esa lista de pecados que Campbell había enseñado, resaltó uno: el pecado de la fornicación. Comencé a pensar en personas que había conocido, y que todavía conozco, que no pudieron entrar en su “tierra prometida” por causa de pecados sexuales.

Parejas, hombres, amigos, predicadores, senadores, gente que en la vida ocupa toda clase de posiciones. Creyentes y no creyentes. Pecadores y santos.

Poco tiempo atrás un amigo de California me dijo en forma enfática: “Quiero decirte, Ed, que necesitas poner mucha atención en el tema de la promiscuidad sexual, ¡porque este es un problema que afecta a todo el territorio de Orange! ¡Hay parejas que viven juntos sin estar casados, y todavía van a la iglesia y creen que son cristianos!”

Los hijos de Israel no nos aventajaban en nada. Somos iguales a ellos. Sí, pecado por pecado.

Una mañana, mientras desayunaba con mi familia, ocurrió algo que me conmovió. Sentados

alrededor de la mesa, les mencioné a mi esposa, Nancy, y a mi hija, Joann, acerca de mi preocupación creciente por los problemas sexuales del hombre moderno.

Me escucharon en silencio, y luego Joann respondió con el discernimiento que adquirió tanto por su educación como por su comprensión cristiana.

"Papá, ¿no crees que los pecados sexuales serán el problema de la iglesia en la próxima década?"

La miré. Nunca se me había presentado esto de esa manera. Pero después que lo dijo surgió dentro de mí con inusitada claridad una imagen instantánea de nuestra vida nacional: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, líderes y gente común, todos por igual, a lo largo de los Estados Unidos. Luego se extendió a todo el mundo. Así fue como lo vi.

Era evidente que la fibra moral de nuestra nación se estaba debilitando y aun se hacía pedazos por todas partes. Pero luego vi que la iglesia no quedaba exenta de culpa. Las costumbres de la sociedad se estaban imponiendo dentro de la iglesia de Jesucristo.

Tantas vidas, y todas afectadas por pecados sexuales.

Noté que había algo repetitivo. La enseñanza de Campbell. Las palabras de sabiduría de Joann. La Palabra de Dios.

Mientras el avión me acercaba a mi destino, y se aproximaba también el momento en que tenía que entregar mi mensaje, comencé a escribir. Era consciente de que el Espíritu de Dios me inspiraba y guiaba mi pluma al escribir sobre la página de mi cuaderno de notas.

Cuando terminé, miré lo que había escrito.

Era una sentencia que nunca antes había visto, ni siquiera en forma parecida. Nunca había dicho algo igual.

Era una sentencia con tanta agudeza que la miré en forma detenida por un largo tiempo, preguntándome cuándo, dónde o a quiénes debería dirigirla. Mi espíritu se agitó dentro de mí porque sabía que esa sentencia era para esa noche, para esos hombres, en aquel retiro.

Era demasiado poderosa para mí, demasiado audaz aun para un predicador profeta como yo, que había profetizado a grandes multitudes. Pero nunca algo como esto.

Esto venía de Dios.
Sabía que tendría que decirlo.
¿Cuándo? ¿Cómo?

En una situación como esta, la sabiduría para elegir el momento oportuno es lo más importante.

Yo tendría que declarar esto. Entregarlo como un mandamiento. En voz alta. En forma pública. Con autoridad. Tenía que ser aquella noche, a los hombres que estaban en Camp Davidson, en las afueras montañosas de Eugene, Oregón.

Esto podría ser terrible sin el poder de Dios, pero con la confirmación de Dios y con su aprobación, sería glorioso. Traería libertad.

Tenía que decirlo. Tenía que dar el mandamiento.
La parte de Dios era justificar su urgencia.

<u>Capítulo 2</u>

Fuera de Canaán

Aquella noche, en Oregón, en la reunión realizada en una rústica capilla casi escondida entre los pinos, llegó mi turno para hablar. Sabía con exactitud qué debía hacer y qué debía decir. No tenía dudas. No había indecisión.

Mientras estaba de pie ante una insospechada multitud de hombres, sentí una acelerada sensación de agitación. Estaban de pie como yo mientras los guiaba a una confesión Je Jesucristo y su señorío, y luego en una oración de compromiso con Dios, como siempre lo hago antes de ministrar.

Después, antes de que pudieran sentarse, los miré a los ojos y les di el mandato de Dios.

"Si vives cometiendo adulterio, fornicación, homosexualidad, incesto, o practicas la masturbación, complaciéndote en la pornografía, disfrutando de fantasías sexuales o cometiendo cualquier otra clase de pecado sexual, te ordeno en el nombre de Jesucristo que te arrepientas, y seas restaurado a una correcta relación con Dios el Padre, siendo reconciliado por Jesucristo y el poder del Espíritu Santo."

La sala quedó en silencio por una fracción de segundo. Aquellas palabras, que habían sido garabateadas con tanta torpeza unas pocas horas antes, ahora atravesaban el aire como una corriente eléctrica. Las manos de los hombres golpearon en el aire, con un único y explosivo ademán, y comenzaron a clamar en alabanza y adoración a Dios. El Espíritu Santo atravesó la capilla en las montañas, como lo haría un enjambre de abejas, produciendo una masiva respuesta a una pregunta cruelmente sincera.

Esos hombres, predicadores, hombres de negocios, obreros, jóvenes y ancianos, habían suplicado dirección. Habían anhelado un liderazgo. Habían buscado la voz de Dios, sin importar cuán severa fuese.

Habían estado clamando por un cambio en su vida, y una solución a sus dudas y vacilaciones. Al igual que los desafortunados hijos de Israel, los hombres del siglo veinte sueñan con una tierra prometida, con una Canaán. Esta es una clase de vida en la que se pueden resolver los problemas, en la que se solucionan los conflictos, y se renuevan las relaciones interpersonales. Es una vida de poder y provisión.

Ellos anhelaban la tierra de Canaán.

Ahora quisiera explicarle el significado de la tierra de Canaán y cómo se aplica esto a su vida.

La tierra de Canaán siempre ha encerrado el simbolismo de Dios para representar al hombre en su hombría al máximo. Canaán es el lugar donde se cumplen las promesas de Dios en nuestra vida, el lugar donde Dios lleva el potencial de su pueblo al máximo, tanto en forma individual como colectiva. Y esto afecta sus espíritus, emociones y cuerpos; sus matrimonios, hijos y profesiones.

En el Antiguo Testamento, la tierra de Canaán era el lugar donde Dios quería que vivieran los israelitas después que los libertó de la esclavitud de Egipto. Ellos debían vivir allí por fe, y Dios cumpliría las promesas que les había dado.

Quiero que usted entienda que Canaán es una tierra de promesa donde Dios quiere que usted

viva por fe cada día. Allí El cumplirá sus promesas en su vida. Allí usted podrá alcanzar su potencial máximo.

La tierra de Canaán es real.
Pero los israelitas no pudieron entrar en Canaán.

Fracasaron a causa de las cinco razones fundamentales que se mencionan en Primera a los Corintios, capítulo diez.

Esas cinco razones son las mismas por las que los hombres de hoy no alcanzan a cumplir en su vida lo que significa su tierra de Canaán. Dios quiere que los hombres vivan en la tierra de Canaán en sus matrimonios, en sus negocios, en sus relaciones familiares y en su educación.

Sin embargo, hay hombres que no han alcanzado su potencial máximo en sus matrimonios, en sus negocios ni en sus relaciones interpersonales.

Son hombres con un potencial no aprovechado.

Usted puede ser uno de ellos, o tal vez alguien que usted conoce.

Esos cinco pecados fundamentales todavía siguen siendo una plaga para el hombre actual, que lo aleja de poder lograr su máximo potencial en la vida.}

¡Aquí están los cinco grandes pecados!

1) *Codicia*

La codicia de la que se habla aquí no es necesariamente la codicia sexual; esta la consideraremos más adelante, cuando tratemos con los pecados del sexo. La codicia que menciona aquí se basa en la satisfacción propia a expensas de Dios y de otros. Consiste en preocuparse con lo que el ego desea. Es la satisfacción o gratificación de la carne.

El amor es de Dios, y el verdadero amor siempre da. El amor de Dios desea satisfacer al objeto de su amor. “Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito.” Dios es amor. El amor da.

El amor da; la codicia pide. El rumbo que toma la vida se distingue por uno de los dos. Los israelitas anhelaron lo que dejaron en Egipto. Sus pies los estaban llevando a Canaán, pero sus corazones los hacían volver a Egipto.

Amaban más los placeres que a Dios.

Usted puede decir hoy cuándo un hombre o una mujer están codiciando. Ellos desean satisfacerse a sí mismos a expensas de los demás. Por medio de la misma prueba usted puede determinar quiénes aman, porque ellos desean satisfacer al ser amado a expensas de sí mismos.

Un hombre puede estar casado pero codicia a su esposa sexualmente cuando. Por lo único que se preocupa es por satisfacerse a sí mismo, dejándola incompleta e insatisfecha. Es obvio que el hombre joven que le profesa amor a la novia sólo está cometiendo codicia cuando se satisface sexualmente, y deja que ella afronte sola el embarazo y el temor.

Una mujer codicia cuando usa las tarjetas de crédito para aumentar las cuentas que su esposo no puede pagar, trayendo una terrible carga sobre la familia. Aunque profesa amor, realmente está codiciando.

Las grandes empresas codician unas contra otras. Aun las naciones se codician entre sí

Pero usted ya está en condiciones de hacer su propia lista de las formas en que la gente ama o codicia. En realidad, la codicia impide a los hombres ya las mujeres alcanzar su máximo potencial.

2) *Idolatría*

La idolatría es un sistema de valores que nosotros creamos, y por el cual estimamos que una cosa merece mucho más nuestra devoción que la devoción a Dios.

Muchas cosas pueden convertirse en ídolos: el poder, el prestigio, la educación, el dinero, los negocios, la religión, la popularidad, el ego y la pornografía.

Algunos hombres adoran en el templo de sus negocios, otros en los templos de la recreación y el deporte. Aun otros pueden inclinarse ante el sonido de la caja registradora.

Para algunos ministros, aun su ministerio puede convenirse en un ídolo. Llegan a ser tan devotos del ministerio que no tienen tiempo de adorar a Dios, esperar en su presencia, o pasar algún tiempo ministrándole a El.

Para otros, su programa de televisión se ha convertido en un ídolo.

Todo tipo de pornografía es idolatría. Se basa en la capacidad del hombre de crear una fantasía o imagen en su mente que lo satisfaga, y de la cual puede ser devoto.

Me encontraba en Phoenix cuando mencioné esto una noche. Una mujer me dijo que las telenovelas que trasmitían por televisión habían llegado a ser tan poderosas para ella que comenzó una vida de fantasía sexual que a veces le ocupaba la mente por varias horas. Después de eso, quedaba tan débil que no podía preparar la cena para su esposo. Dijo que para ella eso era peor que el alcoholismo.

La vida corporativa en los Estados Unidos ha llegado a ser idólatra en muchas formas. Muchos hombres sacrifican sus familias por el bien de la empresa donde trabajan.

Muchos actores se adoran a sí mismos. Cualquier persona puede llegar a esto, pero ellos son más susceptibles por la adoración que representa la fama.

La idolatría impide que los hombres alcancen su potencial máximo. Esto es así en su vida personal, matrimonial, profesional y espiritual.

3) *Fornicación*

En realidad, esto incluye cualquier clase de pecado sexual.

El pecado sigue siendo pecado. No importa de qué manera lo deletree.

La fornicación es popular y la promiscuidad sexual se acepta hoy día en todas partes, excepto en la Biblia. No importa que los hombres quieran quemar, negar o crucificar la Palabra de Dios. A pesar de eso todavía levanta el estandarte de la fe, nos da las reglas de conducta, y nos revela el carácter de Dios.

La lectura sobre Sansón, el rey David y otros personajes en las Escrituras nos da una lección

vital en lo que respecta a las consecuencias de los pecados sexuales. Pero la lista continúa hoy día. Todos los hombres, aun los que en muchos aspectos de la vida desarrollan su hombría al máximo, están limitados por sus pecados sexuales.

Tanto los solteros como los casados, los jóvenes y los ancianos, están sujetos a los deseos, apetitos, pasiones y tentaciones que les provocan una pérdida y les impiden llegar a ser lo que Dios quiere que sean.

De esa forma, los ministerios encomendados a los hombres no se han desarrollado o están perdidos.

Los caracteres de los hombres no se han desarrollado o se han debilitado.

La promesa de Dios de sentarse con El ha sido dada a los que son declarados vencedores. Estos son los devotos que alcanzan el éxito. A todo hombre se le da la oportunidad de entrar en su Canaán, de desarrollar su hombría al máximo.

Cuando los hombres de Israel cometieron fornicación, murieron en el desierto, y nunca llegaron a ver Canaán. Los hombres todavía siguen muriendo en el desierto, atascados en el cieno moral, perdiendo lo mejor que Dios tiene para sus vidas.

Este no fue el plan de Dios para entonces ni lo es para ahora.

4) Tentando a Cristo

Cuando las multitudes clamaron a Cristo que descendiera de la cruz, lo estaban tentando. Tentar a Cristo es pedir que Dios haga lo que es contrario a su voluntad, o inconsecuente con su carácter. Hoy día los hombres siguen haciendo lo mismo, pidiendo que Dios proporcione otro medio de salvación que no sea la cruz.

Están tentando a Cristo cuando mienten y engañan en los negocios y piden que Dios los bendiga y prospere. Los hombres y las mujeres prosiguen con la promiscuidad aunque saben que es incorrecto, los hijos rechazan el consejo cristiano de sus padres, las congregaciones demandan a sus pastores que construyan la iglesia sobre la base de programas sociales más que sobre la Palabra de Dios y la oración, o los creyentes quieren disfrutar de los beneficios de la salvación y de los placeres del pecado al mismo tiempo; todos están tentando a Cristo.

Esto impidió que Israel entrara en Canaán.

Hoy día esto está impidiendo a los hombres de entrar en su Canaán.

5) Murmuración

La murmuración en su forma más simple no es ni más ni menos que “confesión negativa”.

Se clasifican como murmuración las quejas, los juicios, las críticas, los rumores; estos y muchos más. Primera a los Corintios, capítulo cinco, habla del “maldiciente”, que es una palabra que no usamos comúnmente. Un maldiciente es un calumniador, un blasfemo, un denigrador, y Dios quiere que lo tratemos con disciplina.

“¡Cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!” **(Santiago *3:5).***

La lengua es así. Los pequeños comentarios, las observaciones hirientes, el sarcasmo, finalmente crean una tormentosa fogata de odio, contienda y enemistad.

Consumen las relaciones interpersonales, y no dejan más que brasas.

Los hombres murmuran sobre sus compañías o sus jefes en los bebederos, y luego se quejan porque no los ascienden. Murmuran contra el predicador, y se preguntan por qué sus hijos no responden al evangelio. Murmuran contra la Palabra de Dios, y se quejan cuando no ven que la fe produce efectos en su vida.

Allí no hay Canaán.

Cuando vi estos cinco pecados, llegó a ser evidente que todavía son las cinco causas radicales por las cuales los hombres viven con un potencial irrealizado. Estos son fundamentales para toda la humanidad.

Dios quiere que los hombres entren en Canaán, en ese lugar de descanso, bendición, éxito, capacidad y autoridad; El desea que estén allí. Sin embargo, es obvio que los hombres todavía están errantes en el desierto, muriendo por causa del pecado. Nunca llegan a ser lo que Dios quiso que fuesen.

Cinco pecados fundamentales.

La oración que Dios me dio en aquel vuelo para el retiro en Oregón estaba dirigida específicamente a uno de esos pecados: la fornicación.

Esto fue poderoso y tuvo un resultado fenomenal.

Doscientos sesenta y cinco hombres se acercaron al frente de la capilla y comenzaron a arrepentirse por sus pecados con un deseo sincero de ser llenos en su potencial como hombres de Dios. Algunos lloraron en voz alta.

Los hombres estaban de pie delante de Dios. El poder de Dios fue tan grande en aquella noche que ningún hombre se fue sin ser tocado o cambiado.

Mientras usted lee esto, le doy la misma orden. Si usted está atado por cualquiera de estos pecados sexuales en su vida, haga que este sea el lugar de arrepentimiento y restauración. Permita que Dios haga lo mismo en su vida en este mismo momento como lo hizo en los corazones de aquellos hombres en aquella noche. Dios quiere que usted sea la persona que siempre quiso ser.

Ser un hombre. (O una mujer, si está leyendo esto).

Aquellos hombres eran como usted, con los mismos deseos, preguntas, problemas; las mismas razones para un potencial irrealizado.

Aquella noche me quedé extático. Vi el poder de Dios cambiando hombres y literalmente los vi crecer en espíritu delante de mis propios ojos. Esto fue increíblemente grande.

Pero más tarde me afligí por los otros millones. Sabía que los problemas del hombre del siglo veinte no se limitaban a este pequeño grupo, ni siquiera al próximo grupo a quienes yo hablara.

Sabía que había otros incontables hombres que nunca irían a un retiro, a un servicio de la iglesia, a una reunión de compañerismo, o a una conferencia. Y aún cuando estaba orando con aquellos hombres de esa pequeña capilla de Oregón, sentí que el Espíritu Santo me impulsaba a moverme. A declarar los mandamientos de Dios a lo largo de la nación, a hombres creyentes y no creyentes en todas partes, en sus pueblos, en sus ciudades y en sus comunidades.

Sabía que Dios me había preparado precisamente para esto.

Capítulo 3

El problema de ser un "playboy"

"Tengo un problema", dijo una señora joven, con un poco de vergüenza.

Acababa de terminar una reunión nocturna de oración para los empleados de un importante ministerio en la costa este. Yo había terminado recientemente un breve estudio de la Biblia y de despedir al grupo cuando esta joven me llevó hacia un costado para que oráramos en privado.

— ¿Cuál es su problema? — le pregunté.
— Tengo un problema — repitió en forma evasiva.
— Sí — le contesté, dudando si me habría escuchado bien —, dígame en forma específica ¿en qué nos podemos poner de acuerdo para orar juntos?

Su rostro se puso tenso y le brotaron lágrimas de los ojos.
— En realidad, no lo sé — balbuceó, mordiéndose los labios —, pero tengo un problema real.

Traté de ser firme sin llegar a ser duro.
— Nuestro Dios es un Dios de asuntos específicos, no de generalidades — le dije —. Me agradará poder orar con usted, pero necesito saber de qué naturaleza es su problema, de modo que pueda orar en forma específica. Nadie más lo sabrá, sólo usted y yo.
— Bien, en realidad, no sé cuál es mi problema
— respondió con una expresión vacilante —. Pero mi esposo dice que yo tengo un problema. Intenté de nuevo.

— ¿Cuál es, según su esposo, el problema que usted tiene?
— El dice que no lo comprendo — dijo por fin, poniendo en evidencia su angustia en cada palabra.
— ¿Qué es lo que no comprende? — le pregunté.

De pronto la joven comenzó a llorar, con amargura, desde lo más profundo de su ser.
— Mi esposo guarda revistas en su mesa de noche
— Dijo en voz entrecortada en medio de sollozos —. *Playboy* y *Penthouse,* y algunas otras revistas de desnudos femeninos. Dice que necesita mirarlas antes de tener relaciones sexuales conmigo; que las necesita para estimularse.

Dijo esto como si exprimiera cada palabra, mientras las lágrimas corrían por su rostro.

— Le dije que en realidad él no necesitaba esas revistas, pero dice que yo no lo comprendo. Dice que sien verdad lo amara, entendería por qué tiene que tener las revistas, y le permitiría tener aun más.
— ¿A qué se dedica su esposo? — le pregunté
— Es dirigente juvenil.

Me detuve allí, con incredulidad, mientras me daba cuenta de lo que me decía. ¡Estaba oyendo a esta mujer decirme que su esposo era un líder de jóvenes y que al lado de su cama guardaba una pila de literatura pornográfica!

— Su esposo será líder de jóvenes — le respondí suavemente — pero también es un pornógrafo.

La cabeza de la mujer se irguió al instante para prestar más atención. Fue como si le hubiera dado una bofetada en la cara. Nunca hubiera esperado que describiera a su esposo como un pornógrafo. Y sin embargo, su estilo de vida había hecho de él exactamente eso.

En esta era moderna, no tenemos pecados, tenemos problemas. Hemos adaptado el evangelio a la psicología, y en el proceso ha quedado eliminada de nuestro vocabulario la palabra pecado...

Cierta vez una mujer me contó una historia triste. Su esposo la había tratado muy mal durante años, y por último la abandonó, con una demanda de divorcio. Ella era miembro de la iglesia, con muchos años de vida cristiana, y ahora se encontraba triste y solitaria. Guiándose por sus sentimientos, fue a una ciudad cercana y pasó el fin de semana con un hombre. Ella tenía, según su propia expresión, "necesidades biológicas".

— ¿Se da cuenta de lo que hizo? — le pregunté cuando estaba sentada en mi oficina.
La señora quedó desconcertada.
— ¿Por qué? ¿De qué está hablando?
— Usted es una adúltera — le dije.

Sus ojos se abrieron grandes y su rostro se ruborizó por la impresión. Estaba ofendida de que la hubiera llamado adúltera.

Sin embargo, habiendo cometido adulterio, era una adúltera.

Para ella esto no había sido un pecado, sino sólo que tenía un problema. Hoy día no hablamos de pecados sino de problemas. La razón por la que los problemas son más convenientes que los pecados es que no tenemos que hacer nada con los problemas. Si usted solamente tiene un problema, podrá recibir compasión, o comprensión o ayuda profesional, por nombrar sólo algunas cosas. Pero en cambio, si tiene pecados, se requerirá el arrepentimiento, la confesión y el perdón.

No nos asombra que Freud haya querido librarse de la palabra pecado.

En el proceso de actualizar el lenguaje de la Biblia, hemos evitado una confrontación con nuestros pecados. Pero, sin esa confrontación, no resolvemos el hecho de que los pecados existen. Todos los problemas de la vida se relacionan de alguna forma con el pecado. Por eso el hombre necesita un Salvador de sus pecados como una solución a sus problemas. Dios sabía esto. Esta es la razón por la que Jesucristo vino a morir por nuestros pecados, para ser la respuesta a todos nuestros problemas.

La disciplina de la iglesia suele ser débil o inexistente en muchos casos. El apóstol Pablo defendió la disciplina.

Si alguno se hace llamar hermano, escribió Pablo, y mantiene un estilo de vida o un patrón habitual de pecado, no se junten con él, ni siquiera coman con él. Es decir, no tengan compañerismo con él.

"Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con tal ni aun comáis" **(1 Corintios 5:11).**

A pesar de que usted o cualquier otra persona pueda pensar lo contrario, este es un acto de amor, no de odio. Como usted sabe, los caminos de Dios son más altos que nuestros caminos, de la misma forma que el cielo está muy por encima de la tierra.

Pablo tenía la mente del Señor cuando escribió aquellas palabras. Si una persona que se llama

cristiana continúa en su pecado con impunidad, y se le permiten todos los privilegios de la membresía, no tiene ningún incentivo para confrontar su pecado, confesarlo y dejarlo. ¿Por qué razón tendría que cambiar? No va a cambiar mientras pueda mantener el pecado y a la vez siga gozando de la aceptación de los creyentes.

Con frecuencia, la persona que comete un pecado, admitirá más bien que existió un problema, o que simplemente es un desafortunado, y se lamentará o llorará cuando sea tratado con disciplina.

El lamento humano se caracteriza porque surge sólo cuando hemos sido descubiertos en nuestro pecado. El lamento piadoso implica, en cambio, nuestro pesar por el pecado y el deseo consecuente de ser librados de él.

Si Pablo viviera en esta época, estaría confrontando a los humanistas seculares del tímido siglo veinte, sitiando las fortalezas del pensamiento moderno que se han posesionado de nuestra mente y nos han enceguecido en cuanto a la verdad. Es cierto que hay espíritus seductores y doctrinas de demonios. Los vemos trabajando en nuestro mundo actual. **Hemos sido seducidos a pensar que tenemos problemas en lugar de pecados.** Nuestras doctrinas modernas, provenientes de vidas desprovistas de la vida de Dios, nos dicen que yo estoy bien y que usted está bien, en lugar de decirnos que "todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. . ."

Fui a tomar un café con un pastor que enfrentó la batalla. Casi había perdido su iglesia.

Los miembros del coro de esa congregación sabían desde hacía largo tiempo que el encargado de la música había cometido actos de homosexualidad. Estaba involucrado hasta tal punto que el asunto se conocía en forma amplia. Por mucho tiempo nadie dijo una sola palabra. Todos estaban esperando que sucediera algo y ocurriera un cambio. Finalmente el secreto se divulgó y llegó hasta oídos del pastor. Luego de mucha oración, y de buscar con diligencia la verdad, llegó el momento en que el pastor y el encargado de música se reunieron y debatieron sobre el asunto. El encargado de música admitió todo.

— Usted necesita hacer una de dos cosas — le dijo el pastor en forma directa —. Debe arrepentirse o renunciar.

El encargado de música consideró las alternativas y tomó una decisión premeditada. No haría ninguna de las dos cosas. En lugar de eso, comenzó a congraciarse con los miembros del coro, y luego con otros miembros de la congregación.

Al poco tiempo, una delegación de miembros del coro se acercó al pastor.

— Usted no comprende — le dijeron los representantes —. El simplemente tiene un problema. Si nosotros lo rodeamos de amor y comprensión, eso le ayudará, y podrá liberarse.
— Ustedes no comprenden — les contestó el pastor —. Si ustedes simplemente lo rodean de amor y comprensión, y él no se arrepiente de su pecado, nunca podrá ser liberado.

Se habían demarcado las líneas de batalla. La delegación se movió entre los miembros de la iglesia, exaltando los ánimos y poniendo a otros miembros en contra del piadoso pastor, a quien acusaron de falto de amor. Sobrevino el alboroto. Se llevó a cabo una reunión violenta, pero por la intervención divina el pastor permaneció.

El encargado de música se fue, junto con muchos simpatizantes. La iglesia atravesó un período difícil, pero Dios vindicó la posición del pastor piadoso. En la actualidad esa iglesia es más fuerte de lo que era antes de la crisis. Aun el pastor es ahora un hombre más fuerte.

La sabiduría humana ha desfigurado la verdad del evangelio.

La diferencia entre la sabiduría humana y la sabiduría divina, en lo que atañe al pecado, es que la sabiduría humana quiere cubrirlo. Adán lo intentó en el jardín. Primero fue simbólico, cuando cubrió su desnudez. Luego fue más que simbólico, cuando comenzó a procesar su propia justificación echando sobre Eva su culpa y su fracaso a fin de encubrir su propio pecado.

Cubrirse a usted mismo significa culpar a otro.

Esa defectuosa sabiduría se manifiesta todavía hoy. El ejemplo moderno clásico de encubrir, es el caso de Watergate. El pastor, fatigado, pero resuelto, rehusó admitir la sabiduría humana, y el mero sentimentalismo, para ubicarse en el camino de la justicia divina. No iba a permitir que el pecado se encubriera y fuera llamado "un problema". La psicología del comportamiento no tiene un libro de texto adecuado para tratar con la envergadura del dilema humano. Dios escribió el Libro sobre la salvación del pecado mucho antes de que se elaborara la idea de tratar al pecado como un problema a solucionar.

Dios ordena obediencia a su Palabra. No permite lo que está de moda si viola la soberanía de su Palabra. Nuestra actitud moderna de "dejar hacer" no agrada a Dios. Para El es una abominación, y El nos ordena, no es que nos invita, nos ordena, a arrepentimos y obedecer.

La brecha entre la sabiduría humana y la divina es amplia e insondable. En nuestra sabiduría carnal hemos reordenado nuestro sistema de valores de acuerdo con nuestros deseos pecaminosos. El hombre observa su tecnología espacial, y cree que es sabio. Enseña o le enseñan filosofías que sólo pueden plantearle preguntas pero sin dar ninguna respuesta. Adopta una "ciencia" que ridiculiza la Creación, y sin embargo es incapaz de proveer algo más que una teoría no probada por la cual cree en la evolución.

"¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?. . .Si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis." **(Santiago 3:13-14).**

Nuestro atribulado mundo, lleno de envidia, contención y dificultades, es el producto de nuestro orgullo, de nuestra sabiduría mundana.

La sabiduría humana le enseñó a una generación de líderes mundiales a creer que cuanto más grande sea la deuda de un país, mejor será la situación económica. Esta filosofía llevó a los Estados Unidos al borde de la ruina económica.

Es cierto que desde Edén, el hombre no ha mejorado en su naturaleza. Ha avanzado mucho en cuanto al conocimiento técnico, pero su naturaleza sigue siendo la misma. Decir que la humanidad mejora por la experiencia técnica del hombre es lo mismo que decir que un caníbal mejorará si le damos un tenedor y un cuchillo.

"Pero la sabiduría que es de lo alto — concluye Santiago — es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía" (Santiago 3:17). Esto es sabiduría divina.

La sabiduría humana que nos conduce a hacer nuestra voluntad no es la sabiduría que nos guiará a la tierra de Canaán. Usted nunca podrá obtener su máximo Potencial hasta que reciba la sabiduría de Dios.

Esto es duro, pero es verdad.

Los enamorados que viven juntos fuera del matrimonio en realidad son fornicarios.

El adolescente malhablado es en realidad un maldiciente.

Dios no es un manipulador del lenguaje. Habla el lenguaje del hombre. Las Escrituras son claras en su expresión; allí el pecado es pecado.

Hablar no es barato. A Jesucristo le costó tener que dar su vida para que pudiéramos predicar el evangelio.
Esa forma de hablarnos ha tenido consecuencias eternas.

En Texas escuché la historia de un tejano que murió **y** fue a obtener su recompensa eterna. Una vez que traspuso la entrada se paró allí, observando todo. El anfitrión vino a recibirlo para llevarlo a su morada eterna.

El tejano se volvió al anfitrión y le dijo:
— Compañero, no me había dado cuenta de que el cielo se parecía tanto a Texas.

El anfitrión se dio vuelta y respondió:
— ¡Hombre, usted no está en el cielo!

Esta historia tiene un punto escalofriante. No habrá respuestas fáciles cuando la “persona con problemas” se sumerja en la eternidad sin Cristo.

En aquel entonces los pecados se tomarán muy en serio, pero será demasiado tarde.

El “síndrome del playboy”, “las necesidades biológicas”, y los “problemas” de homosexualidad no existirán más.

Debemos comenzar a afrontar el pecado con toda hombría.

Capítulo 4

Moisés y las diez invitaciones

— Tengo interés por los hombres. Me agrada ver en un hombre la excelencia del hombre — le dije a la congregación—. Me agradan los hombres que valen la pena, que tienen valor y carácter. Me interesan los hombres que lo son de verdad.

Años atrás estábamos en una reunión en el sur de California, y ya entonces tenía un interés vital en el desarrollo de la hombría y del carácter. Le estaba hablando a una gran concurrencia de hombres y mujeres.

— No me agrada la volátil poca cosa que anda de puntillas de pie entre los tulipanes — dije en mi forma más elocuente —. Me agrada que los hombres sean hombres.

De pronto recordé que las mujeres eran la mayor parte de esa congregación, así que me encogí de hombros con timidez y me disculpé:
— Lo siento señoras. No lo puedo evitar. . . Me Interesan los hombres.

Una señora pequeña, de cabellos canosos, dio un salto enérgico sobre sus pies y gritó alegremente:
— ¡Amén, hermano, a mí también me interesan! El lugar se llenó de risas.

Lamentablemente, el afecto que hombres y mujeres se tienen unos a otros puede tener variedad de formas. Las mismas cosas que en un sentido general agradan a una pareja en el momento de llegar al altar de la boda, les pueden disgustar poco después, cuando aparecen las presiones de la vida.

La presión hace que los problemas se agranden.

El método moderno es separarse cuando la presión aumenta. La tendencia del siglo veinte es escapar, encogerse de hombros frente a las demandas de las Escrituras, y decir: "Tendré mejor suerte la próxima vez."

Sin embargo, los mandamientos de Dios son absolutos.

Dios nos manda amar.

Nuestra época moderna confunde la codicia con el amor. Relega el amor a una función glandular, que puede provenir de la reacción frente a una curva, o un escote, o el largo de una falda. No toda pasión es amor y no todo amor es pasión.

De acuerdo con Dios, el amor no es un sentimiento. A veces ni siquiera nos hace sentir bien. En otro sentido, el verdadero amor siempre es bueno.

El amor se centra en la voluntad. Esa es la razón por la que el amor puede ser un mandamiento y por la que Dios nos manda amar.

En buena medida, el hombre norteamericano huye de los mandamientos o se rebela contra ellos. Incontables veces oí a mujeres o a hombres hablarme de su incapacidad para amar, diciendo: **"No puedo amar más. Ya no siento nada. ¡Esto no es amar!"**

Dios nos manda amar. El nos da las formas de poder hacerlo. Son sus formas.

Cuando el amor de Dios entra en nuestro corazón a través del Espíritu Santo, conocemos el verdadero amor. Usted puede amar si rinde su voluntad a la de Dios, y permite que el Espíritu Santo traiga el amor de Dios a su relación. ¿Por qué? Porque Dios lo ordena.

Al finalizar una reunión estaba parado frente a una mesa y en ese momento vino a saludarme una pareja exuberante. Con los brazos entrelazados y sonriendo el uno al otro de tanto en tanto, el esposo me contó sobre el milagro ocurrido en sus vidas.

— Si alguna vez necesita que alguien confirme lo que usted dijo sobre el amor dadivoso de Dios, llámenos — me dijo él —. Somos un matrimonio milagroso. Por años hice que la vida de mi esposa fuera un infierno en la tierra. Fui infiel, desconsiderado, dictador y egoísta. Todo lo que quería es que ella hiciera lo necesario para que yo disfrutara de la vida. Yo dirigía el coro, íbamos a la iglesia, y todos nos veían como una linda familia, pero nadie conocía mi vida privada. Ni siquiera ella. Supongo que por varios años habré merecido ganar el primer premio entre los hipócritas. Todo lo que ella sabía es que estaba arrinconada contra las cuerdas y decidida a abandonarme. En ese momento me di cuenta de quién era yo mismo y cómo actuaba. Entonces Cambié, O, mejor dicho, el Señor Jesucristo me cambió. Cuando confesé lo que era y cómo estaba viviendo, y me arrepentí en forma genuina con piadosa tristeza, Dios oyó mi oración y me cambió. Pero mi esposa ya no me quería. Decía que el amor que había tenido estaba muerto, y nunca podría amarme otra vez. Sabía que ella lo creía así, pero por mi parte estaba confiando en un Dios de milagros. Por lo tanto oré y comencé a amarla en mi corazón, y a cortejarla como lo había hecho al principio. Sólo que esta vez el Señor me ayudó. Más tarde, ella estuvo de acuerdo en probar de nuevo el matrimonio, ya que el divorcio estaba en contra de todo lo que creía. Comenzamos a orar juntos, a hablar; y yo la amé. Quiero decirle que ahora nos amamos como nunca antes. Además, tengo una apreciación más auténtica hacia Dios. En verdad, El puede revivir lo que está muerto. Dígale al mundo que si Dios lo hizo por nosotros, lo puede hacer por ellos.

Esto sucedió en una reunión de Hombres de Negocios del Evangelio Completo celebrada en Thousand Oaks, California. Esta pareja todavía vive en esa zona. ¡Y ellos les dicen a todos que Dios es un Dios que hace milagros!

Dios nos ordena arrepentimos.

Hace un tiempo fui como invitado a un encuentro local de expositores cristianos. Durante el desarrollo, les estaba explicando al anfitrión y al co anfitrión que el Señor me había impresionado con el pensamiento de ordenarles a los hombres que se arrepientan.

Se hizo una pausa para los anuncios. El animador se inclinó hacia mí y, con nuestros micrófonos apagados, dijo:

— ¡No, no, no! Nosotros ordenamos a los cristianos, pero invitamos a los pecadores.
— No — susurré —. Pablo dijo que "Dios ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" **(Hechos 17:30).**

Hay una diferencia clave entre un mandato y una invitación.

Si yo le hago una invitación, usted tiene una opción. Puede aceptarla o rechazarla. Pero si yo se lo ordeno, usted no tiene opción. Puede obedecer o rebelarse.

Dios no llevó a Moisés al Monte para darle una lista de "diez invitaciones". Le dio mandamientos.

En el púlpito moderno se ha introducido la psicología junto con el evangelio y se nos ha enseñado a "invitar" a la gente a aceptar a Jesucristo. La mayoría rechaza el evangelio porque se le presenta como una opción.

Es como la calcomanía que dice: "Pruebe a Jesucristo."

Esto es como decir: "Pruébelo, le va a gustar." Puede probarlo con manteca, con espárragos o con espinacas; pero no puede probarlo con Dios. Dios no le manda a nadie a "probar" de EL Dios dice que lo amemos.

¡Qué actitud arrogante! Es como si estuvieran diciendo: **"Voy a probar a este Salvador Jesucristo, y si no me agrada, probaré otro salvador."** O también: **"Voy a probar este matrimonio, y si no resulta, probaré otro."** Como si Dios o el matrimonio se pudieran probar como se hace con un traje o un vestido. ¡Qué osadía! ¡Qué abominación!

¿A quién asemejan esas personas a Dios? ¿Creen que es un dios anciano y tembloroso que está sentado a la entrada de una morada celestial, dejando que el mundo siga dando vueltas alrededor del sol?

Dios creó todas las cosas, incluyéndolo a usted y a mí, y por medio de su presencia activa El lo sustenta todo. Dios es todopoderoso, omnisciente, y lo ve todo.

No hemos sido *invitados a* obedecer a Dios.
Se nos *manda* que lo obedezcamos.
El mismo lo ha ordenado.
El Espíritu Santo no se acerca a alguien de una manera furtiva y le pregunta: "Por favor, ¿me podría obedecer hoy?"

Cuando un hombre obedece a Dios, Dios desarrolla su hombría al máximo.

Dios desarrolla al máximo la personalidad de un hombre, su talento y su carácter.

Satanás es un usurpador. El sólo viene para robar, matar y destruir. Satanás y el pecado quieren robarle su personalidad. Usted puede ver esta realidad en todo vicioso. Satanás le robará su carácter. Dios lo desarrollará a su máxima potencia. Satanás saquea. Dios capacita y ennoblece.

La obediencia a los mandamientos de Dios produce paz.

La paz es celestial. Sólo la obediencia puede traer paz. La desobediencia hace añicos la paz. Por eso ningún espíritu desobediente podrá entrar al cielo. Con que haya una sola persona con un espíritu desobediente, se destruye la paz. Hubo uno en el cielo llamado Lucifer. Dios lo echó. Nunca más habrá otro en su lugar. Ni Lucifer, ni usted, ni nadie.

La obediencia a los mandatos de Dios trae paz.

Dos de mis más queridos amigos viven en California. Esteban y su esposa, Gail, son encantadores. Su hogar es pacífico, alegre y lleno de amor. Sin embargo, no siempre fue así.

Conocí a Esteban cuando vino a mi casa con su mejor amigo para venderme un seguro. En lugar de eso, hablamos de las bendiciones del Señor. Como resultado, comenzaron a asistir a la iglesia donde fui pastor hace muchos años.

Durante una seria enfermedad de una hija de Esteban, él oró y vio que Dios la sanó. Desde aquel momento hasta ahora, ha tenido un constante y profundo amor hacia Dios, siempre, excepto una vez. Eso casi le cuesta su matrimonio, su familia, su trabajo, y su alma.

Esteban trabajaba en una oficina donde el flirteo entre los empleados de la oficina era un ritual diario. Parecía que las mujeres que trabajaban allí deseaban eso, y los hombres se encargaban de cumplir esas expectativas. Pero Esteban llegó a ser más que un simple galanteador. Lo que comenzó como flirteo, pasó a ser una cita, se convirtió en caricias y finalmente en adulterio.

Como no podía vivir en paz con su conciencia, tomó la decisión de abandonar a su esposa y su familia y vivir la vida sensual. Se mudó a un apartamento junto con su compañera.

Proverbios dice: "Las aguas hurtadas son dulces, y el pan comido en oculto es sabroso. Y no saben que allí están los muertos; que sus convidados están en lo profundo del Seol."

Esteban perdió la paz de su corazón.

Gail y sus hijas estaban destrozadas. Pasaron largas noches de introspección y lágrimas, analizando qué podría haber estado mal, cuáles eran los errores que habían cometido, cómo podía haber sucedido eso. No había paz. Ni en él, ni en ella, ni en sus hijas; en ningún lado.

La desobediencia trajo confusión, dolor y sufrimiento. Disipó toda paz.

Pero Gail conocía a Dios. Confiaba en la Palabra de Dios. Su fe era inconmovible. Infatigable. Por eso, durante aquellos días agonizantes, pasó horas pidiendo consejo y orando. Miraba la Palabra de Dios, no sólo para encontrar una promesa de que Esteban se recuperaría, sino también para experimentar en su propia vida los cambios necesarios para poder amarlo, perdonarlo y reconciliarse con él. Era una verdadera mujer.

Un día Esteban fue arrestado por manejar en estado de embriaguez. Como el hijo pródigo del que habló Jesús, Esteban volvió en sí mientras estaba en la prisión. Con una profunda contrición de corazón, y una genuina tristeza por su pecado, clamó a Dios desde su corazón y su celda.

Dios oyó ese clamor y perdonó a Esteban. Luego de quedar en libertad, Esteban fue a ver a su esposa y le pidió perdón y la posibilidad de ser restaurado a su hogar, y a su cama. No fue fácil para ninguno de los dos. Ambos tuvieron que hablar y orar en medio del sentimiento de culpa que él tenía y de los celos que quedaban en ella. Lo hicieron y lo lograron. Su hogar se llenó con la paz de Dios.

Ahora, en el hogar de ellos, es como si nunca hubiera pasado nada. Por eso es que cambié sus nombres en este relato. Y todavía los visito, los amo, y aprecio poder estar con ellos.

Además, usted se sorprenderá por esto: hay una cantidad de gente a la que ellos ayudaron, animaron y llevaron a la reconciliación.

Dios nos ordena confesar.

La confesión se hace para despojarse del pecado, y la confesión se hace también para vestirse de la justicia. El equilibrio consiste en arrepentirse del pecado, y tener fe en Dios.

El pecado no confesado es pecado no perdonado.

El pecado sólo puede salir de la vida a través de la boca.

Le oí decir esto ami amigo Campbell McAlpine. Esta verdad ha permanecido conmigo.

Al tratar con hombres en reuniones y seminarios procuro que ellos entiendan que el perdón no es suficiente; se necesita, además, que haya limpieza.

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiamos de toda maldad.”

Con frecuencia he visto hombres que se arrepienten de sus pecados y que experimentan un verdadero sentido de perdón. Terminan satisfechos con su condición espiritual, sólo para verse de nuevo repitiendo el mismo pecado, y luego necesitar el mismo perdón. El camino de Dios es perdonamos y luego limpiamos de modo que no continuemos en el hábito constante de un pecado que nos domina. Dios nos quiere librar del pecado.

La gente busca la verdad. Busca la realidad. ***Verdad* y *realidad son términos sinónimos.***

Trate a la gente con la verdad y la estará tratando con realidad. Sin embargo hablar la verdad no es suficiente. La verdad se debe decir con amor.

Conocí muchas personas que piensan que están obrando bien por el hecho de ser muy francos. Pretenden poner un manto de cortesía sobre sus hirientes expresiones diciendo: “Bien, creo que es bueno decir la verdad. Así usted sabrá siempre qué es lo que pienso.” A veces quisiera decir: “¿A quién le importa eso?” La mayor parte de esa clase de personas dicen la verdad, pero con mucha frecuencia no la dicen con amor.

En el otro extremo, hay algunas personas que le tienen miedo a la verdad. Tienen temor de herir a otros o de perder su simpatía. No se dan cuenta de que esa verdad, hablada en amor, es la única forma de demostrar el verdadero amor.

A esta clase de amor lo llamo el de “las mejores intenciones”.

Permítame ilustrarlo.

Si yo estoy predicando y alguien me alcanza una nota en medio del sermón, y la nota dice que la casa de uno de los miembros se está incendiando en ese preciso momento, ¿qué debo hacer? Esa persona corre el peligro de perderlo todo. Pero, si interrumpo mi sermón y le digo eso, voy a perturbarlo y con seguridad voy a hacer que se sienta mal. Como no quiero afligirlo, ni lastimarlo ni perturbarlo, retengo la información.

Más tarde, después de la reunión, llega el feligrés desesperado gritando: “¡Mi casa se incendió!”
— Sí —- le respondo —, lo sé.
— ¿Lo sabe usted?
—. ¡Seguro que sí! — le afirmo—. ¿Recuerda la nota que me alcanzaron en medio del sermón? Decía que su casa se estaba incendiando.
— ¿Por qué no me lo dijo?

Mi simple respuesta es:
— No se lo dije porque sabía que lo haría sentir muy mal.

Ridículo. Sin embargo, vemos esto todos los días.

La madre que quiere lo mejor para su hijo, lo arruina por medio de las “mejores intenciones”. Así proceden las madres sustitutas. También las suegras tratan de ayudar a sus hijos, pero pueden llegar a destruir su matrimonio por medio de las “mejores intenciones”.

Los pastores aman sus congregaciones. Sin embargo, pueden ser tan solícitos y cuidadosos, al extremo de no permitir que se haga nada sin la aprobación de ellos, y de esta forma destruyen sus iglesias por medio de las “mejores intenciones”.

Esto es insensatez pura. Sin embargo, cuánta gente vive y muere sin oír la Palabra de Dios porque hay alguien que no los quiere hacer sentir mal, o no quiere que se molesten, por hablarles del pecado y del infierno.

Nunca olvidaré la oportunidad en que esto se me hizo carne de una forma muy contundente... Fue en una región del estado de Texas. El pastor con el que estaba ministrando me llevó a la casa de una mujer que estaba muriendo de cáncer. Su marido era capitán de una embarcación. Era un hombre muy grande, y con una presencia física intimidatoria. Se tomó una licencia por un tiempo, pidió dinero prestado, y pasó todo su tiempo al lado de su esposa ministrándola con ternura, amor y compasión. Por el gran amor que le tenía, estuvo con ella día y noche. Se dedicó por entero a esta débil mujer. El pastor quiso que yo fuera, con la esperanza de que le pudiéramos hablar acerca de la condición de su alma y de su relación con Dios. Muchos años atrás, había sido muy activa en la iglesia, pero, por un malentendido, fue herida en sus sentimientos. Creció en ella un espíritu de amargura hacia la iglesia, y nunca más volvió. El pastor estaba muy interesado en que, antes de que le ocurriera algo, tuviera la oportunidad de confesar de nuevo a Jesucristo, y estar segura de pasar la eternidad en la presencia de Dios.

Sentaron a la mujer en una silla de ruedas en la sala de su casa. Estaba debilitada, agobiada, maloliente, pero hacía todos los esfuerzos posibles para ser receptiva, a pesar de su condición. Pasaron unos pocos minutos cuando me di cuenta de que quería que uno de nosotros le hablara de Jesucristo. Estaba hambrienta en su espíritu. Pero, cuando comencé a hablar con ella, su esposo alto y fornido puso su enorme mano con toda delicadeza sobre su hombro y me miró diciendo con calculada intención: “Ella es una mujer buena. Es una mujer preciosa. Ama a Dios, y Dios la ama a ella. Hizo un montón de cosas buenas para su iglesia, y Dios sabe todo lo que hizo.”

No me permitió que la guiara a una confesión de fe en Cristo, porque no quería que ella se enfrentara con el arrepentimiento por su pecado. La estaba perjudicando por medio de las “mejores intenciones”.

Recuerde esto: el arrepentimiento va acompañado de una tristeza piadosa. Cuando usted es descubierto en alguna falta, tiene lugar la tristeza humana, pero la tristeza piadosa es la consecuencia de sentir el pecado y arrepentirse.

La tristeza es una de las más grandes maestras de la vida.

“Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” **(Hebreos 12:11).**

Es lo que viene después, lo que hace que esto valga la pena.

Hay buenas noticias: Dios nunca deja de amamos.

Cierta vez una maestra de escuela dominical le preguntó a sus alumnos: “¿Dios los ama si ustedes son ladrones o mentirosos?” Todos los niños respondieron: “¡No!” Esto es incorrecto. Dios ama a los ladrones, a los mentirosos, a los engañadores, a los asesinos, a los adictos, y a los difamadores, a los fanfarrones, orgullosos y arrogantes; Dios ama al pecador, aunque odia el pecado.

Su decidido propósito al ir al Calvario fue damos la posibilidad de separamos del pecado. La ira de Dios debe descargarse sobre el pecado. En la medida en que estemos identificados con el pecado, seremos objetos de su ira. Pero, por el nuevo nacimiento, llegamos a identificamos con Jesucristo y su justicia y por lo tanto no estamos más bajo la ira sino bajo la gracia.

Cuando el Espíritu de Dios nos trae convicción de pecado, no es para herimos, aunque esto nos produce tristeza. Es para provocar en nosotros el deseo de estar separados del pecado y de su fealdad, de modo que Dios pueda llenar nuestra vida de su amor, su gracia y su poder, en un grado y medidas más grandes.

Dios nunca deja de amar.

Cuando era apenas un niño y mi madre asistía a una escuela bíblica en Los Ángeles, fui con ella y el resto de los estudiantes a una pista de patinaje, donde predicaron el evangelio. Mamá, Anita, Erdine y los demás tomaron sus guitarras, panderetas y un gran tambor de sonido muy grave. En una esquina, tocando, cantando y predicando, ministraron a lo peor de la sociedad.

Todos estaban cantando aquel hermoso y antiguo himno evangélico: "¿Qué me puede dar perdón? Sólo de Jesús la sangre." Un borracho desarreglado y sucio se acercó a Anita. El estaba como tantos otros, sosteniendo entre sus dedos amarillos la colilla de un cigarrillo arrugado. Tenía las uñas sucias, los ojos vidriosos y nublados, y su ropa estaba abultada. Apestaba a vino barato.

Se tiró sobre los brazos de Anita y ella lo empujó. Hizo esto varias veces, hasta que al final ella se volvió a él de modo que pudiera hablarle mientras los demás seguían cantando.
— Sé que lo que ustedes dicen es cierto — dijo él, con palabras lentas y mal pronunciadas, torpes y ásperas —. Sólo la sangre de Jesús me puede perdonar.

Me quedé cerca, escuchando, observando, y quedé impresionado.

Yo era presidente de un seminario — continuó —.
Sé todo acerca de esto. Pero quiero decirles que ***hay una gran diferencia entre ser blanqueado y ser perdonado.***

Se alejó tambaleándose, mientras sus palabras quedaban atrás, como detenidas delante de mí, registradas en mi memoria hasta el día de hoy.

El había sido perdonado.
El pecado no confesado es pecado no perdonado.
La sabiduría humana cubre. La sabiduría divina deja al descubierto.
El hombre blanquea. Dios perdona.

<u>Capítulo</u> <u>5</u>

Un agujero en la puerta

Mi hijo Paúl tenía una nueva licencia de conductor en su cartera.

Regresé a casa por uno o dos días en medio de mis viajes relacionados con el ministerio, y Paúl me hizo esa pregunta que a todos los padres “nos encanta” escuchar.

— ¿Puedo usar el auto? — preguntó.
— ¿Para qué? — le pregunté.
— Me gustaría ir a un campamento juvenil en Mountain Lassen.

Yo había diseñado ya un archivo mental lleno de las razones por las cuales él no debería llevarlo.
— Es un auto nuevo.
— Lo sé.
— Hace pocas semanas que tienes tu licencia de conductor.
— Lo sé.
— El campamento juvenil queda a unos seiscientos kilómetros.
— Lo sé.
— ¿Qué te hace pensar que puedes llevar el auto?
— le pregunté finalmente.
— Bueno, quería ir al campamento juvenil — respondió Paúl.
— No puedes llevar el auto nuevo a una distancia de seiscientos kilómetros para asistir al campamento juvenil—le dije.
— ¡Ah, sí, se me olvidaba! También necesito la tarjeta de crédito.
— No te voy a dar el auto — le repliqué.
— Manejé con un simple permiso durante un año
— razonó en forma correcta.
— Ni me lo preguntes — le contesté—. Dije que no y eso es todo. No lo quiero escuchar de nuevo.
El caso quedó terminado.

Paúl se dio vuelta y pegó una patada en el piso, enojado y desilusionado. Caminó por el pasillo hacia su habitación y tomó el picaporte de la puerta para empujarla y abrirla. Sólo que no movió del todo el picaporte y la puerta no se abrió.

En ese momento de frustración, Paúl había acumulado demasiado. Antes de que pudiera pensarlo dos veces, le dio una patada violenta a la puerta.

Cuando cerró la puerta detrás de sí, vio que le había hecho un agujero.

Yo estaba aún de pie en la cocina, donde acababa de pronunciar mi decreto. Cuando escuché el ruido, una ola de furia brotó de inmediato dentro de mí.

Ya le voy a enseñar **pensé**.

Pero el Espíritu Santo entró, en forma discreta y silenciosa, aunque con urgencia, y susurró una palabra a mi corazón: “Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos.”

En sólo una fracción de segundo, cambió por completo mi actitud. Un malestar se apoderó de mí y sentí que las cálidas lágrimas comenzaban a herir mis ojos por el remordimiento. Fui al garaje, me arrodillé delante del Señor, y le pedí perdón por lo que le había hecho a mi hijo.

Cuarenta minutos más tarde volví a la habitación de Paúl. El Espiritu Santo me había humillado.

Abrí la puerta dañada, símbolo sombrío de mi propio autoritarismo. Grandes palabras, pero un gran pecado. Paúl todavía estaba sentado en el borde de su cama, con los codos sobre las rodillas, y la cabeza entre sus manos. Después de cuarenta minutos de nuestro enojoso altercado, todavía había lágrimas en sus ojos.

Me senté a su lado.
— Paúl, he pecado contra ti — le dije con calma —. Soy tu papá, pero te provoqué a ira. Quiero que sepas que te amo, y te pido perdón por mi pecado.

Le entregué la tarjeta de crédito y las llaves.
— Puedes ir al campamento.

Fue en esa ocasión que Dios tomó posesión de su vida. En ese campamento de jóvenes recibió su llamado al ministerio y en la actualidad Paúl es uno de los principales productores cristianos de televisión en el mundo.

Viene a la mente el viejo refrán: "Se requiere un hombre para admitir su error." Este viejo refrán todavía se sigue citando después de mucho tiempo, porque sigue siendo la verdad.

Si usted nunca tiene la disposición de aceptar la responsabilidad por sus pecados, y pedir perdón, nunca podrá conocer la verdadera hombría.

El perdón es un alivio.

Cuando Dios nos perdona, nos libra de ese pecado para siempre. Nunca lo recordará en contra de nosotros. ¡Qué gozo es saber esto!

Los hombres necesitan saber cómo perdonar de la misma manera.

Yo estaba en Cleveland y, al finalizar mi ministerio, un hombre me pidió que orara con él por la salvación de sus dos hijos. Cuando comenzamos a orar, él dijo:

— Los dos son alcohólicos y yo sé que si el Señor los salva quedarán libres de ese vicio. Nunca más sus familias volverán a ser heridas por eso.

Incliné mi cabeza para orar con él, luego me detuve y lo miré y le pedí que me mirara. El todavía tenía su cabeza inclinada.

Había un poco de ruido a nuestro alrededor, por eso se lo volví a repetir para captar su atención. Su cabeza se irguió de inmediato.

— ¿Alguna vez fue alcohólico? — le pregunté.

Vaciló antes de responder. Había sido creyente por muchos años y aquello había sucedido antes. No quería mencionarlo de nuevo. Además, había personas cerca y para él era una situación incómoda.

Sin embargo, insistí en la pregunta.
— ¿Alguna vez fue alcohólico? — pregunté otra vez.

— Sí — respondió suavemente.
— ¿En aquel tiempo sus hijos estaban en su casa?
— Sí.
— ¿Alguna vez le pidió perdón a sus hijos por ser un alcohólico cuando ellos eran jovencitos, estando en su casa?
— Estoy seguro de que me perdonaron — respondió el hombre.
— Ese no es el punto — le repliqué —. ¿Alguna vez fue a sus hijos y en forma deliberada se sentó con ellos y les dijo: "Perdónenme por ser un alcohólico y actuar como lo hice cuando ustedes estaban en casa"?

El hombre miró alrededor.
—No.
— Entonces — le dije —, oraré en acuerdo con usted y junto con usted voy a creer en Dios en cuanto a la salvación de sus hijos, pero lo haré bajo una condición.
— ¿Cuál es? — me preguntó.
— Que usted irá a sus hijos y les pedirá perdón por su alcoholismo — le dije, y luego lo miré con firmeza, esperando su respuesta.

El me devolvió la mirada y luego aceptó y oramos.

Al perdonar los pecados de una persona la liberamos, pero cuando no los perdonamos, esos pecados quedan retenidos. Este es un principio del reino.

Los hijos de este hombre odiaban el alcoholismo de su padre. Nunca lo habían perdonado. Y porque nunca lo perdonaron, retuvieron el pecado de su padre y llegaron a ser lo que ellos habían odiado. El odio le ata a usted al pecado. Ellos se ataron a sí mismos al pecado de su padre.

Hace varios años en Washington D.C., vino a verme una mujer después de una reunión en una iglesia Presbiteriana. Tenía lágrimas en los ojos. Eran lágrimas de gratitud. Así lo descubrí después.

— Quiero agradecerle — me dijo con lágrimas —, por lo que dijo anoche.

Comenzó a contar su historia. Su esposo estaba en uno de los puestos más elevados en la administración de Jimmy Carter y gozaba de alta estima. Los dos eran personas educadas, refinadas, cultas y gustaban aparentar.

— Siempre tuve una buena afinidad con la gente, y una correcta autoimagen — me dijo la mujer —. Pero hace alrededor de un año comencé a tener problemas con mis dos hijas. Yo no lo podía entender. Comencé a cuestionar mis propias condiciones como madre, y aun como esposa.

Comenzó a buscar respuestas, y recurrió a la oración y a la Palabra de Dios. En su búsqueda, llegó a conocer a Jesucristo como su Salvador personal, y pronto su esposo la siguió en su fe.

— Hace dos semanas — recordó —, de pronto me di cuenta de que estaba cometiendo con mis hijas los mismos errores que mi madre había cometido conmigo. Y mis hijas estaban reaccionando hacia mí de la misma forma en que yo reaccionaba con mi madre. Me despreciaba a mí misma por eso, pero hasta ayer por la noche no sabía qué hacer.

La reunión de aquella noche había significado mucho para ella.
— Esta noche, por primera vez en mi vida, perdoné a mi madre por lo que me había hecho. Liberé esto de mi vida, pero sé que nunca lo hubiera podido hacer por mis propios medios. Necesitaba al Espíritu Santo.

—Ahora — concluyó — apenas puedo esperar para regresar a mi casa y estar con mis hijas. Sé que estoy libre del pasado, y nunca volveré a repetir ese error.

Es necesario perdonar para recibir la liberación.

Me encontraba en una iglesia no hace mucho y me di cuenta de que este principio es válido también para congregaciones enteras.

Hace años hubo una gran oposición entre el pastor y la congregación. El abandonó su pastorado en medio de mucha amargura y duros sentimientos. Cuando estuve allí, el pastor que había en ese momento era uno más en la larga sucesión de pastores. Todos habían ido a esa congregación con grandes esperanzas y deseos piadosos de tener éxito. Sin embargo, cada uno en su turno tuvo dificultades con la congregación y se fue. Esa congregación estaba atada a fracasos repetidos por no haber perdonado a aquel primer pastor años atrás.

Cuando no perdona el pecado que alguien cometió contra usted, carga con ese pecado y lo lleva. Y comete el mismo error una y otra vez, con una persona tras otra.

En Charlotte, Carolina del Norte, había un hombre que nunca había perdonado a su primer socio de negocios que había desaparecido con todo el dinero y lo dejó a él con todas las deudas por pagar. El enfurecido hombre continuó teniendo problemas en los negocios hasta la noche en que perdonó al primer socio. Hoy día está disfrutando del éxito como nunca antes lo había conocido.

Un científico del espacio en California me oyó enseñar este principio del perdón y esto cambió su vida. El y su padre no se habían hablado durante los últimos quince años de la vida de su padre. Su padre había muerto hacía veinte años. Eso significaba treinta y cinco años en que no había perdonado.

El problema ahora era que el científico y su hija hacía dos años que no se hablaban. Incluso ella se había mudado a Hawai para estar lejos de él. Aquella noche se dio cuenta de que estaba cometiendo el mismo error con su hija y sufriendo las mismas consecuencias, tal como había sucedido con su padre y él. Su padre había muerto hacía años. ¿Qué podía hacer?

Todavía era esencial que perdonara a su padre, aun después de todos esos años. Oramos juntos y él recibió la liberación que necesitaba. Aquella noche, después de la reunión, le escribió una larga carta a su hija, pidiéndole perdón y contándole cosas que ella nunca antes había sabido. Lo vi algunas semanas después; se habían reconciliado y él estaba haciendo planes para volar a Hawai para ver a su hija y a sus nietos.

Muchos padres creen que es una debilidad admitir que han fracasado con sus hijos y pedirles perdón cuando han pecado contra ellos. Nada podría estar más lejos de la verdad.

Esto es parte del logro de su hombría llevada a la expresión máxima. Forma parte de la semejanza a Cristo el dar y recibir perdón.

Es un hecho documentado que la mayoría de los padres que maltratan a sus hijos fueron niños maltratados. Lo que tantos asistentes sociales, consejeros escolares y detectives de la policía no entienden es el principio que enseñó Jesús. Es fundamental para la vida humana.

Los pecados no son hereditarios.

Más bien son no perdonados y, al retenerlos, pasan de padre a hijo, de madre a hija, de generación a generación. La historia confirma que cada gran avivamiento producido en el mundo proporcionó la liberación necesaria para esa generación. Esta generación necesita liberación, usted necesita liberación.

¿Mantiene usted una actitud de no perdonar a sus propios padres, a sus socios en los negocios, o a sus amigos?

¿Nota usted que sus errores reviven en sus hijos?

Este es un ciclo que sólo se puede romper con el perdón.

El difunto Harry Chapin, autor de canciones y narrador de historias, escribió una pieza lírica titulada “Cat’s in the Cradle” (“El gato está en la cuna”). Es un circulo vicioso que necesitamos romper en nuestra vida.

El otro día acaba de llegar un niño; vino al mundo en la forma habitual.
Pero yo tenía que tomar aviones y pagar cuentas. Aprendió a caminar cuando yo estaba ausente
y ya hablaba antes de que lo supiera.
Cuando creció dijo: “Voy a ser como tú, papá, te lo aseguro, voy a ser como tú.”
“¿Cuándo vienes a casa, papá?” “No sé cuando; pero entonces estaremos juntos, sí, vamos a
pasarlo muy bien.”
Me jubilé hace tiempo, y mi hijo se mudó. El otro día lo llamé por teléfono.
Le dije: “Me gustaría verte,
si no tienes problemas.”
El dijo: “A mí también me encantaría, papá, si encontrara el tiempo;
pero hay problemas en el trabajo y
tienen gripe mis hijos.
Pero hubiera sido lindo hablar contigo, papá, de veras que hubiera sido lindo hablar contigo.” Y
mientras colgaba el teléfono
me vino este pensamiento:
Que él creció como yo;
mi hijo era justamente como yo.

Capítulo 6

Tierno y firme

El *Club 700* me pidió que participara como invitado de su programa, cosa que acepté con alegría. Varios años antes había pertenecido a su personal en calidad de ministro cristiano con amplias funciones, y ahora tenía la posibilidad de estar de nuevo en mi antigua casa, volviendo a encontrar y a saludar a todos los que trabajaban allí.

Tanto Pat Robertson como Ben Kinchlow, los animadores habituales, estaban ausentes esa semana, y habían sido reemplazados por una preciosa pareja cristiana. En el pasado este matrimonio había estado muy absorto en los intereses del mundo, pero luego los dos se convirtieron y su amor por el Señor Jesucristo los impulsaba a comprometer sus vidas a El de una forma total. Esto produjo en cada uno de ellos un estilo de vida nuevo y diferente. Ahora son obreros incansables y llenos de fervor por la causa de Cristo.

Tengo hacia ellos una gran admiración.

Pero aquel día mantuvimos una discusión, en una forma amistosa, aunque al mismo tiempo seria.

Eso sucedió delante de un público real en un programa en vivo que estaban observando millones de televidentes.

El productor ejecutivo del *Club 700* me invitó a presentarme, de modo que tuve la oportunidad de hablar sobre cómo ministrar a los hombres.

Durante la entrevista mencioné el principio de que *el equilibrio es la clave de la vida.*

— Dado que el equilibrio es la clave de la vida
— Dije —, los hombres deben aprender tanto a ser tiernos como firmes.

La anfitriona parpadeó con dureza y sus cejas se levantaron en forma pronunciada. Reaccionó de inmediato ante la palabra firme y dijo así:

— Mi esposo nunca sería firme conmigo — insistió —. Y silo fuera, no me agradaría.
— Sin embargo — le contesté en la forma más diplomática en que sabía hacerlo —, el hombre debe ser el líder en el hogar, y en algunas ocasiones eso demanda firmeza. Digo firmeza, no aspereza.
— Tiene que haber igualdad en el hogar entre el hombre y la mujer — insistió ella.
— Nunca lo he negado — le respondí—. Sin embargo, el hombre debe ejercer el liderazgo.

Saltó de nuevo. Ella debía ser igual a su marido en la casa, pero en aquel programa, en ese momento, era la que ejercía el liderazgo. El hecho es que la cuestión continúa en pie: el liderazgo del hombre en el hogar exige ternura pero a la vez firmeza.

Debe conservarse el equilibrio.

Con los hijos, las recompensas deben equilibrar los castigos, las caricias deben equilibrar los azotes, los elogios deben equilibrar las correcciones.

Tal vez hace algunos años, como regla general, los padres, educadores y líderes políticos hayan exagerado en lo que se refiere a la firmeza, pero en la actualidad lo que nos está perjudicando es la blandura. En algunas situaciones debemos llegar a ser despiadados con nosotros mismos.

Los afectos, los deseos, los apetitos, todos deben ser tratados con disciplina. Aun el amor debe estar bajo la disciplina, pues de lo contrario llegaremos a amar lo que será nuestra propia ruina.

La disciplina exige firmeza.

Mi esposa y yo teníamos hace años una amiga que perdió a su esposo. El había sido muy querido para ella; se amaban el uno al otro. Después de su muerte, ella desafió su salud emocional negándose a abandonar su apego hacia él. Mantuvo cada cosa en la casa en el mismo lugar en que había quedado el último día en que él estuvo. No cambió nada. Hablaba siempre de él en tiempo presente. Lo amaba con ternura.

Pero la ternura la destruyó.

Falló en cuanto a disciplinar sus emociones y su vida intelectual, y al hacer así, se negó a admitir que "él había muerto". No renovó su propia vida, ni permitió que Dios obrara en ella a su favor y creando una vida nueva para ella.

Donde una vez había tenido amigos, un esposo amante y una vida plena, pronto quedaron sólo sus memorias y un cuarto lleno de ropas. Era una soledad y un aislamiento que ella misma había forjado.

'En última instancia, la ternura hizo que las cosas fueran más difíciles para ella.

Jesucristo constituyó un equilibrio perfecto entre la ternura y la firmeza.

Reveló su ternura en sus mensajes de amor, en sus acciones de sanidad y consuelo y en su muerte en la cruz.

Pero el mismo Jesús que levantó a los niños pequeños en sus brazos preparó aquel látigo de cuerdas con el que sacó fuera del templo a los cambistas de monedas.

Algunas pinturas "afeminadas" sobre Jesús no tienen nada que ver con la realidad del carácter de aquel que era a la vez el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios.

Jesús fue un líder intrépido, que desafió a Satanás, echó fuera demonios, dio órdenes a la naturaleza, y reprochó a los hipócritas. Tenía una nobleza de carácter y un pleno complemento de virtudes que pueden ser reproducidas en la actualidad en nosotros, por el mismo Espíritu Santo que moró en El.

Dios desea reproducir esa misma hombría en todos los hombres.

¿Qué clase de hombría?
¡La semejanza a Cristo!

La semejanza a Cristo y la hombría son sinónimos. De la misma forma son sinónimos la semejanza a Cristo y la femineidad.

Cuando la vida de Jesucristo se implanta tanto en un hombre como en una mujer, ellos alcanzan el máximo de su potencial. Aparecen en ellos la plenitud de su personalidad y de su carácter. El mayor bien que puede obtener cualquier individuo es ser semejante a Cristo. Dios ha hecho todo conforme a ese propósito final: producir la semejanza a Cristo en nosotros, hacernos a su propia imagen.

De la misma manera en que ser semejante a Cristo, requiere una cierta rudeza, así también la requiere la hombría.

El concepto de la verdadera hombría se convirtió en realidad para mí por medio del doctor C. E. Britton. El fue víctima en su infancia de una lesión en la espina dorsal que le impidió crecer en forma normal, y llegó a medir menos de un metro cincuenta de altura. Sin embargo, a pesar de su estatura física, el doctor Britton era un hombre de hombres, pastoreando la Iglesia Bethany en Alhambra, California, por más de cuarenta años. Fue uno de los hombres más finos que he conocido. Nunca pasó una noche sin sentir dolor, y a pesar de ello, con fidelidad y en una forma maravillosa, discipuló a grandes hombres de Dios y los vio establecer importantes ministerios de alcance mundial.

El doctor Britton estaba ministrando un domingo por la mañana con el pasaje de Lucas 13. Señalaba que así como el agricultor espera encontrar higos debajo de las hojas de las higueras, Dios esperaba encontrar frutos en nuestra vida. El resultado, el producto de la obra interna de Dios en nuestra vida, será un fruto visible. Además, dado que le pertenecemos a El, Dios tiene el derecho de esperar fruto.

El fruto es la "hombría".

Sea lo que fuere que Dios plante, desea que eso produzca. '
Los naranjos producen naranjas. Las vides producen uvas. Las higueras producen higos. Usted no recoge limones de las vides ni higos de los naranjos.

¡Hombres! Dios nos ha creado como hombres y ha plantado su Espíritu en nosotros. El espera cosechar el fruto de nuestra hombría.

¿Qué sucederá si nosotros nos negamos a permitir que este fruto sea producido en nosotros?

En Lucas 13, Jesús les dijo a sus discípulos que si el árbol no produce fruto después de cierto tiempo, entonces es cortado.

En Juan 1:12 Jesús dijo en esencia: "Si no produce, córtalo." Ese mismo principio es aplicable a usted y a mí. Dios ha puesto todos los nutrientes de su gracia, amor y verdad en este mundo por medio de Jesucristo. Rehusar su salvación es ser cortado por la eternidad. Produzca, sea fructífero, o de lo contrario será cortado. Este principio de reproducción se mantiene cierto en cada área de la vida.

Un hombre de negocios estaba fracasando en sus actividades. Un amigo mío fue contratado para examinar y analizar el problema y luego hacer las recomendaciones que produjeran un cambio en la situación. Estoy seguro de que el hombre de negocios no estaba preparado para escuchar los resultados de ese análisis.

Sus problemas eran sus familiares. Había contratado muchos de ellos para trabajar con él, pero no estaban produciendo. Sus parientes estaban ahogando sus finanzas. Pero, debido a lo intrincado de las relaciones, no podía ni disciplinarlos **ni** despedirlos. De tal modo, el negocio se perdió. Podía haber mantenido su negocio hasta hoy si hubiera dicho: "Produzcan, o serán cortados."

Su ternura y su firmeza estaban fuera de equilibrio.

Así puede suceder en las iglesias. A pesar de que alguno no ha producido durante años, es mantenido en una tarea por razón del sentimiento. Una iglesia que conozco estaba en constante confusión durante sus servicios de adoración. El pastor estaba frustrado hasta las lágrimas por lo

mortecino del canto, una sensación de canto fúnebre al entonarse los himnos. Al pastor le parecía que no podía hacerse nada, debido a que la organista que causaba el problema había estado en su puesto durante veinte años y nadie la quería remover de su lugar. Además, estaba relacionada con muchos miembros de la congregación.

Lo que el pastor necesitaba hacer era decirle a ella y a todo el grupo de relaciones, y decírselo en amor: "Produzca, o será cortada."

El arrepentirse de las "obras muertas" no es solamente abandonar las obras de la carne para permanecer en Cristo. Es también un principio del Reino que tiene un significado y alcance mucho más amplio. Cualquier cosa que usted esté haciendo y que no sea productiva en la vida, es una obra muerta. Hay que arrepentirse de ella, abandonarla. Haga en lugar de eso algo productivo.

Si se trata de una obra muerta, no la mantenga por puro sentimiento.

Piense en todas las cargas innecesarias que lleva la gente en su vida por razón de los sentimientos, y lo Cierto es que las desprecian y quisieran abandonarlas, pero no lo hacen por causa del sentimentalismo.

El reino de Dios se fundamenta en la verdad, no en el sentimiento humano.

Las decisiones que tomamos tienen que tener el mismo fundamento.

La toma de decisiones es una de las características de un hombre
.
Cada persona que conozco de las que ha tenido éxito es una persona que decide.

Mientras trabajaba en el ministerio con la *Christian Broadcasting Network* hace años, con frecuencia me encontraba aconsejando, visitando, o saludando con cortesía al personal. Era frecuente ir desde el depósito hasta la sala de la presidencia. Sólo que en aquel entonces no se parecía mucho a una sala de dirección, sino más bien a un cuarto privado de trabajo. Durante aquellos días, vi mucho de lo que puede denominarse proceso de toma de decisiones de primer nivel.

En aquel entonces la *CBN* estaba preocupada por presentar buena música y además anunciarla. Había una entidad vinculada que no sólo produciría músicos y música, sino que también generaría fondos. Los beneficios serían utilizados para subsidiar los programas del *Club 700.* Sólo que no hubo beneficios.

Se asignó un analista de costos para hacer un estudio en profundidad y un análisis del resultado de esa entidad. Luego de estudiar los registros, analizar la Situación económica, proyectar el futuro y condensarlo en un breve pero comprensible informe, el analista de costos lo sometió a la consideración de Pat Robertson.

Pat lo estudió con detenimiento, vio el déficit, comprendió el drenaje que había en las finanzas de *CBN,* oró y tomó una decisión. El déficit era grande y las perspectivas de beneficios eran remotas. Habiendo tomado su decisión, Pat oró de nuevo. Era obvia la decisión que debía tomarse, pero quería estar seguro que lo hacía en la forma correcta.

Se lo llevó a su casa para analizarlo durante el fin de semana.

El lunes por la mañana, sin vacilación, Pat Robertson se limitó a dictar un memorándum que decía: "A partir de la fecha se elimina la entidad vinculada dedicada a la música."

Una decisión de esta naturaleza siempre es seguida por un desagradable período de despidos y reajustes de personal. Pero debía ser hecho para el bien del ministerio. Si se lo dejara continuar, podría haber sido perjudicado el resto del ministerio.
Jesús dijo: "Si no produce, córtala."

Tomar esa decisión exigió una especie de valor despiadado. No obstante, si Pat hubiera aplicado el sentimentalismo considerando otras opciones, hubiera despilfarrado los dólares de incontables donantes y recursos inconmensurables del Reino de Dios.

Decisiones. Firmeza. Liderazgo.

Las características distintivas de un hombre.

Hay ocasiones en que cada hombre debe ser firme.

Mis hijos saben que yo puedo tomar decisiones, haberlas tomado y permanecer en ellas. Pero hay ocasiones en la vida diaria cuando esto no es algo agradable.

Estuvimos en San Luis en una de las reuniones más grandes celebradas en el medio oeste norteamericano. Tenía a mi cargo la coordinación del programa, y todo lo que tenía que hacer para que fuera exitosa era lograr que doscientas iglesias realizaran la misma cosa al mismo tiempo. Eso era todo. Sin embargo, nos llevó seis meses lograrlo.

Mi familia se reunió conmigo durante la semana, junto con centenares de obreros que cooperaban y otros miles de personas. Cada uno estaba disfrutándolo todo, excepto yo. Tenía que coordinar cada actividad, supervisar cada detalle y hacer que todo pareciera tan suave como un cristal.

Además de todo eso, mi esposa, nuestras dos hijas y yo habíamos tenido que alojamos en una habitación de un hotel. La tensión mía se había elevado. Era una mañana en la mitad de la semana, y las hijas habían estado discutiendo sobre a dónde ir y qué hacer. Yo tenía mi sentir en cuanto a eso.

Me di vuelta y les dije en forma enfática: "Lois, tú irás al Monumento Arch y tú, Jo, te quedarás con tu mamá. Voy a trabajar y no quiero escuchar una palabra más."

Todas ellas habían aprendido a reconocer ese tono de voz, de modo que nadie dijo nada mientras yo me preparaba para dejar la habitación. Cuando comencé a dar vuelta el picaporte de la puerta, recordé que no había tenido mi momento devocional. Volví con rapidez, tomé la Biblia, le di un vistazo a unos pocos versículos, luego me arrodillé al pie de la cama y le dije al Señor: "Buenos días." Después de unos pocos momentos en que estuve arrodillado allí, sentí que alguien estaba parado cerca, y yo sabía que no era el Señor.

Levanté despacio la cabeza y miré ami esposa parada allí con un cepillo en la mano. Me estaba mirando con benevolencia mientras permanecía arrodillado allí al pie de la cama.

Ella me interrogó con mucha suavidad: "¿Estás pidiendo o contando?"

Cuando se dio vuelta y se fue caminando despacito, yo me deshice en una risotada junto con mis hijas y la tensión desapareció.

Las mujeres quieren que sus hombres tomen decisiones. No como un dictador sino como un líder. Hay una diferencia muy grande. Los dictadores toman decisiones basadas en las

preferencias personales, o en una gratificación egoísta, pero los líderes toman decisiones basadas en lo que es mejor para sus seguidores.

Las naciones, las familias, las mujeres y todos los niños necesitan a los que toman las decisiones. Las decisiones no siempre son correctas, pero son decisiones al fin. Aun el no tomar una decisión llega a convertirse en decisión, por simple omisión.

Hace años oí decir a un amigo que el que se sube en una cerca queriendo estar a ambos lados, terminará cayéndose y lastimándose en forma seria. Es peligroso.

La indecisión crea inestabilidad.

La Biblia dice que "el hombre de doblado ánimo es inconstante en todos sus caminos**" (Santiago 1:8).**

Una revisión de lo decidido demuestra una falta de confianza en la decisión ya tomada. Si se toma una decisión que resulta ser incompleta o equivocada, admítalo, arrepiéntase, aprenda de ello y siga adelante a partir de ese punto.

Si Dios nos perdona, pero nosotros no nos perdonamos, nos estamos haciendo mayores que El. Olvidar el pasado con sabiduría es parte de la maduración del hombre. Es algo esencial a la verdadera hombría. Es injusto tener que reclamar el perdón por el mismo pecado una y otra vez. Una vez perdonado, el pecado debe ser sabiamente olvidado. Olvidarlo con sabiduría no quiere decir sacarlo de nuestra mente, sino más bien no volver a esgrimir ese pecado en contra de nadie.

Lamentar en forma indefinida lo sucedido, viviendo con lamentaciones o llevando el peso de errores pasados, son procedimientos equivocados. Vivir con los errores del pasado constituye en sí mismo un error.

Owen Carr, fundador del canal de la televisión cristiana de Chicago, refiere en su libro *The Battle is the Lord's* (La Batalla pertenece al Señor), cómo su escéptico padre reaccionó a las noticias de que Owen iba a dedicarse al ministerio.

— ¡Si vas a comenzar, no te detengas! — dijo su papá al joven Owen —. ¡Y si vas a detenerte, no comiences!

Los hombres tienen la responsabilidad final sobre las decisiones que toman.

La esencia de la madurez es la aceptación de esa responsabilidad. Y a su vez, la madurez es la esencia de la hombría.

La noción popular es que la madurez viene con los años. No es cierto. Lo que viene con los años es la vejez. La madurez viene por la aceptación de la responsabilidad. Y esto en cada área de la vida.

Aceptar la responsabilidad debida a nuestros fracasos es la sustancia sobre la cual descansa el éxito. Nadie puede ser responsable del éxito a menos que esté dispuesto, a la vez, a aceptar la responsabilidad por el fracaso. Esto es cierto en los negocios, en el matrimonio y en toda la vida.

Nadie debería sorprenderse por las últimas estadísticas sobre los niños que se van del hogar. Producen tristeza, pero no deberían producirnos un colapso. Los niños que se van de sus hogares tan sólo están imitando lo que han aprendido de sus padres que han hecho abandono de sus hogares, muchas veces sus propios padres. Cuando yo trabajaba en el estado de California

para el Comité de la Niñez y la Juventud, había cuarenta mil mujeres que vivían solas con sus hijos, porque sus esposos se habían ido del hogar.

Esos cuarenta mil hombres de California no pudieron, no quisieron, o no eligieron aceptar la responsabilidad de ser un esposo y un padre. Al menos, no de acuerdo con la mayoría de los votos matrimoniales.

El divorcio solía ser una mala palabra. Hoy es algo que está de moda. Sigue siendo todavía, con frecuencia, una cobertura a la evasión de la responsabilidad.

Muchos de esos hombres revolotean de mujer en mujer, de lugar en lugar, representando su propia versión del hombre "macho" popular. La capacidad de procrear no es la evidencia necesaria de la hombría. En verdad, esos hombres son semejantes a niños, inmaduros en espíritu, infantiles en cuanto al entendimiento, viviendo en la delgada superficie de la vida, sin raíz, sin profundidad y sin carácter.

Algunos hombres son maduros a los diecisiete años. Otros son inmaduros a los setenta. Las iglesias sufren por la existencia en su seno de caracteres masculinos inmaduros. Son hombres que han perdido en forma vergonzosa el liderazgo espiritual, abandonándolo en manos de las mujeres. Habiendo cambiado los papeles de la disciplina en el hogar, el hombre ahora se mueve para deshacerse de su responsabilidad en la iglesia. En iglesia tras iglesia, las mujeres ejercen los dones del Espíritu, las mujeres enseñan, organizan y dirigen, y las mujeres elevan las alabanzas y la adoración al Padre.

Es posible obtener espiritualidad de las mujeres, pero la fortaleza viene siempre de los hombres. Una iglesia, una familia, una nación es sólo tan fuerte como lo son sus hombres.

Hombres, ustedes son responsables.
No hay un suave tobogán en que poder deslizarse.
Dios exige la hombría de cada uno de los hombres.

Cuando un hombre ha nacido de nuevo y ha recibido el perdón de sus pecados, el pizarrón de su vida ha sido dejado libre del polvo, y su corazón ha sido limpiado. Pero, entonces, los mandamientos de Dios deben ser escritos en esa pizarra limpia. Ese nuevo cristiano debe leer la Palabra de Dios y tener comunión con el Padre por medio de la oración. Debe comenzar a vivir en el Espíritu. El nuevo corazón es como las tablas de piedra de Moisés en las cuales Dios escribió. El Espíritu Santo inscribe la Palabra de Dios en nuestro corazón mientras estudiamos y meditamos en la Palabra.

¡El hombre que ha sido creyente por muchos años, pero nunca ha ido más allá que memorizar Juan 3:16, es tan inmaduro como el hombre que recibió a Cristo ayer!

Su salvación no se nota. Está lejos de su tierra de Canaán. No ha comenzado todavía a experimentar la hombría al máximo en Jesucristo.

Su inmadurez espiritual puede conducirle al pecado, a la inmoralidad y a un amplio rango de tentaciones. Nunca se ha enraizado en la Palabra. Nunca aprendió las Escrituras que nos hacen sabios y nos ayudan a determinar el curso de nuestra conducta, la manera de nuestro hablar, las actitudes de nuestro corazón y el fundamento para nuestra conciencia.

Cuanto más habite en usted la Palabra tanto más semejante a Cristo será hecho su carácter. La Palabra debe ser adquirida en el espíritu.

Cuanto menos haya de la Palabra, tanto menos será su carácter parecido al de Cristo. Es una fórmula elemental, pero es la que distingue a los hombres.

¡La hombría y la semejanza a Cristo son sinónimos!

Usted me escuchará decir esto vez tras vez, porque esa es la verdad. Sólo la grandeza de Cristo en nuestra vida puede hacer que usted y yo alcancemos la grandeza. Nada más. Es la razón por la cual Juan el Bautista dijo: “El debe crecer, pero yo debo menguar.” Es la razón por la cual debemos permitir a Dios que produzca el fruto de la hombría en nuestra vida.

La parábola del hijo pródigo es la historia de la humanidad. Cuando el pródigo “volvió en sí” y retomó a la casa de su padre, fue perdonado, limpiado y restaurado a su posición correcta.

Cuando aceptó la responsabilidad correspondiente a sus acciones, se arrepintió de ellas y pidió el perdón, toda su vida fue transformada.

También su vida puede ser cambiada. Usted puede entrar en su nueva tierra de Canaán.

Pero el único camino es desarrollar la verdadera “hombría”.

Sí. La semejanza a Cristo.

Capítulo 7

¿Hay un sacerdote en su casa?

En cada casa hay un sacerdote. Dios ha planeado que el hombre desempeñe esa función. Sea que estudien la Biblia o no, ustedes, hombres, son sacerdotes.

No importa que usted lo crea o no, lo acepte o no, lo viva o no, o aún que lo ignore; usted es el sacerdote. El oficio del sacerdote es ministrar, no sólo al Señor, sino también a los que han sido confiados a su cuidado. Eso significa que un hombre debe ministrar a su esposa y a sus hijos.

Debemos estar ocupados en ese ministerio. Exige un verdadero hombre para desempeñarlo con éxito. En su libro de guía, la Biblia, Dios da todas las directivas que necesitamos.

La mayor parte de los hombres fracasan por no reconocer que tienen que cumplir en sus hogares un ministerio como sacerdotes.

Un día sonó el teléfono de mi oficina. Cuando atendí la llamada, escuché una voz femenina que quería saber si yo era el doctor Cole, el que realizaba seminarios para hombres. Cuando estuvo segura de que yo era la persona que buscaba, me pidió que la atendiera por unos minutos.

Su voz estaba afectada por la ansiedad; era como un sollozo contenido.

— Lo estoy llamando con temor y temblor — dijo — porque no quiero que mi esposo sepa que le estoy hablando.
— Sé que usted habla a los hombres. He escuchado sus cintas grabadas y creo que son poderosas en sus mensajes a los hombres. Yo quisiera que usted les dijera a los hombres cómo nos sentimos en realidad las mujeres.

Con esas palabras ya había captado mi atención.

— Nunca pude hablarle a mi pastor o a otra persona aquí en mi ciudad y decirles lo que le estoy contando
— continuó diciendo —. Nunca lo hubieran entendido. Mi esposo es un buen hombre. Nunca falta a un servicio de la iglesia. Rara vez llega tarde. Los dos trabajamos en la iglesia. Yo enseño en la escuela dominical y él colabora como ujier. Los dos somos cristianos que amamos al Señor.

Esperé a que ella llegara al punto principal. Y llegó.
— Pero en todos los años que hemos estado casados
— Dijo la mujer con su voz envuelta en la tristeza —, mi esposo jamás me habló en casa de las cosas de Dios. Pasaron quince años desde nuestra boda antes de que él orara delante de mí, y eso fue a causa de que yo estaba enferma y le pedí que lo hiciera.

Podía percibir su sufrimiento.
— El se preocupa de hacer todo lo que puede por mí. Me siento muy mal hablando de él a sus espaldas, pero es que ahora estoy muy sola. No se qué otra cosa podría hacer. *Me falta una parte de mi vida porque él nunca ha asumido el liderazgo* en la oración ni me ha hablado acerca del Señor. Cuando mis hijos estaban en casa, yo tenía alguno con quien leer la Biblia y orar, porque lo hacía con ellos. Ahora todos se han ido. Hace menos de un año que se casó el último y se fue de casa. Mi esposo gana suficiente dinero para que yo no necesite trabajar, de modo que estoy en casa la mayor parte del tiempo. Créame que no es porque los hijos se han ido que me siendo tan sola. Es porque no tengo ningún tipo de liderazgo de parte de mi esposo. Por favor,

dígales a los hombres, donde sea que usted vaya, que las mujeres queremos que ellos sean los líderes en el hogar cada día: en especial que nos guíen en oración y en el estudio de la Palabra de Dios. Si él tan sólo cambiara y asumiera su papel de líder, yo podría amarlo aun más. Por favor, comprenda que amo a mi esposo. Sólo que me angustio porque él no asume su papel. No deseo avanzar y asumirlo. Eso no es correcto. Yo se de un montón de mujeres que lo hacen, pero creo que no es correcto. Gracias por escucharme, y, por favor, sí, por favor, dígales a todos los hombres del país que las mujeres queremos que ellos sean hombres.

El sacerdote de la casa debe orar por su esposa.

La oración produce intimidad.

Usted llega a ser íntimo con aquel al cual usted ora, con aquel por quien usted ora, y con aquel con quien usted ora.

Moisés subió al Monte Sinaí, el lugar de la oración, y permaneció allí tanto tiempo, que finalmente Dios le pudo hablar a él como le habla "un amigo a un amigo". ¿Por qué? Porque la oración produce intimidad.

Jesús había cultivado tal intimidad con el Padre en la oración, que en el monte de la transfiguración la gloria de la presencia del Padre refulgió a través de El.

El día de Pentecostés los discípulos fueron revestidos con poder debido a que ellos estaban orando juntos. Su oración produjo tal intimidad que ellos estaban "unánimes" y sus oraciones en acuerdo trajeron el poder.

Cuando un hombre ora con su esposa, viene a ser íntimo con ella. En la verdadera oración espiritual, la intimidad desarrollada es mucho mayor que la de la unión física. Es la unidad en el espíritu.

Una mujer que ora por su esposo desarrolla una intimidad con él en el espíritu que la acerca a él. Ella se identifica con sus necesidades y así le ayuda a satisfacerlas.

El fracaso del hombre en orar por su esposa significa que, a pesar de que pueda tener intimidad física, no ha desarrollado la intimidad de espíritu que produce verdadera unidad.

Las relaciones sexuales y la unión espiritual son dos cosas diferentes. Si usted quiere ser realmente uno con su esposa, entonces ore en favor de ella y ore con ella.

Esa es la razón del lema: "La familia que ora unida permanece unida."

Cada mujer necesita ser única en sus propios ojos. Un hombre que ministra a su esposa contribuye a que esto se cumpla. Pero, si él no ora en favor de ella, sus necesidades más profundas no estarán recibiendo atención.

Toda mujer anhela la intimidad de algún hombre. La mujer fue hecha así. Cuando se le niega esa intimidad con su esposo, su naturaleza buscará una fuente alternativa. Los hombres que conocen a sus mujeres en oración, también las conocen en la sala, en la cocina y en el dormitorio.

Si al leer esto, usted no ha orado en favor de su esposa, deténgase y pida a Dios que le perdone. Comience a cambiar en este mismo momento. No lea ni siquiera una palabra más antes de que haya orado por ella.

Hágalo. Es más importante que seguir leyendo.

Yo estaba ministrando en Canadá, hablando con verdadera vehemencia acerca de la necesidad de que los hombres ministren en oración. El día después de la reunión se me acercó un hombre, con una sonrisa tímida. Su esposa estaba a su lado, radiante, mientras él me decía: “Anoche usted me asestó un golpe cuando le oí hablar acerca de la oración. Pero oré con mi esposa por primera vez en once años, y hoy estamos más cerca que nunca antes.”

El ministerio no consiste meramente en predicar.
El ministerio es también oración.

Tal vez debería tomar un momento aquí para hablar a las mujeres. Este es un asunto importante.

Las mujeres pueden tener un tiempo más adecuado para orar por sus maridos, pero algunas mujeres tratan de jugar a que son Dios. Ellas procuran crear a sus esposos a su propia imagen según creen que deberían ser, y no permiten que Dios cree al hombre “a su propia imagen”.

Este problema se presenta aun antes del matrimonio. Las mujeres parecen tener una gran tendencia a dar a sus prometidos el beneficio de la duda cuando se trata de defectos de carácter. No podría numerar la cantidad de mujeres que han conocido y se han casado con alcohólicos, pensando que ellas cambiarían a sus esposos después de la boda por rodearlos de amor.

La sentencia errada típica es: “Yo creía que todo lo que él necesitaba era el amor de una buena mujer.”

Cualquier cosa que un hombre es cuando es soltero, lo será con más intensidad cuando se case. Amenos que Cristo esté allí para cambiarlo.

Lo mismo sucede con las mujeres cristianas. Ellas desean que sus maridos inconversos compartan las buenas nuevas de Jesucristo. Y lo desean tanto que muchas veces se equivocan. Parece que creyeran que “ningún hombre viene al Padre a menos que su esposa lo traiga”.

Ninguna mujer puede traer un hombre a Dios. Esa es la tarea del Espíritu Santo.

Innumerables mujeres han llevado sus cuerpos, mente y alma al punto del frenesí, tratando de sustituir la obra del Espíritu Santo. Vez tras vez los consejeros dicen a las mujeres: “No jueguen a ser Dios.”

Es verdad que el hombre tiene que ser el sacerdote, pero también es cierto que Dios tiene que guiarlo a esa tarea. No podrá cumplirla por el hecho de que una mujer lo presione a ello. La presión de una mujer sólo tendrá utilidad cuando el Espíritu de Dios esté guiándolo y llevándolo a ser lo que Dios quiere que sea.

Los hombres pueden cambiar los hábitos. Sólo Dios puede cambiar la naturaleza.

Mujeres, no jueguen a ser Dios.

La mujer que se da cuenta de que tiene en sus manos un esposo que no es creyente, o bien un esposo cristiano que no ha logrado el máximo de su potencial como hombre, tiene dos pasos fundamentales que le ofrecen las Escrituras.

1) Asegúrese de que ha perdonado a su esposo todos sus pecados. Muchas mujeres no quieren perdonar a sus esposos. Sin que medie el perdón, la mujer retiene los pecados de su esposo contra él, y ata a su marido con esos pecados. El perdón abre, la falta de perdón cierra. El perdón libera, la falta de perdón ata.

Muchos hombres que con sinceridad desean ser la clase de hombre que Dios quiere, se dan cuenta de que están batallando para librarse de la esclavitud de la falta de perdón de parte de sus esposas.

2) Ame a su esposo. Qué declaración tan simple y sin embargo es la fórmula de Dios para el éxito matrimonial. La Biblia dice en este sentido: "Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa" **(1 Pedro 3:1-2).**

Ese es el modelo divino que puede motivar a un hombre a desear el cambio y lo capacitará para ministrar a su esposa. Tal fue la intención de Dios desde que Eva fue llamada al principio la ayuda idónea de Adán.

Hombres. Todavía la carga de la prueba recae sobre ustedes. Dios continúa responsabilizando al hombre para que sea el sacerdote de la casa: Aprenda a ministrar a su esposa

Un hombre ministra a su esposa cuando le ofrece seguridad.

Cada mujer necesita saber que ella es única para su hombre.

Esa es la razón por la cual aun las mujeres que son promiscuas sienten una medida de culpa por tener relaciones sexuales desprovistas del amor. Por eso la mujer, antes de someterse al galanteo amoroso del hombre, hace la antigua pregunta de los siglos: ¿Me amas?

Las relaciones sexuales en forma mecánica nunca van a satisfacer el deseo de la verdadera intimidad.

Usted le asegura a su esposa su amor hacia ella cuando le dice que ella es la esposa que Dios ha querido que usted tenga.

Estamos comprometidos con lo que confesamos.

El voto matrimonial es una confesión que crea compromiso. Pero la ausencia de compromiso es un problema de la mayor importancia que enfrentan en la actualidad las parejas. Muchos hombres sienten que fueron llevados al matrimonio bajo presión, manipulados o acorralados por las circunstancias. En consecuencia, se preguntan cuál hubiera sido el destino que hubieran tenido de no mediar esas situaciones.

De la misma manera, cuando una mujer se casa por causa de un embarazo o por inseguridad económica o por cualquier otra presión, suele dudar de que su esposo le haya sido dado por Dios.

Los esposos y esposas por igual, en medio de tal incertidumbre, miran a otros y se preguntan: "¿Habrá sido la persona señalada para mí? ¿Cómo hubiera sido la situación con esta otra persona?"

Todo esto hace que el cuerpo de las relaciones matrimoniales entre en descomposición.

Cada marido necesita comprender que lo sagrado de la unión matrimonial es la más alta prioridad de Dios para todo matrimonio. Cada hombre necesita fijar esto en su mente: "Ella es la persona." Habiéndolo hecho así, debe confesárselo a sí mismo y a ella. Tal confesión es crucial.

Recuerde esto: nosotros estamos comprometidos con aquello que confesamos.

Usted está ministrando a su esposa cuando le confiesa que ella es la persona para usted. Es la seguridad para ella. La seguridad de ella.

Los hombres son sacerdotes. Ellos deben ministrar. Pero, como usted ve, ministrar es mucho más que predicar.

Ministrar es amar.

La actual perversión de la moralidad ha creado filosofías que fragmentan los matrimonios, los hogares y la sociedad. Algunos hombres tienen la actitud de que la doctrina de la separación de la iglesia y el estado significa que todo lo religioso, sagrado o espiritual debería relegarse a la hora de adoración de la iglesia, y que en el resto del tiempo ellos pueden hacer lo que les Plazca.

Un hombre nunca cesa de ministrar.
Eso es su vida.

Ministra cuando vende un auto, contrata un edificio, arma un computador, ejecuta decisiones de una empresa, todo lo que hace en la vida forma parte de su tarea de ministrar. Muchos hombres, después de ministrar a la gente todo el día, no están en condiciones de ministrar en su hogar esa noche.

El gran lamento entre las esposas, en especial las esposas de los ministros, es: “Mi esposo puede ministrar a todo el mundo, pero no puede ministrarme a mí.”

El hombre se defiende sobre la base de su mucha ocupación, fatiga, carga de trabajo, presión económica, ansiedad de los clientes, y él está ministrando a todo el mundo. Debemos aceptar que esto es exhaustivo.

Cuando llega a casa, desea ser ministrado, no tener que ministrar. Pero la verdad es que el ministrar viene en primer lugar en el hogar.

El hombre de la actualidad comercia esposas y mantiene negocios.

Aun los esposos cristianos están expuestos a cometer errores sin darse cuenta de esto.

Vez tras vez he visto el mismo síndrome obrando en infinidad de vidas: las parejas se enamoran y se casan, pero a medida que los negocios crecen, vienen los hijos, las necesidades de la iglesia exigen su atención, más y más están ocupados en hacer cosas por los hijos, para la iglesia, o en los negocios.

Lo que usted necesita comprender es que ustedes se enamoraron el uno del otro, y después que todo lo demás pasó, ustedes todavía se tienen el uno al otro. Al menos así debería ser si han sido buenos administradores del matrimonio.

Dios hizo al hombre para que fuera un líder y un administrador.

Los hombres no poseen nada; son sólo administradores.

La salud, el matrimonio, los hijos, las propiedades, los negocios, el amor de su esposa, sobre todas esas cosas los hombres son sólo administradores. Todo pertenece a Dios. El nos lo ha dado todo a nosotros. Nosotros tendremos que dar cuenta de qué hicimos con esto y cómo lo cuidamos.

Los hombres cometen el error, o el pecado, de pensar que son los dueños. Ese pensamiento les hace actuar en forma independiente de Dios. Y allí es donde comienzan todos nuestros problemas. Adán actuó en forma independiente de Dios, y fíjese cual es ahora la condición del hombre.

Hombres, ustedes no poseen el amor de sus esposas. Ustedes son sólo administradores de ese amor. Es un don de Dios para ustedes.

Sea un buen administrador. Sea el sacerdote. Ministre.
Ministre a su esposa.

Dejen los hijos a los abuelos o amigos, dejen el trabajo y váyanse juntos afuera. Solamente ustedes dos. Enamórense de nuevo. Minístrele a ella. Esa es la razón por la cual ella debe estar sujeta.

Cada pareja casada necesita tener una luna de miel al menos cada seis meses, que dure por lo menos un largo fin de semana de cuatro días. Sin ese tiempo especial juntos, usted verá que después de un cuarto de siglo de matrimonio, cuando los hijos se han ido, ustedes se han olvidado cómo amar o comunicarse, y ustedes enfrentan la separación.

Ministre.

.Ore por ella y con ella. Desarrolle su intimidad.
Confiese que ella es su esposa. Ministre seguridad.
Eso es amarla.
Llévela afuera y déle su atención indivisa.
Enamórese de nuevo de cuando en cuando.
Hombres, ustedes no tienen ninguna opción
Es Dios el que los llamó para ser sacerdotes en su hogar.
¿Hay realmente un sacerdote en su casa?

Capitulo 8

Una propina para toda la vida

Me desempeñaba como administrador general de una emisora de televisión cuando me enfrenté a la necesidad de despedir a un joven.

Tomás reunía todas las condiciones que se requieren para tener mucho éxito. Sin embargo, su ministerio no lo tenía.

Era uno de los ejecutivos de la emisora y tenía la pericia necesaria para destacarse en los temas económicos. Por alguna razón, no sucedía así en la práctica.

Era la quinta oportunidad en que procuraba ser próspero en el ministerio. Había pastoreado dos iglesias, pero en cada caso lo había hecho de una forma poco afortunada. Después de eso ocupó un puesto administrativo en un ministerio cristiano, donde fracasó de nuevo. Más tarde asumió el cargo de pastor asociado en una tercera iglesia, pero los resultados fueron siempre los mismos: infructuosos.

Por último estaba fracasando en la emisora de televisión debido a su bajo rendimiento. Conocía bien la realidad de su situación. El despido no podía tomarlo por sorpresa. —

— No se qué decirte, Tomás — le dije mientras conversábamos aquella tarde —. No se qué hacer por ti. Quiero ayudarte y la única cosa en que puedo pensar, es que por alguna razón, sí, por alguna razón inexplicable para mí, no estás confiando en que Dios contestará tus oraciones. Yo procuraba obtener por mí mismo las respuestas que él necesitaría para su futuro, a fin de que las ataduras de su fracaso pudieran ser deshechas y él quedara libre para rehacer su proyecto de vida.

Tomás comprendió la verdad de lo que le decía. Admitió que la oración se había convertido para él en algo muy difícil. En realidad, la única ocasión en que seguía orando era en público, y esto cuando era invitado a hacerlo en los servicios de la iglesia o en otras reuniones cristianas.

No había llegado todavía al punto de darse cuenta de la conexión vital que existía entre su falta de oración y las luchas que enfrentaba para hacer su trabajo diario.

Tomás era un creyente de tercera generación, hijo y nieto de destacados y exitosos ministros cristianos. Siempre había procurado asirse de lo que le quedaba de esa herencia.

Pero nunca le había dado resultado.

No obstante, Tomás era cortés. Sabía que yo no mantenía hacia él ninguna malicia. El y su esposa Susana nos invitaron a mí y a mi esposa a cenar con ellos unos días después.

Las piezas del rompecabezas comenzaron a ensamblarse.

Susana había preparado la mesa en forma muy atractiva. La felicité y le dije que apreciábamos mucho la invitación a cenar que nos habían hecho.

— Sí, es una gran cosa tenerlos a ustedes a cenar esta noche — interpuso Tomás bromeando—. A cambio de eso disfrutaremos de una buena comida.

Nancy y yo intercambiamos las miradas, pero seguimos la conversación sin darle importancia.

Después de comer un rato, Susana fue hasta la cocina para buscar una jarra de jugo. Mientras regresaba, advertí qué sobria y agradable parecía nuestra anfitriona, trayendo una jarra efervescente y sonriendo con afecto. Pero en el mismo momento su esposo se burló de ella diciendo:
— Así como la ve, **mi** esposa es de Arkansas; se puso los zapatos sólo porque usted está aquí.

Susana se sonrojó, pero no dijo nada.

Prosiguió la cena, y la frecuencia con que Tomás hacía sus ironías era cada vez mayor. Durante la comida y aun después de ésta, seguía lanzando contra su esposa sus rebuscados ataques, convirtiéndola en el blanco de sus burlas.

De cuando en cuando, la risa nerviosa derivaba en una conversación algo áspera, pero aun así él no desistía. Tomás pensaba que estaba haciendo gala de su sentido del humor. Pero en realidad, era el único que pensaba eso.

Después de estar un rato en la casa, comprendí porqué Tomás no tenía éxito, por qué tenía impedimentos para orar, por qué no estaba experimentando las bendiciones de Dios.

La Biblia dice en **1 Pedro 3:7:** "Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo."

Tomás estaba desestimando la seria advertencia de Pedro de tratar a su esposa como una coheredera juntamente con él.

A raíz de ese fracaso, Tomás no recibía respuestas rápidas a sus oraciones. Debido a la ineficacia de su vida de oración, estaba fallando también en el ministerio cristiano. Sin prontas respuestas a sus oraciones, su fe se había desarrollado en debilidad, y sin fe es imposible agradar a Dios.

Su esposa, lector, debe ser su "socia" o "coheredera", exactamente tan digna de consideración, apreciación y afectos como usted mismo cree merecerlos.

El apoyo moral no es sólo tarea de ella, así como las decisiones del hogar tampoco le corresponden en forma exclusiva a usted. Ningún hombre que se casa puede vivir o actuar en forma independiente de su esposa.

Muchos hombres culpan a su jefe porque no han logrado un ascenso, o al empleado en la oficina de al lado, diciendo que arrebató el puesto para sí, cuando la verdadera razón de ello se encuentra en su propia vida. Están fracasando, tropezando, esforzándose, pero no logran las metas, debido a que no están tratando a sus esposas como socias o coherederas.

Tomás no es un ejemplo aislado de este pecado. El síndrome tiene el carácter de epidemia. *El hombre que le da poca importancia a su esposa* es uno de los clásicos monumentos sociales de nuestra época.

Pensé en los antecedentes de Susana. Eran muy diferentes a los de Tomás, y por añadidura ella era el blanco de sus frecuentes bromas.

Su madre, una mujer promiscua, había hecho pasar a Susana durante su infancia y adolescencia, por una docena de escuelas diferentes. La soledad había seguido a Susana como pisándole los talones. Era una niña brillante y aun en su tierna edad procuraba adelantar participando en cuanto programa de ayudarse a sí misma encontraba a su paso.

Por último, fue invitada a asistir a una reunión con un grupo juvenil de una iglesia local y allí entregó su corazón a Cristo. En su año avanzado en la escuela secundaria, ganó un concurso. El premio era un año de estudio en una Escuela Bíblica.

Fue allí donde encontró a Tomás. Como estudiante de tercera generación en el ministerio cristiano, estaba empapado de las tradiciones del cristianismo. Se había desarrollado dentro de la iglesia como el hijo del predicador, y tenía su estilo eclesiástico. Conocía todo lo que debía hacerse y de qué forma debía ser hecho.

Una amable relación entre ellos llego convertirse en amor y éste en matrimonio.

Tomás y Susana se involucraron en el ministerio cristiano después de la graduación de Tomás. Ella no tenía experiencia con ese estilo de vida, ni ningún antecedente en esa tarea. Lo cierto era que no comprendía las demandas y expectativas que corresponden a la esposa de un predicador. Tomás no dedicó el tiempo necesario para enseñarle o explicarle lo suficiente acerca de eso. Dado que él lo sabía, daba por sentado que ella debía saberlo y actuar de acuerdo a eso.

Suponer algo, dándolo por sentado, es el nivel más bajo de conocimiento en la vida. Tomás actuaba con respecto a Susana en el nivel de suponer, de considerar que algo debía ser así.

En medio de lo que ignoraba y su temor de hacer preguntas, Susana cometía los errores inevitables de alguien que es nuevo en la casa pastoral. Algunas veces, la mayoría de las veces, esos errores perturbaban a su esposo.

Tomás reaccionaba.

Para poner a cubierto su confusión, en lugar de dedicar tiempo para explicar con paciencia a Susana lo que no sabía, la humillaba, se burlaba de ella, o la disminuía delante de otros.

El proceso de autojustificación consiste en procurar que la persona que lo aplica se sienta bien a sus propios ojos, haciendo recaer su culpa sobre alguna otra persona.

La respuesta de Dios ya ha sido dada en Primera de Pedro. Tomás dejó de obtener respuestas directas a sus oraciones.

Las bendiciones de Dios dejaron de fluir en la vida y el ministerio de Tomás.

Frustrado, con su fe debilitada, decayó en la oración y podría decirse que ese aspecto de su vida se secó y virtualmente murió. No podía seguir confiando en Dios para lograr las metas que deseaba ver cumplidas en su vida, y entonces el éxito se hundió en el fracaso.

Tomás, siguiendo el modelo general que siguen los hombres, se justificó a sí mismo a sus propios ojos, y siguió el procedimiento de echar la culpa a Susana. Por supuesto, que él nunca lo expresó en una forma directa. En cambio, comenzó a hacer de ella el chivo expiatorio, convirtiéndola en objeto del ridículo.

Incapaz de aceptar la responsabilidad de su propio fracaso, miró a su alrededor y encontró al alcance de su mano el chivo expiatorio que buscaba. El proceso de disminuir a Susana continuó así por años.

Lo que él necesitaba hacer, y lo qué usted necesita hacer si es que se parece a Tomás, era llevar a Susana a algún lugar a solas y abrir su corazón ante ella y permitir que su relación fuera sanada. Necesitaba cambiar. Luego podría cambiar ella.

Es evidente que algunos hombres fracasan en tratar a sus esposas como socias o coherederas, y sin embargo tienen éxito en sus negocios. Pero, en la mayoría de los casos, puede descubrirse otra área de fracaso, otra ruptura en su vida, que pone en evidencia este defecto.

Si el papá trata a la mamá como esclava, en lugar de tratarla como socia o coheredera, los niños lo observan y manifiestan la misma actitud en su manera de comportarse.

La esposa debe ser tratada como la socia o coheredera. La murmuración contra su esposa, una actitud maliciosa hacia ella, y la acción para disminuirla, lo desgastará a usted en su hombría y lo alejará de la posibilidad de tener un matrimonio llevado a su máximo potencial.

Cada cosa en esta vida aumenta de valor o lo disminuye.

Cuando aumenta el valor, hay apreciación.
Cuando disminuye el valor, hay depreciación.

Los seres humanos también se aprecian o se deprecian de acuerdo con el valor que les reconocemos.

Cuando usted aprecia a una mujer, ella gana en valor a los ojos de ella misma y también a los de usted. Cuando la deprecia, ella pierde valor, tanto a los ojos de ella como a los suyos.

Tomás había depreciado a su esposa, y la consecuencia era que la pérdida de valor, a los ojos de ella como a los de él, había motivado que comenzara a ser ineficiente y a sentirse inferior.

Yo puedo recordar mi propia crisis en este sentido.

Hace años Nancy y yo pastoreábamos una nueva y esforzada iglesia en el norte de California. En verdad que todo lo que se relacionaba conmigo implicaba lucha, y en primer lugar con mi propio yo.

No entendía lo que estaba sucediendo.
No sabía qué hacer al respecto.

Estábamos remodelando el edificio en el cual nos reuníamos para la adoración, y tratábamos de hacerlo tan agradable como fuese posible. Construíamos un piso nuevo de madera dura de arce, y cada momento que tenía libre iba a trabajar allí para acelerar la obra.

Una tarde me encontraba allí, solo, golpeando clavos en el piso.

Con cada golpe del martillo, machacaba mis frustraciones personales: frustraciones con respecto a Dios, frustraciones relacionadas con mi esposa, frustraciones hacia la esforzada congregación, y aun hacia mí mismo, Le conté a Dios exactamente cómo me sentía.

"¡Señor, tienes que hacer algo! ¡Señor, tienes que cambiar esta situación! ¡Tienes que ayudarme! ¡Cambia estas circunstancias! ¡Cambia a Nancy! ¡Cambia la congregación! ¡Tienes que ayudarme!"

"¡Señor, necesito ayuda!'

Nancy y yo vivíamos en una casa de ciento veinte metros cuadrados, teniendo problemas por cada centavo, y presionando sobre los agotados nervios del otro.

Dios escuchó mi oración.

Dios me respondió.
Lo hizo en forma personal.

Mientras permanecía allí, encorvado, golpeando clavos, Dios me abrió el entendimiento.

Me recordó cada cosa que había dicho acerca de Nancy. Cada actitud que implicaba un juicio mental sobre ella. Cada uno de los golpes verbales que había pronunciado contra ella y que significaban haberla disminuido. Cada oportunidad en que la había depreciado con mis comentarios.

Amaba a mi esposa.

Sin embargo, había caído en esa misma actitud tan común en el hombre.

Nancy se había convertido en el objeto de frustración, el blanco de mi humor, y el chivo expiatorio de mis fracasos. No siempre en forma directa, pero sí a través de mi constante murmuración.

Quedé pasmado y deslumbrado por esa revelación. Experimenté en el dorso de mi cuello el calor de la mano ardiente de la vergüenza.

Las casas, los autos, la tierra, el ganado, todo ello se aprecia o se deprecia. Esto sucede de acuerdo con el valor que se les asigna.

Entonces Dios hizo algo por lo cual le estaré siempre agradecido

Me mostró la benignidad, las virtudes, el encanto la hermosura de espíritu que ella tiene. Pude verla de la manera como Dios la ve.

Al instante, abandoné el martillo y caí sobre ese duro pis y le pedí a Dios que me perdonara. Clamé a Dios desde lo profundo de mi espíritu, pero esta vez mi actitud era totalmente diferente.

Entonces, provisto todavía con el pesado delantal clavos alrededor de mi cintura, levanté mis manos hacia el cielo, libre de mi vergüenza, despojado de reservas o de dudas, alzando mi voz.

“¡perdóname por mi actitud! ¡Perdóname por la manera en que he tratado a mi esposa! ¡Quiero amarla! Quiero apreciarla, no depreciarla. ¡La he recibido como un regalo tuyo para mí! ¡Tomo nueva con ciencia de que es mi esposa! ¡Te agradezco por ella!”

En ese momento estaba construyendo mi nuevo piso en el sentido espiritual.

Un rato más tarde, quebrantado pero rehecho, me levanté, me quité el delantal con los clavos, y me fui a casa. Nuestra pequeña casa era la de la puerta de al lado. Allí me limpié, me cambié la ropa, y luego me dirigí a la ciudad. Compré un pequeño regalo y una tarjeta alusiva a la pureza.

Era la hora de cenar.

Entré en la cocina donde estaba Nancy, y le alcancé la tarjeta y el regalo, dándole un beso en la mejilla.

— ¿Por qué esto? — preguntó sorprendida.
— Es sólo porque te amo — le dije con sinceridad,

Ella me miró por un momento, tal vez haciendo intervenir su intuición para asegurarse de mi verdadera motivación. Usted sabe cómo son las mujeres, lector.

— ¿Es verdad? —preguntó.
— Sí.

Abrió el regalo. Algo simple, pero quedó embelesa da. Lo miraba más y más mientras le brillaban los ojos.

La cena era un plato de sopa. Yo quería apreciarla, no depreciarla.
— Esta es la mejor sopa que jamás hayas preparado. Y. . . está caliente — le dije como un halago mientras comenzábamos a comer.

Nancy me miró un poco sorprendida.
— ¿Qué quieres decir con eso?

Me encogí de hombros.
— Pues me gusta que la sopa esté caliente. No me gusta la sopa calentada sobre una vela; me gusta caliente, bien caliente.

Nancy ladeó un poco la cabeza hacia un costado.
— No lo sabía.
— Tal vez nunca te lo dije — le contesté —. Pero realmente es una buena sopa. De verdad que la disfruto, la aprecio.

Nancy se tomó un momento para asimilar el cumplido. Entonces dijo:
— Gracias.

Así de simple.
Sin embargo, la vida cambió ese día.

La apreciación había comenzado su obra. La tarea de depreciación estaba concluida. Terminada.

Fue un cambio permanente. Han pasado veintisiete años desde aquel día, y nunca he olvidado aquel plato de sopa. Tampoco he olvidado el cambio que Dios hizo en mi vida.

Desde entonces, nuestra relación permaneció así.

El valor de Nancy comenzó a multiplicarse, tanto en mis ojos como en los de ella. La calidad de nuestro hogar comenzó a aumentar como por un milagro. El ministerio tomó un nuevo impulso hacia adelante. Todo era diferente.

Ese es el día en que comencé a referirme a ella como *“La mujer más encantadora de la tierra”*. Y lo es.

Ella podía haber nacido para la nobleza. Es benigna, encantadora, sabia, hermosa, fuerte y sencillamente
maravillosa.
Cuanto más yo la aprecio, tanto más encantadora ella se vuelve.

Al concluir la comida cuando Nancy se había retirado de la mesa y yo estaba listo para salir a hacer algún trabajo, tomé un dólar de mi bolsillo y lo coloqué debajo de mi plato. Era un gesto de apreciación.

No era sólo cuestión de decirlo sino también de demostrarlo.

Yo ya estaba en la habitación de al lado cuando ella lo encontró mientras limpiaba la mesa. Lo llevaba en su mano mientras venía de la cocina hacia donde yo estaba.

— ¿Para qué es esto? — preguntó en forma enigmática.

— Amorcito, cuando voy a un restaurante — le contesté —, si aprecio la comida y el servicio, dejo una pequeña muestra de apreciación. Como la cena fue tan buena esta noche, pensé en dejar algo en señal de aprecio. Eso es todo. Sólo quería que supieras que te amo y te aprecio.

Ella lo comprendió.

Fue una propina para toda la vida.

Capítulo **9**

Cambiando las cabezas

Una historia antigua y un poco macabra dice más o menos lo siguiente.

En la habitación de atrás de una funeraria una viuda fue a ver el cuerpo de su difunto esposo, antes de que comenzara el funeral. Allí se dio un susto tremendo al descubrir que la gente de la empresa fúnebre había vestido el cuerpo de su esposo con la ropa de alguna otra persona.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que, en realidad, la ropa de su marido le había sido colocada al muerto que estaba en un ataúd cercano. Mucho más preocupada y afectada que antes, llamó al dueño de la funeraria para que observara lo que había en los ataúdes, y llorando le explicó el problema. El empresario encaró la solución con decisión drástica. "Juan — le gritó a uno de sus empleados—, cambie las cabezas en 2 y 3"

Es horrible pensar cómo se hizo el cambio, pero a usted nunca se le olvidará.

Esto ilustra algo que yo desearía que usted tampoco llegue a olvidar.

El cambio siempre viene de arriba.

Si no fuera así, vendrá por una revolución desde abajo.

Un amigo mío, llamado Alberto, era un profesional especialista en buscar soluciones a negocios que fracasaban. Sus clientes eran compañías al borde de la quiebra, la disolución u otro desastre.

En realidad, nadie llamaba a Alberto sino cuando una empresa estaba en una crisis severa. A él le gustaba el trabajo. Por lo general, en el momento en que requerían sus servicios, los jefes que dirigían la empresa ya estaban dispuestos a dar importancia a un diagnóstico concreto. A su vez, eso facilitaba su disposición a tragar la amarga píldora de la verdad. La posibilidad de que la empresa sobreviviera dependía siempre de la disposición a aceptar los cambios.

Había casi siempre un patrón común a esas pesadillas empresariales. Se puede contar con un excelente programa de acción, pero no con el personal adecuado para llevarlo acabo, lo cual conduce a un fracaso inevitable. O puede darse el caso inverso, de que no se cuente con un programa óptimo, pero sí con buena calidad de personal, con lo que puede lograrse un éxito razonable. En definitiva, la calidad del personal tiene más importancia que la calidad del programa. En un análisis simplificado, resulta que siempre el problema es el personal y a la vez la solución al problema viene por cambios en el personal. Y la solución siempre se origina a través del hombre que ocupa la posición más alta en la empresa.

"Ninguna empresa enferma — me dijo una vez Alberto — puede sanarse y ser económicamente saludable a menos que el responsable del más alto nivel esté dispuesto a cambiar."

Alberto había descubierto que, casi sin excepción, los problemas eran causados por el principal jefe ejecutivo.

"Amenos que él esté dispuesto a cambiar — me dijo Alberto — no hay esperanza."

A medida que adquiría más experiencia, Alberto fue estableciendo una metodología única para tratar diversas situaciones. Investigaba los procedimientos operativos, los registros financieros, entrevistaba al personal y procuraba conocer el problema desde cada perspectiva concebible. En

el desarrollo de todo esto, se aseguraba de pasar el mayor tiempo posible en la oficina del jefe de la empresa.

Al presentar sus análisis, dar sus evaluaciones y hacer sus recomendaciones, invariablemente incluía el enunciado de los cambios que se requerían en el hombre de más alto nivel. Sugería así un cambio de su método, motivación, actitud, relaciones, e incluso, en ocasiones, de su estilo de vida.

Ese principio es aplicable a cada área de la vida humana, incluida la familia.

El hombre necesita cambiar para que su familia cambie. El hombre necesita crecer para que su familia crezca. El es el que establece el modelo a seguir.

El cambio no es cambio hasta que es cambio.

La mayoría de las personas juzga a los demás por sus acciones y a sí mismas por sus intenciones.

La intención de cambiar no significa haber cambiado. Hablar acerca del cambio, prometerlo, hacer re soluciones sobre él, nada de esto es cambio. Ninguna de estas cosas sanará un hogar lastimado.

Es la cabeza de la casa la que necesita cambiar.

Los Estados Unidos han gastado incontables millones de dólares en esfuerzos para prevenir la delincuencia juvenil. Se han invertido otros muchos millones más en favor de los jóvenes emocionalmente deformados, inclinados al crimen, adictos, o simplemente descarriados. Hay infinidad de libros, y un exceso de seminarios y de otras ayudas para enseñarles a las mujeres a ser buenas esposas.

Después de hacer todo eso, se envían a esas esposas y a esos hijos a sus hogares, en los que los hombres no han cambiado. Los hombres permanecen sin haber sido enseñados. Y esos son los hombres que con frecuencia han sido los principales causantes de los problemas de las esposas y de los hijos, y entonces esas esposas y esos hijos están de nuevo en el mismo lugar en que habían comenzado.

Un niño rehabilitado y una esposa cambiada caerán pronto en la frustración cuando vuelvan al hogar y encuentren un hombre que no ha cambiado. El hombre es la cabeza del hogar: *el cambio debe comenzar con él.*

Vivo en New Port Beach, California, cerca de una playa estupenda. La playa se acerca a ambos lados de los muelles del istmo, lo que permite que los botes entren y salgan de la Bahía de Balboa.

Esa playa ha sido mi “cámara secreta” para la oración, mi lugar de meditación, mi oficina de consejería y el lugar de terapia espiritual. El muelle es el sitio donde muchas veces se cambió el rumbo de mi vida, y también el de la vida de otros que han pasado tiempo conmigo allí.

Cuando Ricardo volvió de Oregón y me llamó, le dije que me encontrara en el muelle. El estaba afectado por una profunda aflicción.

Allí entre las rocas pensé que el haberse mudado a Oregón había sido un error para él. Había ido allí para alejarse de todo, pero al llegar se había dado cuenta de que había llevado con él todos sus problemas. En verdad, no se había alejado de nada. Dentro de él bullía una extraña

consternación. Necesitaba un cambio, un cambio que no lo había producido el hecho de mudarse, y seguía deseando ese cambio.

Unas semanas atrás había trabajado en la construcción de una casa. Estaba en el terreno que la rodeaba, cuando escuchó una voz interior que le decía: “Vamos.” En otras ocasiones, esa misma voz le había dicho las mismas palabras. Aunque había comentado con otros acerca de esto, no sabía qué era lo que estaba pasando. Más tarde, mientras seguía asombrado con todo eso, se sintió impelido a volar de regreso a California, alquilar un auto, y conducirlo para venir a yerme. Quería saber qué yo pensaba acerca de lo que le estaba sucediendo.

“¿Es el Espíritu Santo que me habla? ¿O el diablo, o quién?”

Al avanzar en nuestra conversación, fui comprendiendo que Dios estaba obrando en la vida de Ricardo. Pero Ricardo todavía necesitaba darse cuenta de que era así.

“Sinceramente, no sé lo que debo hacer — dijo desanimado —. No soy feliz conmigo mismo, mi esposa no es feliz conmigo, y mis hijos son desdichados. Si no sucede algo muy pronto, no sé qué es lo que voy a hacer.” Y luego yo seguí escuchando esta voz dentro de mí diciendo: “Vamos.”

Ricardo había confesado a Jesucristo como su Salvador hacía varios años. Pero nunca había asumido un compromiso total con El. Muchos aspectos de su vida estaban todavía bajo su propio control, en lugar de estar bajo el control de Dios. A medida que hablábamos y orábamos juntos, la luz comenzó a amanecer en el corazón de Ricardo.

Se hizo claro, con meridiana luz, que era Dios el que hablaba por su Espíritu al corazón de Ricardo. “Vamos”, significaba entregarse en forma completa en las manos de Dios, confiando en El de una manera total. Ricardo llegó a comprender que Dios, de una forma simple y llana, le decía: “Vamos, deja todos tus caminos, y depende de mí en la totalidad de tu vida.”

Luego de entenderlo así, nos pusimos a orar para ponemos de acuerdo con Dios. Ricardo, decidió abandonar sus antiguos caminos, y someterse al señorío de Cristo en su vida. En ese momento, Ricardo llegó a ser más hombre de lo que había sido antes.

Es Dios mismo el que genera la verdadera hombría en sus variadas dimensiones, y lo hace produciendo en nosotros, “tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Se había producido un cambio.

¿Qué pasaría con la familia?

Meses más tarde Ricardo y Juana estaban sentados junto con otras personas en la sala de mi casa. Hablábamos de la meta que Dios nos había dado, de ministrar a miles de hombres a través de la nación.

De pronto noté que Juana lloraba. Le pregunté por qué.

“No lloro por mí — dijo —. Lloro de emoción al pensar en las otras mujeres a las que les sucederá lo mismo que me sucedió a mí. Es increíble cómo todo fue diferente en casa cuando Ricardo regresó con su vida transformada

Entonces Juana explicó los sorprendentes resultados.
— No les dijimos a los muchachos lo qué le había pasado a Ricardo. Sólo queríamos que todo sucediera en forma natural.
— Pero después de tres días que Ricardo estuvo en casa, mi hija se acercó y me dijo: “*Mamá, ¿que le sucedió a papá?* Está cambiado.”

Ricardo, Juana y sus hijos descubrieron que el cambio debe empezar en la cabeza de la familia. — Cuando un hombre cambia y llega a ser el hombre que Dios quiere que sea — dijo Juana enfáticamente —, traerá un cambio a su esposa y a los hijos. Estoy llorando de felicidad sabiendo lo que les va a pasar a todas aquellas mujeres que son como era yo. Todo el hogar cambia cuando el hombre cambia.

No había nada de mágico con relación al muelle o a la playa. Pero había algo nuevo en el corazón y en la vida de Ricardo. Allí era donde estaba el cambio. Tenía una nueva actitud, un nuevo enfoque en cuanto a la vida, una nueva obediencia a Dios. Ahora estaba comenzando a actuar en el reino de la sabiduría divina, antes que en el de la sabiduría humana. Se había hecho responsable de su fracaso, y por medio de la oración lo había cambiado en arrepentimiento y fe, y se había comprometido a una hombría semejante a la de Cristo. La gloria trascendente de Dios estaba operando en su vida.

Esto era el resultado de obedecer a la Palabra de Dios. Una tonelada de oración no podrá producir jamás lo que produce una libra de obediencia. Si después de mucho orar usted no obedece, estará anulando el efecto de la oración. La fe consiste en el creer más el hacer.

La hombría no es un tema para hablar sino para vivir.
Hace años vivía con mi familia en Bay Area, al Norte de California. El primer domingo por la mañana, en que nos instalábamos en nuestro nuevo pastorado, nuestra congregación consistía de una mujer y su bebé. Al no poder hablar de una congregación, tampoco se puede hablar de una ofrenda, pues no la hubo. Algunos días nos desayunábamos con harina de avena, almorzábamos con harina de avena, y por la noche, para variar, comíamos harina de avena. Poco a poco la iglesia creció y concurrían otras familias.

Por ese entonces llegaron Roberto y su familia, se sintieron bien con nosotros, y permanecieron como parte de la congregación todo el tiempo que vivimos allí y pastoreamos esa iglesia. Roberto trabajaba en una empresa de aviación cercana y tenía un moderado éxito económico. Al menos alimentaba a su familia con una variedad de comidas, lo que era más de lo que puedo decir de mí mismo por aquel entonces.

Sin embargo, él hablaba más de lo que vivía. Mientras viva no podré olvidarme lo que pasó un domingo. Después del servicio matutino de adoración me palmeó la espalda y me dijo: “Pastor, si yo tuviera un millón de dólares sería feliz de darle a usted la décima parte. O, si tuviera mil, le daría cien. Me imagino que le vendría bien.”

No le dije nada, pero pensé: *Hermano, si usted tuviera diez, un solo dólar sería una bendición para mí en este preciso momento.*

No me dio nada. Su esposa hacía, de cuando en cuando, una contribución de su escasa pensión. Roberto estaba siempre por hacer algo para modificar su forma de vida, pero nunca lo concretaba. Se engañaba a sí mismo pensando que hablar acerca de eso significaba hacerlo.

Recuerde: ***el cambio no es cambio mientras no se ha cambiado.***
El dar no es dar mientras no se ha dado.
La fe no es fe hasta que no se convierte en acción.

No hace mucho tiempo volví a ver a Roberto, después de casi treinta años. Aún no había cambiado. Todavía hablaba pero no hacía. Su valor para el reino de Dios seguía siendo el mismo. Esa no es la clase de hombría que Dios desea de nosotros.

Uno de los conceptos rescatados de la década de los años setenta, “la década del yo”, es el concepto de “valor para crear”. Nada nuevo, por supuesto, excepto la fraseología. El valor para

crear fue reconocido de pronto como una audacia especial en esos escasos individuos que están dispuestos a producir algo original, antes que simplemente copiar o reproducir algo. Los escritores han descrito con cierta frecuencia la sensación nauseabunda que experimentaron al colocar una hoja de papel en blanco en el rodillo de la máquina de escribir. Con cada nueva página, debían ejercitar el valor para crear.

El valor ha sido siempre un requisito para el liderazgo. “Tened buen ánimo” (valor) es una orden que encontramos en Hechos 27:25.

“Tened ánimo” (valor). Los ángeles usaron mandatos por el estilo a modo de salutaciones. “Tened buen ánimo” significa “tengan valor”.

El valor no es nada nuevo, al menos después que haya leído acerca de Abraham, Josué, Moisés, David, Pablo y los demás héroes de la fe en la Biblia. Sus hazañas fueron tales que la Escritura dice que de ellos “el mundo no era digno”.

Gran parte de la iglesia actual ha fracasado en su capacidad de inspirar o exigir valor en sus hombres. Muchos pastores descubren que pueden predicar a las mujeres, organizarlas y trabajar con ellas, con mucho menor esfuerzo que el que necesitan para lo mismo si se trata de hombres. El hecho es que muchos pastores actuales no pueden relacionarse con los hombres en una forma positiva. Esta es la razón por la que las mujeres superan a los hombres por amplio margen en muchas iglesias, y por qué la sociedad matriarcal se sigue perpetuando en lugar de dar paso a la sociedad patriarcal.

El valor es la virtud, cualidad o atributo de vida, que capacita a un hombre para afrontar la desaprobación, la persecución, el temor, el fracaso, y aun la muerte con una verdadera demostración de hombría.

Hace falta valor para afrontar la realidad.

Pedro escribió: “Añadid a vuestra fe virtud.” Aquí virtud significa excelencia moral, calidad de hombría, valor.

La Escritura narra que cuando José vivía en la casa de Potifar fue tentado por la esposa de Potifar que procuró seducirlo. Nos dice que José la rechazó diciendo: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” El criterio a seguir por José en su vida era el honor de Dios. Esto define la hombría.

Hace falta valor para ser un hombre.

Me desempeñaba como administrador general de una emisora de televisión, cuando la situación económica hizo inevitable tener que reducir el personal. Mi hijo Paúl trabajaba allí como productor de programas, pero había otros con mayor antigüedad que él. Llegó el momento de tener que tomar una decisión. Entonces llamé a Paúl para conversar con él y decirle lo que estaba sucediendo. Después de escucharme, me miró y me dijo algo que me hizo comprender que había llegado a ser un verdadero hombre.

— Papá, déjame ir. Quiero hacerlo como una decisión propia.

Así lo hizo.

Fue difícil para los dos. Requirió valor. Pero cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que ese fue el día en que comprendí que él era un hombre.

Nehemías, los tres jóvenes hebreos, Daniel, Josué, son sólo ejemplos de los muchos que

mencionan las Escrituras, que añadieron a su fe, virtud, es decir, valor. Juan el Bautista agregó valor a su fe, y habiendo reprochado al rey, fue decapitado. Juan conocía el concepto de valor, y otros lo han conocido desde entonces:

Hay algunas cosas en la vida que son más importantes que la vida misma.

La verdad, el honor, la integridad y otras características de un hombre exigen a la vez valor y amor.

En San Diego un hombre entró en una casa que crujía en medio de un infierno de fuego, por la sola razón de que su hijo se encontraba todavía allí. Ambos murieron. Para ese hombre su hijo fue más que su propia vida.

Hace falta valor para cambiar.

Muchos hombres en la actualidad están dispuestos a que cambien sus esposas, sus hijos, sus negocios, o cualquier otra cosa, pero no están dispuestos a cambiar ellos mismos. El verdadero hombre enfrenta la realidad y cambia.

Jack Mackey, mi asociado, estaba pastoreando una iglesia en una ciudad de Nueva Inglaterra. Su congregación quería remodelar el edificio, con el fin de atraer a la gente de afuera al lugar de adoración.

Mientras Jack oraba acerca de la remodelación, se dio cuenta de algo que nunca antes había notado. El Espíritu Santo comenzó a guiarle hacia la Palabra y a hacerle consciente de ciertas Escrituras.

La primera fue "Dios concede las peticiones del corazón" y la segunda "Dios es el autor y consumador de la fe". Con esos dos versículos, Jack comenzó a comprender que Dios es el autor de nuestros deseos. No meramente nos proporciona los deseos que tenemos, sino que crea sus deseos en nosotros de manera que El mismo los pueda cumplir. De esa manera, puede traer el reino de Dios a la tierra por medio de nosotros.

A partir de allí, el próximo paso fue comprender que era el Señor mismo el que había puesto en la gente el deseo de remodelar, pero que la remodelación que el Señor quería **era *la de sus corazones***. En su carencia de espiritualidad, habían transferido el deseo hacia lo material, sacándolo de la esfera del Espíritu.

Las parejas experimentan la necesidad de cambiar, pero en lugar de cambiar en sus corazones o mentes, se limitan a cambiar su vivienda, y sus problemas continúan como antes. Un hombre es sensible a su necesidad de cambio, pero en lugar de pedir a Dios que cambie su corazón, cambia de empleo, y los viejos hábitos permanecen.

¡Cuántos edificios de iglesias a lo largo del país han sido remodelados, sin beneficio alguno de crecimiento o bendición, porque el cambio que hacía falta no era en el edificio sino en el corazón de las personas!

¿Se da cuenta de su necesidad de un cambio? Usted es el hombre.
Si usted cambia, cambiará también su familia.
Si usted cambia, cambiará su negocio.
El cambio debe comenzar, en primer lugar, en usted mismo.

Capítulo 10

La responsabilidad queda aquí

Dios ha previsto que alguien se responsabilice. **¡Hombres, son ustedes!**

En **Efesios *5:23*** la Biblia habla del hombre como la cabeza del hogar y lo compara a Cristo como la cabeza de la Iglesia, Esto tiene un significado muy importante para los hombres.

La verdad es esta: como Cristo es el Salvador de la Iglesia, y provee soluciones a los problemas de sus miembros, así debe ser el hombre para con su familia. Las soluciones a los problemas de la familia tienen que originarse en el hombre.

Al terminar una reunión en Phoenix, Arizona, se me acercó una pareja. La esposa era la que hablaba, y él estaba un poco atrás, a un costado.

— Nuestra hija — dijo — se ha escapado de casa. Querernos que usted ore por nosotros para que Dios la traiga de vuelta.
— Bien, me gustaría estar de acuerdo con ustedes en oración con respecto a eso — les contesté.
Miré a su esposo y le pregunté:
— ¿Tiene usted algo que decir?
— No—contestó—. Creo que ella lo ha dicho todo.

Oramos juntos. Unas horas más tarde volvieron para la reunión de la noche y pasaron al frente. Cuando llegué, siendo aún temprano, vi que estaban esperando.

Su hija estaba con ellos.

— Nuestra hija acaba de regresar a casa — dijo la mujer —, pero no parece posible que podamos hablar con ella. No desea hablar mucho con nosotros, pero puede ser que le hable a usted. ¿No quisiera hablar con ella?

Invité a la chica a pasar conmigo a una pequeña aula cercana. Como padre de dos hijas, tengo también alguna experiencia paternal.

La chica tenía trece años y estaba nerviosa. Le hice unas pocas preguntas simples. Al principio sus respuestas eran monosílabos.

— ¿Qué piensas de tu mamá? — le pregunté por fin en el curso de la conversación.

Al escuchar mi pregunta la chica miró a todos lados. Usando un elocuente lenguaje adolescente, me contó sobre su mamá.

— ¿*Y* con respecto a papá?

Se puso hosca y silenciosa. Esperé un momento, por ver si al menos surgía alguna respuesta. No la hubo.

— ¿Hay algo mal con papá? — pregunté.

Se sentó, miró afuera por la ventana y no dio respuesta. Ni una sola palabra. Pasamos a hablar de otras cosas. Por fin, cuando comenzó a contarme de un problema que tenía, le pregunté por qué no se lo había dicho al padre.

— No me hubiera prestado atención dijo en forma abrupta.

— ¿Qué quieres decir? — le pregunté.
— Nunca presta atención — contestó —. Cuando trato de decirle algo o explicarle algo, no me escucha. Nunca acepta mi punto de vista en la argumentación, y me culpa por todo.

Había tenido el impulso de expresarse. Continuó, y el mensaje ya aparecía claro. Yo sabía cuál era el problema.

En unos pocos minutos más la llevé de regreso con is padres. Me miraron expectantes.
— He tenido una hermosa conversación con su hija les dije —. Creo que las cosas pueden marchar bien. El padre no dijo nada. La madre esperó un momento. Entonces, pareciendo desconcertada, preguntó:

— ¿No hay algo más que necesitaríamos saber?
- Sí — respondí —. ¿Quieren que su hija permanezca en casa y quieren tener un trato normal con ella?
— Por supuesto — contestó la madre.

La miré fijamente y le dije:

— Señora, le estoy hablando a su esposo ahora. Eso resultó sorprendente para todos ellos.
— Bien — le dije a él —. Oraré una vez más con ustedes, y estaré de acuerdo con ustedes en la oración por su hija. Oraré para que ella experimente un cambio completo en su mente, corazón y actitud, y ustedes tendrán un hogar normal en todo sentido.

Los miré a los tres.
— ¿Estamos de acuerdo en eso?

Todos asintieron con la cabeza.
— Pero haré esto bajo una condición — le dije a él-- Estaré de acuerdo con ustedes en la oración para estas cosas, siempre que usted esté de acuerdo conmigo en esta sola condición. ¿Lo hará?

El levantó la cabeza perturbado.

— No estoy seguro de que lo haré hasta que lo oiga
— dijo.
— Va a ser su responsabilidad — le dije —. Usted será el responsable del cambio en su hija. ¿Puede aceptar esa responsabilidad?
— Sin duda — murmuró.
— Bien — le dije —, esta es la condición: durante los próximos treinta días, su hija podrá decirle a usted todo lo que quiera y de la manera en que se lo quiera decir. Usted podrá escucharla, nada más. No podrá contestarle nada hasta que esos treinta días hayan pasado, y entonces, le podrá hablar.

El padre tragó esto con dificultad. Estaba pasmado. ¡Ridículo! No había forma en que él pudiera aceptar algo así. Menos en su propia casa.

— Bien — dije encogiendo los hombros —. Entonces no podré estar de acuerdo con usted en orar por un cambio de corazón en su hija y por relaciones normales en su casa.
— Lo que usted pide es imposible — protestó él.
— No es imposible — le contradije —. Es simplemente un asunto de si usted desea o no un cambio en su hogar, y si usted se hará responsable de ese cambio.

Por fin, atrapado entre la espada y la pared, acepto aunque con pocas ganas.
— No sé silo podré hacer — dijo —. Pero trataré de hacerlo.

Los cuatro oramos juntos. Estuve de acuerdo con ellos en pedir un cambio completo en su hija, en su corazón, mente, actitud y afectos.

Tres meses después, fui otra vez a la ciudad de Phoenix. Me dirigí a la misma iglesia la tarde de un domingo. Los primeros en saludarme fueron el padre, la madre y la hija con quienes había orado en mi visita anterior.

Era una familia diferente por completo: destacada, feliz, uno al lado del otro, sin temor de molestarse.
— ¿Qué les sucedió? — les grité cuando los vi. ¡Es evidente que Dios contestó la oración!
— Dios contestó la oración, sí que la contestó — dijo el padre —. La escuché y luego la seguí escuchando un poco más. Al principio, era todo lo que podía hacer, para contenerme a mí mismo de decirle que tenía que poner todas las cosas en claro con ella, no dejándola mover por un mes por todo lo que me estaba diciendo, y por último castigarla como merecía. Pero recordé que yo quería un cambio. Así que con todas las fuerzas que pude encontrar en mí, y con las que Dios me dio, me decidí a escucharla, sólo escucharla. Al fin, mientras escuchaba, empecé a comprender que algunas de las cosas que ella decía eran correctas y que yo estaba equivocado.

En rigor a la verdad, la condición no había sido técnicamente cumplida. El experimento no alcanzó a durar los treinta días.

— Sólo duró alrededor de tres semanas — explicó el padre —. Fue cuando mi hija decidió que había dicho todo lo que quería decirme. Una tarde entró y se sentó en el borde de mi cama y me dijo: “Por ahora he terminado de decirte todo. ¿Qué tienes tú para decirme a mí?”

En ese momento, me confesó el padre, había comenzado una hermosa restauración en sus relaciones de familia.

— Mi esposa y yo extendimos nuestros brazos y ella vino hacia nosotros, la elogiamos y simplemente la amamos. Cuando comencé a hablarle, le dije cuánto me había equivocado, recordando oportunidades cuando había sido brusco o abrupto, ocasiones en que no había escuchado su parte de la historia, veces en las que había tomado el lado de algún otro, tiempos en que había puesto cargas indebidas sobre ella y ocasiones en que ella había procedido con nosotros de igual manera.

El hombre estaba radiante cuando me contaba la historia y su feliz final.

— Cuando le pedí a mi hija que me perdonara — dijo él — fue el momento en que empezó a cambiar, y toda nuestra familia está cambiada hoy. Mi problema era que yo estaba tan ocupado que no tenía tiempo de prestar atención a mi hija.

Resultó que la hija no era la que había fallado completamente a la familia. La madre se había convertido en líder, sólo por necesidad. Ella no era el origen de la ruptura en la familia. La responsabilidad era del padre era él el responsable del problema de la familia. No había escuchado como era su deber. Luego, por sólo escuchar con atención, se convirtió en el responsable del éxito en las relaciones familiares.

Millones de hombres copian el esfuerzo (o la carencia de él) de ese padre en la ciudad de Phoenix. Están tan ocupados con sus negocios que no tienen tiempo libre para “escuchar a los hijos”, y transfieren ese ministerio a sus esposas.

Esto no es otra cosa que el hombre haciendo renuncia de una parte de su hombría. En este tiempo es raro encontrar una familia en la que el hombre de la casa ejercita el liderazgo para resolver los problemas de la familia. Transferir la responsabilidad a otro ha llegado a ser un arte muy fino en este mundo.

Harry Truman, quien fuera presidente de Estados Unidos, se convirtió en héroe popular colocando un singular signo en su escritorio de la oficina oval, que decía: "El bulto queda aquí." Toda la responsabilidad que seguía de largo, porque nadie la quería, quedaba sobre su escritorio. Truman comprendió que la cruda verdad es una de las marcas de un líder.

Pasar la responsabilidad a otro es el término coloquial equivalente a autojustificación. Justificación, ese trabalenguas teológico, significa simplemente "hecho justo". Por su parte, la autojustificación significa "hacerse a sí mismo justo en sus propios ojos".

Fue en el jardín de Edén donde comenzó el modelo de la autojustificación que se sigue utilizando en la actualidad

Adán pecó en Edén, y como consecuencia se escondió de Dios. Llegó el momento en que Dios llamó a Adán, y tuvo que salir de su escondite. La insistente pregunta de Dios en cuanto a sus andanzas, hizo que Adán explicara su ausencia.

"Temí, porque estaba desnudo, y me escondí"

Culpa, temor y escondite es el orden secuencial resultante del pecado, que fue establecido hace muchos milenios en Edén, es todavía el mismo en la actualidad.

Ningún hombre puede vivir con la culpa. Es una asesina. La culpa es muy pesada y conduce al temor.

Por lo tanto, los hombres siguen escondiéndose. Procuran escapar. Escapan de la realidad. Escapan de Dios. Escapan de la responsabilidad. Lo hacen mediante la filosofía, las drogas, el alcohol, el placer y de muchas otras maneras.

Pero, deshacerse de la culpa por cualquiera de estos métodos, es meramente justificarse a los propios ojos. La autojustificación equivale a pasar la responsabilidad a otro. Vea de qué manera lo hizo Adán, y encontrará el modelo de "como hacerlo" para tratar de transferir la culpa que él trajo sobre todos los hombres, desde entonces hasta ahora.

— ¿Has comido del árbol? — le preguntó Dios a Adán.
— La mujer que me diste me dijo que comiera y yo comí.

Colóquelo sobre algún otro. Es fácil. Tome su culpa, désela a otro culpándolo, y usted quedará libre. Simplemente, pase el bulto de la responsabilidad a otro.

Fíjese qué bien aprendió Eva de Adán. Cuando se le preguntó si había comido el fruto del árbol, su respuesta siguió el mismo modelo.

— La serpiente me engañó — lloriqueó ella.

El comediante Flip Wilson ganó millones de dólares e hizo reír a millones de personas utilizando esa línea como guión, pero en realidad no es algo cómico.

Eva se justificó en sus propios ojos pasando la culpa al diablo. Todo lo que demostró, sin embargo, fue que todo pecado se origina en Satanás, pero su forma de utilizar esa verdad fue incorrecta.

La verdad es el fundamento para la vida, pero el chantaje es uno de los usos incorrectos de la verdad. Así fue con Eva. Así es con todos lo que en la actualidad siguen el mismo modelo de autojustificación.

Considere cómo está arraigado ese proceso en un hombre que está sentado en su casa a la mesa del desayuno. Su esposa está haciendo algo en el fregadero, y su hijo está sentado con él a la mesa. El hijo alcanza una tostada, derrama la leche y mira rápidamente a su padre. El padre frunce el ceño, lo regaña y le da una bofetada.

— ¿Cuántas veces tengo que decirte que mires lo que estás haciendo? — pregunta el padre.

No hace falta ninguna respuesta. Mientras el hijo llora, el padre y la madre limpian la mesa.

Ahora ha transcurrido una semana. Consideramos la familia y la misma mesa de desayuno. El padre alcanza una tostada. Su codo derrama el vaso de leche. El hijo observa rápida e intencionalmente al padre, para ver qué es lo que pasará esta vez.

El padre le frunce el ceño a la madre. Luego le habla.

— ¿Cuántas veces tengo que decirte que no pongas leche tan cerca de mi codo?

El padre Simplemente se justificó a sí mismo echando la culpa a algún otro. Al proceder así, le enseño a su hijo por la vía del ejemplo, a actuar de la misma manera.

En la actualidad esa brecha del comportamiento ha alcanzado mucha profundidad en el terreno del alma humana. Sus surcos conducen a la ruina. Los hombres practican hoy como una ciencia, lo que Adán y Eva practicaron como una experiencia desesperada. El hombre moderno culpa a la mujer, como si esa fuera la manera lógica de proceder.

Equivocado.

Cada hombre debe responder por sus propias acciones. Además, debe responder sólo ante Dios. Esa es la razón por la cual el Calvario, donde murió Jesucristo, es tan importante. Es el único lugar en el mundo donde el pecado puede ser descargado y donde puede recibirse el perdón de Dios. Es el único lugar donde puede liberarse la culpa.

Los hombres que todavía tratan de cubrir sus equivocaciones, errores o pecados, arrojan consecuencias trágicas sobre la sociedad. Hay hombres que prefieren dejar morir su matrimonio, antes que admitir su pecado y darle nueva vida. Hay hombres que prefieren que sus negocios quiebren, antes que confrontar el fracaso y darles nueva vida. Hay hombres que dejan caer a sus hijos en la frustración, antes que afrontar sus malos entendidos y renovar esas relaciones hechas trizas.

Cuando un hombre falla en confesar sus propios pecados, cuando se repliega en su interior y deja que los problemas devoren a los miembros de su familia, se convierte en un cobarde.

Hay momentos en que el silencio es oro; otros, en que es apenas el color amarillo del oro.

Dios espera que el hombre ejerza un fuerte liderazgo familiar.

Tengo un buen amigo a quien llamaremos Pedro. Irene, la hija menor de Pedro, siendo adolescente, se rebeló contra el estilo de vida de sus padres, y se hizo muy cabeza dura, independiente y rebelde. Hacía lo que le gustaba, contara o no con la aprobación de sus padres. En sus muchas escapadas, parecía haber siempre un muchacho involucrado. Sus padres estaban realmente preocupados con respecto a ella.

Se fue desarrollando así un esquema de comportamiento: escape, castigo, reconciliación. Una y otra vez, vimos repetirse la escena a todo color.

Un día desapareció Irene.

Durante casi dos días sus padres la buscaron ansiosamente, llamaron a sus familiares, averiguaron discretamente entre los vecinos, y preguntaron a los amigos. Aunque no deseaban dar intervención a la policía, finalmente no tuvieron otra alternativa. Se había ausentado por demasiado tiempo, y podría ser perjudicial no llamar a las autoridades.

Pero, las noticias corren muy rápido en los medios secretos de los adolescentes. En el momento en que se tomó la decisión de llamar a la policía, los amigos que cooperaban con Irene la alertaron. Antes de pasar una hora, estaba de vuelta en casa. Había estado en la casa de una amiga no muy lejos de allí.

A todo esto, las noticias habían trascendido, habían llamado a la policía, y ahora todos sabían lo relacionado con su problema.

Pedro juró que iba a castigar a su hija. Estaba decidido a humillarla, como ella había humillado a la familia. Yo conocía su actitud porque había estado con él durante toda esa prueba. Sabía lo que él estaba sufriendo como hombre y como padre.

El estaba avergonzado. Además se había propuesto que ella sintiera lo mismo que él.

Sin embargo, no se daba cuenta de que el castigo que estaba planeando para su hija no era solamente a modo de corrección sino también de venganza.

Eso iba a endurecerla, en lugar de cambiarla.

Yo sabía que tenía que ministrarle. El era el que lo necesitaba en ese momento. Así que lo invité a acompañarme a un bar a tomar un café. La idea era tenerlo frente a frente, él y yo, hombre a hombre.

— ¿Sabes lo que te está pasando? — le pregunté mientras tomábamos el café después de nuestra conversación preliminar.
— Estás resentido porque piensas que tu hija te ha quitado tu prestigio en la comunidad, ha conmovido tu posición en la iglesia, y ha deslucido tu reputación como hombre y como padre. Estás pensando que por culpa de ella has sufrido una pérdida en tu *status.*

Me miraba fijamente pero, por su propio bien, yo continué. Después de todo, era mi amigo.
— En primer lugar, te diré que la mayoría de las personas pasa por experiencias similares con sus hijos. Es probable que no exactamente como el caso de ustedes, pero sí similares en muchos aspectos. Por lo tanto, no resulta cierto que la gente los esté mirando en un sentido crítico. A lo que ellos están mirando es a la reacción que ustedes tienen ante este problema. Les observan por ver de qué manera están manejando la situación. Lo cierto es que como están actuando ustedes Irene está recogiendo simpatía en lugar de sufrir por la forma en que actuó.

No dijo una palabra. Sólo me miró.

— Tú eres el que está sufriendo — le dije —, y te estás desquitando con ella. Lo que necesitas hacer es perdonarla una vez más, amarla y tratar realmente de comunicarte con ella. Pídele al Señor que te enseñe qué hacer y qué decir. ¿Cómo te puedes comunicar con ella al mismo tiempo que la estás condenando? Cristo dijo que El no vino para condenar sino para salvar. Tú eres el que necesita buscar a Dios para tener la solución. Además, como la cabeza de tu casa, eres el responsable de iniciar el esfuerzo para encontrar la solución. Cuando tú cambies, ella comenzará a cambiar.

Le dije otras cosas, pero eso fue lo más sustancioso. Luego no lo vi por varios días. Cuando volvimos a vemos nos dirigimos de nuevo a tomar un café.

Se sentó allí un momento, con la taza de café en la mano, y simplemente esperé.
— Después de todo lo que me dijiste —respondió—, pensé mucho sobre eso, y decidí que estabas equivocado. Pero después, cuanto más examiné mis motivaciones, acciones y lo que había dicho, tanto más comencé a pensar que en parte tenias razón.

Esperé, escuchando con atención.
— Después que hablamos esa noche, cuando ya era tarde — continuó —, fui a la habitación de atrás, donde hago mis oraciones privadas. Allí pensé que no interesaba qué era lo que había causado la rebeldía de Irene, era un asunto mío proporcionar una solución, o, por lo menos, tratar de comenzar a encontrarla.

Dijo que mientras iba y venía caminando en ese lugar de oración, a solas con Dios, se vio de pronto pidiendo él mismo perdón a Dios y una renovación de su corazón y mente, y también poder ver con claridad el camino por el cual vendría la solución. Dios cambió su corazón esa misma noche.

La transformación de esa familia comenzó en esa preciosa hora privada. Los días que siguieron iban a mostrar claramente lo que había sucedido en secreto entre un hombre y su Señor.

La brecha entre el padre y la hija había sido eliminada. Las heridas se curaron. Las tensiones se aflojaron y dieron lugar al afecto. La solución había llegado.

Por último, el padre había aprendido lo que necesitaba saber.

Los hombres deben aprender a verse a sí mismos en la presencia de Dios, antes de poder ver a sus familias.

Pero nadie puede ver una cosa con las luces apagadas. En una habitación oscura, tratando de caminar de un lado a otro, usted puede chocar con todo lo que hay allí, sin llegar a descubrir con qué cosas tropezó. Pero si enciende la luz y todo se hace claro, puede caminar con seguridad en medio de todo eso.

El hombre que está en la oscuridad espiritual, no puede ver lo que tiene delante. Jesucristo es la luz. A la luz de su Palabra podemos vemos a nosotros mismos. El Espíritu Santo ilumina la verdad y la verdad nos hace libres. La Palabra de Dios es verdad y su Espíritu es el Espíritu de verdad.

Dios no es indiferente a nuestras necesidades. Fue por esa causa que Cristo vino al mundo. Los hombres que dicen no tener necesidades son aquellos por los cuales Dios no puede hacer nada. Dios lo ama a usted. Dios desea su bien. Dios anhela que su vida sea vivida al máximo.

Así como Jesucristo es la cabeza de la Iglesia y trae su salvación y sus soluciones, El puede hacer lo mismo para su familia, a través de usted. Usted es el canal. Su familia lo mira a usted en primer lugar.

Pretender escapar de la responsabilidad equivale a esconderse de Dios. Rehusar reconocer la necesidad es escapar de la realidad.

Dios lo mira a usted, como un hombre, para que provea el liderazgo que se necesita. Dios ha dado su Palabra. Por su propio Espíritu, ha dado la herramienta perfecta: la sabiduría divina. Con la Palabra y la sabiduría, El espera que usted encuentre las soluciones.

Tal es la meta de la hombría: conocer a Dios; conocerse a sí mismo, conocer a su familia, dejar que la responsabilidad recaiga sobre usted.

Capítulo 11

Papá video

Archie Bunker es un personaje necio, gritón y holgazán que aparece en la pantalla sentado en su silla favorita delante de los televidentes. Este personaje es la imagen de hombría que reciben millones de personas en los Estados Unidos de América.

Un joven, enloquecido por el sexo, vive con dos delirantes bellezas. Las jovencitas tienen que mantenerlo alejado con un palo. El anterior dueño de la tierra era descrito como un esposo inepto, impotente, falto de amor. Pero hacía poco que ese dueño había sido reemplazado por un hombre débil, nervioso, que fue sorprendido en fantasías sexuales.

El padre que aparece en la telenovela es débil, inestable e irresponsable. Su hijo, homosexual, que no tiene pelos en la lengua, es el que aporta la sabiduría y el equilibrio para toda la familia. Con toda su perversión es, sin embargo, la imagen de la hombría que queda grabada en lamente de millones de personas en ese país.

Las imágenes que capta nuestra mente crean las motivaciones para nuestro comportamiento. Llegamos a vivir de acuerdo con las imágenes que nos formamos de nosotros mismos. Por otra parte, tratamos a otras personas de acuerdo con las imágenes que tenemos de ellas.

Lo más importante que se puede hacer en la vida es crear una imagen. Lo más importante que le sigue es destruir una imagen. Durante décadas, la televisión ha venido creando y destruyendo imágenes de lo que es el hombre. Los resultados han sido funestos.

Nuestros jóvenes han sido traumatizados por “papá video”.

El personaje Archie Bunker, nos guste o no, es un modelo de papel de hombre, un ejemplo del carácter que tiene autoridad en el hogar. El, junto con otros necios personajes masculinos, demasiado numerosos para que los mencionemos, han distorsionado la imagen que deberíamos tener de los esposos y padres.

En su perversión, se ha estampado en la mente de nuestra juventud una imagen de la hombría que les ha producido resentimiento, escarnio, anarquía y burla.

Un padre exasperado se sentó frente a mí y me preguntó con sentimiento de frustración: ¿Qué debe hacer un hombre?

Su hijo se estaba convirtiendo en un verdadero problema. Pensó que había sido un buen padre y que le había provisto para todas las necesidades de la vida. Simplemente no podía comprender las actitudes de su hijo.

Después de una larga conversación, fue evidente que este padre era tan sólo uno de los miles de hombres en nuestro mundo actual que han resultado víctimas de las fuerzas que ellos mismos debieron haber controlado.

Este padre necesitaba comprender el poder que tienen las imágenes. Era su responsabilidad ejercer alguna clase de control sobré las imágenes que aparecían delante de su hijo. Al permitir que su hijo viera en la televisión todo lo que quisiera, estaba permitiendo que en la mente de su hijo otras fuerzas crearan una imagen incorrecta de la autoridad. Esas caricaturas de la televisión se convirtieron en los modelos de papeles de los tiempos actuales. Luego, cuando el hijo vio un defecto en su padre, un prejuicio, o una debilidad, lo identificó con la imagen estampada en su

mente vía televisor. Entonces transfirió a su propio padre la imagen de un “Archie Bunker”, y luego reaccionó hacia él, con el mismo resentimiento o desdén que tenía hacia el personaje que representaba el papel de autoridad en el programa.

Algunos padres permanecen perplejos con respecto al comportamiento de sus hijos, hasta que llegan a darse cuenta del poder que ejerce la televisión. Otros, en cambio, lo entienden de entrada. Esa es la razón por qué existen grupos que arguyen con tanta vehemencia contra la programación de la televisión.

Recordemos que la motivación que se mueve detrás de esos programas de televisión es el amor al dinero, y que éste es la raíz de todos los males.

Cuando son confrontados con el tema de la influencia de la televisión, los productores de televisión niegan que haya ese poder sobre la mente de la gente. Sin embargo, por el otro costado de su boca venden treinta segundos de imágenes a los anunciantes, por la suma de trescientos mil dólares, asegurándoles que sus avisos comerciales convencerán a los televidentes para que compren los productos anunciados. No se puede dividir el asunto de esa manera. La televisión es o no es poderosa en los dos aspectos al mismo tiempo.

Y sabemos que lo es.

Los Estados Unidos han sido afectados negativamente por las imágenes de video de los programas de televisión. Durante las últimas décadas se ha ido produciendo en los Estados Unidos una profunda transición. La imagen de “nación virtuosa”, benefactora del mundo entero y libertadora de dictaduras esclavizantes ha sufrido cambios radicales como resultado de la televisión. La destrucción de esas imágenes positivas en la mentalidad de la nación ha creado una enfermedad filosófica y emocional en la vida nacional.

La juventud es la que en forma más específica ha sido afectada por esto.

Una de las catástrofes más sutiles ha sido el síndrome de “antihéroe” por el cual se han eliminado los héroes y se han robado los papeles modelos en lo referente a ejemplos patrióticos.

La Palabra de Dios se refiere a los que hacen eso: “Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo. . .“ **(Isaías *5:20).*** Sin embargo, esa perversión ha tenido lugar tanto en forma abierta como encubierta.

La imagen de un héroe en la mente de un joven es capaz de motivarlo en forma poderosa en la vida. La imagen de héroe en la mente de una joven, referida al hombre con el cual algún día se casará, también ejerce una motivación sobre ella. A través de la vida se produce un permanente ajuste entre lo ideal y lo real. La distancia entre lo ideal y lo real representa la medida de la desilusión que se experimenta en la vida. Nuestra juventud sigue necesitando ideales positivos; precisa todavía héroes que la afecten para bien.

¿De qué manera podremos contrarrestar las imágenes negativas, que no son sino antihéroes?

Permitiendo que Dios renueve las imágenes en nuestra mente.

Más que nunca antes en toda la historia, necesitamos que los hombres reconozcan cómo Dios los hizo en el principio, y procuren con fervor que Dios recree en ellos su hombría en la imagen de Cristo.

Adán fue creado a la imagen de Dios. Su ejemplo es típico de hombría. Cuando esa hombría fue echada a perder por el pecado, Jesucristo vino como el último Adán para restaurar otra vez la imagen del hombre. Cristo vino corno la “expresa imagen” de Dios, para revelar su gracia y

verdad. Al mismo tiempo que revelar la gloria de Dios, El nos dijo que nosotros podíamos "nacer otra vez" y recibir la misma naturaleza de Dios en nuestro espíritu, experimentar la regeneración de nuestro corazón y tener la renovación de nuestra mente. A partir de allí, toda nuestra vida puede ser transformada de una manera tan completa que "las cosas viejas pasaron y he aquí todas son hechas nuevas". Aparte de Jesucristo, el hombre es incapaz de restaurarse a la imagen de Dios, como "su hechura, para su gloria". Con Jesucristo, esto se cumple en este mismo momento.

Con la nueva imagen de hombría dada por Jesús, impresa en nuestra mente, nuestro comportamiento, nuestras actitudes y nuestros deseos, todos son hechos nuevos. Somos nueva creación, con nuevas motivaciones.

Un día en que me encontraba en el ***Hopkins Airport*** de Cleveland, corrí para saludar a un destacado autor y conferenciante cristiano. Pasamos unos momentos intercambiando saludos de presentación. Por aquel entonces nuestro ministerio de obtener lo máximo que hay en el hombre apenas había comenzado y se lo mencione.

Estaba interesado en esto en una forma vital. El acababa de hablar a cuatrocientos hombres en una reunión de hombres en Cleveland.

Explicó allí el pasaje de la Escritura que a él le había impresionado en forma intensa. Lo utilizó para dirigirse a esos hombres porque creyó que era una base fundamental para los hombres de hoy.

— "Es el tiempo del Señor para volver el corazón de los padres a los hijos y de los hijos a los padres" — les leyó parafraseando Malaquías 4:6.

— Ya hemos Soportado bastante los esfuerzos humanistas por degradar al hombre hasta producir desprecio *hacia* los padres en el corazón de sus hijos. Necesitamos hablar fuerte y con claridad y estoy satisfecho de que lo estás haciendo me dijo mientras nos separábamos para tomar nuestros respectivos aviones.

El salmista escribió: "Entenderé el Camino de la perfección cuando vengas a mí. En la integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa. No pondré delante de mis ojos cosa injusta. Aborrezco la obra de los que se desvían; ninguno de ellos se *acercará* a mí. Corazón perverso se apartará de mí; no conoceré al malvado. Al que solapadamente infama a su prójimo, yo lo destruiré; no sufriré al de ojos altaneros y de corazón vanidoso. Mis ojos pondré en *los fieles de la tierra, para que estén conmigo;* el que ande en el **Camino** de la *perfección,* éste me servirá. No habitará dentro de mi casa el que hace fraude; el que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos" **(Salmo 101:2-7).**

Esto me suena algo así como una guía que Dios ha dado a cada padre cristiano para controlar el uso del "papá video".

La programación cristiana en la televisión es un proceso por el cual millones están haciendo de los fieles de la tierra sus héroes y los invitan a sus hogares.

Soy presidente de un grupo llamado "Comité para la Buena Voluntad Internacional". Nuestro objetivo es hacer de los fieles de la tierra nuestros héroes. Anualmente realizamos un banquete en el cual honramos a uno de los fieles de la tierra como nuestro "Hombre del Año".

George Otis, autor cristiano muy conocido, recibió el premio en 1980. Pat Robertson, presidente de la cadena de televisión CBN lo recibió en, 1981. Demos Shakarian, fundador de la Comunidad Internacional de los Hombres de Negocios del Evangelio Completo, lo recibió en 1982.

Fundé el Comité mencionado porque estaba cansado del sistema mundano de crear héroes tomados de los impíos, y haciendo a lo malo bueno y a lo bueno malo.

Lo que cada hombre necesita es constituirse en su casa en un Comité de uno, para hacer exactamente lo mismo. Hacer de los fieles de la tierra sus héroes. Dios lo dice así y haciéndolo de esta manera usted creará una imagen positiva en las mentes de su familia y las motivaciones de ellos serán correctas.

El propósito de cada "espíritu seductor y doctrina del demonio" es quitar significado, denigrar y debilitar su hombría, para desgastar su hombría cristiana. Al hacerlo así, logran que el poder de Cristo tenga poco efecto en su vida. Rechace esos espíritus y doctrinas. Échelos de su hogar y de su familia.

Cada hombre tiene tres funciones para cumplir en el hogar y en la comunidad. Debe guiar, guardar ***y*** gobernar. Es lo mismo que Dios dio a Adán para hacer en la tierra, y El nunca ha quitado esa autoridad. Si usted es un hombre, le pertenece; úsela, vívala.

Pero espere un momento. El "papá video" puede ser también un padre ausente.

El más grande de los vicios en los Estados Unidos no es la mariguana, la cocaína o las píldoras. Es la televisión.

El padre ausente es hoy con frecuencia uno que va a trabajar, vuelve a casa, y luego se sienta frente al televisor, forzando a la esposa y a los hijos a desempeñar papeles y responsabilidades que no les corresponden.

Estando en Pittsburgh sentado tornando una taza de café, un hombre me dijo algo que me hizo feliz de ser su amigo.

— Yo solía ser uno de esos tipos de los cuales tú predicas — me dijo • —. Yo era realmente un adicto de la televisión. Pero un día comprendí lo que estaba pasando, y pensé que necesitaba cambiar. Sin embargo, fue apenas cuando tú viniste y me lo pusiste bien delante de mis ojos, que yo tomé la decisión de hacer algo al respecto. Hablé con mi esposa y nos pusimos de acuerdo en colocar el televisor en el armario, y sacarlo de allí solamente si la familia en pleno estaba de acuerdo en que el programa era algo que todos pudiéramos mirar juntos, o que sería beneficioso para uno de nosotros. Te diré que yo tenía síntomas de retirarlo — agregó riéndose —. No sé a qué se asemeja dejar las drogas de repente. Todo lo que sé es que fue bastante duro con respecto a la televisión. Pero permíteme decirte esto. Desde ese momento las clasificaciones de mis hijos subieron de regulares a buenas o aún más. Ahora sé más acerca de ellos y pasamos los mejores momentos del mundo yendo juntos a distintos lugares y haciendo muchas cosas en común. ¡Si hasta los he llevado a los museos! Probablemente hemos hecho más cosas juntos desde que sacamos de en medio al televisor que lo que habíamos hecho en toda nuestra vida antes. ¡Ha sido fabuloso!

Hace poco recibí una llamada. Era la esposa de un pastor desesperadamente preocupada por su esposo. Se había negado a aceptar el liderazgo en la iglesia, forzándola a ella a tener que hacerlo. Los hombres no lo querían, y sus esposas estaban confusas por causa de esto. Pero él se sentía feliz de mirar la televisión entre sermón y sermón.

Puede ser que el citado sea un caso aislado, pero al menos es un caso real.

¿Cuál es peor de los dos: el "papá video" que aparece en la pantalla del televisor, o el "papá video" que permanece frente al televisor?

El mejor papá es el que utiliza la televisión para buscar sus héroes entre los fieles de la tierra.

¿Pero es que han quedado hombres fieles en nuestra tierra? A pesar de todo lo que la televisión ha dicho en contra, los hay. Pero la imagen de los Estados Unidos todavía tiene un largo camino que recorrer para ser llevada a su máxima expresión.

En la actualidad, muchos hombres creen que los Estados Unidos son una gran nación por causa de su riqueza. Sin embargo, fueron los valores de virtud de los hombres y mujeres de los Estados Unidos los que hicieron que esa riqueza se formara. ***Los hombres, las familias y las naciones llegan a ser grandes por la riqueza de su virtud, no en virtud de su riqueza.***

Los hombres producen las naciones. Una nación llega a ser grande si sus hombres son grandes. Si queremos que la nación recupere su grandeza, los hombres deben recuperar su hombría.

Una noche asistí a un banquete en el cual el que hablaba relató un incidente que conmovió a todos los presentes.

— Mientras estaba hoy en el Aeropuerto, alguien con mucha amabilidad me felicitó por mi valor al hablar por televisión acerca de la Unión Americana de Libertades Civiles y la forma en que ellos están procurando destruir el cristianismo en los Estados Unidos. Me dijo que hacía algunos años él los había reprochado públicamente en su propio programa de televisión. Cuando ellos se vengaron, él suspendió el asunto porque tenía mucho que perder.
— ¿Mucho que perder? — dijo el orador levantando la voz —. ¿Qué tenemos que perder? Comencé este ministerio con setenta dólares y ahora tengo cien, así que ¿qué es lo que tengo que perder?

El aplauso comenzó como una ola pero se convirtió en un mar de apreciación.

La hombría está en el espíritu. No tiene nada que ver con la medida física, pero en cambio tiene mucho que ver con el carácter.

La juventud actual necesita padres de mucho valor. Necesita héroes como Josué que exclamen: "¡Yo y mi casa serviremos a Jehová!"

Necesita de Danieles que hagan frente a los leones legales de nuestros días y cierren sus bocas impidiéndoles decir palabras soberbias contra Dios.

E. M. Bounds escribió: ***"Los hombres son los métodos de Dios. Mientras los hombres buscan mejores métodos, Dios busca mejores hombres."***

Dios los está buscando en este mismo momento.

¿Cuál será su actitud?

Capítulo 12

Padre nuestro, que estás inactivo

Los hombres se han esforzado desde hace tiempo en dar a sus hijos "una vida mejor que la que yo he tenido".

Con ese propósito en vista, crean fondos fiduciarios y fondos escolares; además, mueven los hilos detrás de la escena, para conseguir empleos para sus hijos; así les van preparando el camino de la mejor manera posible.

Sin embargo, en una perspectiva de largo alcance, los logros materiales suelen resultar de poco valor. En realidad, no hay nada tan valioso para los hijos que pueda superar al valor que tiene para ellos el ejemplo de sus padres. El niño tiene mayor necesidad de un padre que de un ángel protector. El niño ya viene al mundo equipado con un ángel guardián que lo acompaña, y esto como parte integrante de una provisión general. El hecho de tener un padre cabal debería ser también un rasgo común y no una opción de lujo.

Lo más importante que un padre puede hacer en favor de sus hijos es amar a la madre que tienen.

Estoy lejos de haber sido el padre perfecto. Desearía haber grabado mejor la pista donde se registró mi actuación. Sin embargo, cuando me decidí a que mi esposa Nancy fuera mi real coheredera, cuando me decidí a apreciarla en lugar de depreciarla, el ejercicio de mi paternidad se convirtió en un esfuerzo menos gravoso.

La paternidad sigue siendo todavía el tipo de arte más importante de la vida.

Mi hijo Paúl es en la actualidad uno de los productores cristianos de televisión que marcha a la vanguardia. Pero el día que rompió la puerta a puntapiés los dos pudimos haber llegado a ser perdedores.

En cambio, ese fue el día que aprendimos lo que era el valor.

La vida y la muerte están al alcance de nuestra decisión.

Mi hija Lois cursó la carrera de abogacía y alcanzó la meta con honores. Ahora se desempeña como abogada sustituta de distrito en la zona de Orange, California. Pero hubo un día en que el futuro de Lois giraba como una bisagra sobre mi disposición o no a tomar la decisión correcta.

Durante cinco años yo había sido el presidente de una organización denominacional laica, en la que tenía bajo mi responsabilidad y liderazgo cinco mil hombres y cuatro mil jóvenes. El trabajo me exigía viajar en forma constante, estar muchas veces ausente de casa, y utilizar mucho de mi tiempo ministrando en ciudades que quedaban "de paso" al hacer los viajes.

Una vez Nancy me dio la bienvenida a casa con una expresión tensa en el rostro. Parecía que Lois se estaba deslizando poco a poco de su camino. Siempre había sido una chica popular en extremo y tenía una vida social intensa. Pero en ese momento estaba permitiendo que la presión de sus pares la alcanzara y afectara sus actitudes y comportamiento. Se estaba involucrando con amigos que no se adherían a los mismos principios de vida cristiana que nosotros habíamos sustentado en el hogar.

Consideré mi trabajo. Me gustaba mucho. Era muy afecto a los viajes por todo el país y a los compromisos para hablar en público.

Sin embargo, mi hija estaba necesitando a su padre.

En ese entonces yo no sabía lo que sé ahora: que la sociedad actual está sufriendo por causa de padres ausentes.

Nancy y yo estuvimos de acuerdo en que sería mejor que me quedara en casa en forma más estable. Entonces decidí renunciar a mi tarea y aceptar el pastorado de una iglesia cercana y me propuse asemejarme más a un padre de tiempo completo.

Esa decisión tenía que ver con la calidad. Y fue la decisión correcta.

En la actualidad Lois es una mujer cristiana casada y madre de un hermoso bebé, y además una abogada de mucho éxito.

Joann, mi hija menor, es misionera en Japón, donde enseña inglés y Biblia. Se graduó en la Universidad con la máxima calificación, y poco después aceptó la voluntad de Dios para su vida para servirle en el Japón.

Nancy y yo damos gracias a Dios por nuestros hijos y por lo que ellos son en el presente. Yo desearía atribuirles el mérito a ellos, pero realmente debo dárselo al Señor, a su madre y a los amigos.

Amigos.

Uno de ellos es EarI Book. Cuando estuve con él en Albany, Oregón, hace muchos años, Earl me dio una lección de sabiduría que nunca he olvidado. Ha venido a ser una parte vital de mi vida familiar.

Al estar con él, no pude menos que observar a sus hijos, su comportamiento, actitud, maneras y espíritu. Alabé a Earl por la gran tarea que obviamente había desarrollado tan bien, la tarea de ser para ellos el padre.

— En realidad, no debo aceptar demasiado crédito por la formación de mis hijos — dijo con humildad —. Aprendí una verdad profunda de una pareja que estuvo conmigo en una convención misionera. Ejercieron una influencia tremenda en mis hijos. Aún después de irse, mis hijos continuaron recibiendo la influencia de la visita de esa pareja. En esa ocasión comprendí cuán poderosa es la influencia que ejercen otras personas sobre mis hijos. Entonces decidí que recibiríamos en casa la mayor cantidad posible de gente piadosa, de modo que mis hijos se beneficiaran con su influencia.

Earl era demasiado humilde. Estoy seguro de que su propia influencia piadosa era un factor decisivo. Aun así, la lección que compartió influyó en mí para encarar el esfuerzo de hacer lo mismo con mis hijos. Creo que el éxito de ese esfuerzo se ha hecho bien evidente.

El padre moderno piensa con demasiada frecuencia que la paternidad consiste en pagar cuentas, proveer de casa y educación, permitir el esparcimiento, dar una lección ocasional y, en distintas ocasiones y por diferentes métodos, aplicar la disciplina.

Pero la paternidad es una tarea que comprende mucho más que eso. Requiere de hombría al máximo.

Significa pensar, estudiar, recomendar, influir y amar. Recuerde esto, el amor procura lo mejor para el ser amado, en vez de buscar lo mejor para sí mismo a expensas del otro. Esto es cierto en el hogar, en los negocios, y en toda otra situación.

Sí, aun durante la comida.

Por años hemos visto que los jóvenes aprenden a tener buenas relaciones interpersonales en sus encuentros en la mesa familiar. La hora de comer es una de las más importantes en la vida de un niño. Es la hora hecha para prestar atención, así como también para compartir las heridas, penas, victorias y bendiciones del día. Es el tiempo en que se aprende a ser comunicativo.

Sin embargo, muchos hombres en el día presente restan importancia a esta oportunidad. Pierden mucho tiempo, que deberían, en cambio, dedicar para pasar momentos valiosos con su familia. Es una tragedia que en los hogares de la nación se malgasta el tiempo de la comida, en lugar de utilizarlo para establecer relaciones y fortalecer vínculos familiares.

Jesús dijo en **Juan 10:10** “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir”.

Muchas veces el televisor es un ladrón.

Roba el tiempo; mata las iniciativas; destruye las relaciones.

El prestar atención a las noticias del televisor durante la hora de la comida puede causar estragos en el hogar. Los niños que pasan el tiempo de la comida mirando crímenes, guerra, desastres, divorcios y tragedias, son víctimas ellos mismos y además resultan traumatizados. ‘

En lugar de que el padre disipe los temores, dé ánimo, enseñe la verdad sane heridas o traiga animación durante la hora de la comida, está permitiendo que factores negativos causen perturbación, desorientación y desagrado a sus niños.

Un padre que conozco, se quejaba que su hija no tenía apetito, nunca quería comer en casa, pero siempre comía con ganas cuando lo hacía en un restaurante. Lo que él necesitaba darse cuenta es que cuando ellos comían fuera de la casa, no había un televisor encendido. En lugar de eso, él pensaba que la hija trataba de hacerle gastar su dinero. No era así.

En una ocasión en que hablaba en un retiro de hombres en Hume Lake, California, hice la trágica declaración de que el padre norteamericano promedio dedica solamente tres minutos diarios de tiempo bien utilizado en favor de sus hijos. Luego que terminó la sesión, un hombre me desafió a que probara mis argumentos.

— ¡Ustedes los predicadores sólo dicen cosas! — gritó —. Los últimos estudios muestran que en realidad el padre norteamericano no da tres minutos, sino sólo *treinta y cinco segundos de atención eficaz a su hijo cada día.*

Tuve que aceptar su corrección, porque él era el superintendente escolar de la región central de California. Pero además él nos dio otra estadística sorprendente.

En un distrito escolar de California había cuatrocientos ochenta y tres estudiantes involucrados en un programa de “seguimiento”. Se trata de un programa para alumnos que necesitan ayuda escolar. De ese número de estudiantes no había ni siquiera uno cuyo padre estuviera en la casa.

¡En un distrito escolar en las afueras de Seattle, el 61% de los niños no tenían su padre en la casa!

El padre ausente es la maldición de nuestro tiempo.

Puede ser también que el padre esté en la casa, pero que no dedique tiempo a sus hijos. La vida corporativa con sus presiones para producir, su lealtad a la empresa y su afición por la ambición,

causan estragos en el hogar. Muchas esposas saben que la relación de adulterio de sus maridos no es con otra mujer sino con sus trabajos.

El tiempo valioso es aquel en que la familia come junta, ora junta y comparte amigos juntos. La oración que produce intimidad entre un hombre y una mujer hace el mismo efecto en la familia.

El hombre es el líder.

Guiar a la familia en justicia es la principal responsabilidad y ministerio sacerdotal del hombre. Abandonar esto por placer personal, perder el derecho a ello por cobardía moral, o eludirlo por irresponsabilidad, es un pecado. Sí, un pecado.

La acción más noble de un padre es darse a sí mismo a sus hijos y a Dios.

El verdadero legado de un padre está en el espíritu que da a sus hijos. ***La confianza en los fondos no puede jamás sustituir a un fondo de confianza.***

Los padres activos, que guían a sus hijos a establecer relaciones firmes con Dios y la familia, alcanzan el máximo desarrollo de su hombría.

Capítulo 13

Deténgase, observe y escuche

Uno de los empresarios de seguros de más éxito en la costa del Oeste de Estados Unidos se levantó para dirigir la palabra a un grupo selecto de personas muy importantes. Era una convención de asesores de seguros celebrada en San José. El había sido nombrado como "súper vendedor", de modo que el ambiente estaba cargado de emoción y expectación. El "súper vendedor" iba a revelar sus secretos.

Cuando al fin se puso de pie para hablar, resultó decepcionante observarlo después de tanta propaganda acerca de él. Tenía una mirada indiferente, y se recostó contra el borde de una mesa, con una mano en el bolsillo y su corbata ligeramente ladeada.

No obstante, este hombre había vendido más seguros que cualquiera de los que estaban en la sala.

— Quiero informarles que no tengo mucho que decir
— comenzó lentamente —. Sólo hablaré algunos minutos. Sé que todo el mundo ha estado hablando acerca de los muchos seguros que he vendido. Cuando comencé en este negocio hace algunos años, tenía un amigo que realmente había tenido éxito en esto, y él me dio algunos consejos. Lo único que he hecho es simplemente seguir esos consejos.

Todos los presentes parecían inclinarse hacia adelante, aguardando una elocuente exposición de la teoría de la motivación.

— Lo que mi amigo me dijo fue esto — continuó diciendo el conferenciante —. Usted podrá lograr que un hombre haga cualquier cosa que usted desee si sólo usted lo escucha el tiempo suficiente. Así que, cuando voy a hablarle a alguien, primeramente lo escucho. Después que lo he escuchado lo suficiente, le digo simplemente: "Bien. ¿Por qué no firma usted aquí?" Y él firma. Cuando usted le ha hecho bastantes preguntas y lo ha escuchado lo suficiente, llega su turno de hablar, y todo lo que usted debe hacer es pedirle la firma.

Dicho eso, se sentó.

A algunas personas les gusta hablar. Otros prefieren escuchar. Aquel que escuche antes de haber hablado es el que tendrá éxito.

Todo lo que este vendedor hacía era establecer en su propio lenguaje un antiguo y básico principio de ventas. Es decir, escuchar hasta que usted oiga cuál es la necesidad, y luego, simplemente, satisfacer esa necesidad.

Una esposa tiene una necesidad, y un hombre escucha hasta que la oye. Escuchar no es una función casual de los órganos auditivos.

Escuchar es un ministerio.

Una y otra vez en su Palabra, Dios dice: "El que tiene oídos para oír, oiga." Dios establece un premio por el hecho de escuchar.

Aquel padre al cual le di instrucciones para que escuchara en silencio a su hija durante treinta días aprendió por un duro camino que el escuchar es la clave para el ministerio de un padre en el hogar. Cuando le puse esa condición, el hombre me dijo más adelante que nunca se había

sentido tan cerca de la posibilidad de golpear a un predicador en toda su vida. Sin embargo, ese extraño experimento demostró que es así: ***los hombres deben aprender a escuchar***.

La Biblia nos enseña que debemos estudiar la Palabra de Dios para presentarnos aprobados. Como hombres, debemos estudiar a nuestra esposa y a nuestros hijos, y hacerlo a la luz de la Palabra de Dios. Debemos escucharlos con atención si queremos aprender de ellos y esto como un primer paso fundamental hacia la posibilidad de servirles.

Una encuesta reciente mostró hechos asombrosos. El setenta y cinco por ciento de los hombres dijo a los encuestadores que sus matrimonios marchaban bien. Pero sólo el veinticinco por ciento de las esposas de esos mismos hombres dijeron que su matrimonio iba bien.

De ese modo, un cincuenta por ciento de los hombres quedaban con problemas en sus matrimonios, y ¡ni siquiera se habían dado cuenta de que esa era su situación! ¿Por qué? Ellos no habían escuchado con atención a sus esposas. No habían estudiado a su compañera de matrimonio. No se habían educado a sí mismos con referencia a lo singular de sus esposas, sus necesidades sus anhelos íntimos, sus umbrales de satisfacción.

En la actualidad empresas muy importantes gastan increíbles sumas de dinero para lograr solamente que sus ejecutivos escuchen. Sin la capacidad de escuchar con atención resulta imposible detectar las necesidades.

He sido consejero de personas durante miles de horas en mi vida, luchando muchas veces contra el sueño, lo lamento. Pero la consejería no es otra cosa que la sublimación del escuchar atentamente, en la mayor medida posible, hasta que la persona ha hablado recorriendo los estratos de su vida y comienza a explorar áreas que nunca antes habían sido traídas a la luz. Como el famoso vendedor, el consejero debe escuchar el tiempo que sea necesario para descubrir la necesidad.

El hombre de la casa es un líder, administrador, ministro y consejero. El hombre debe ser para su casa todo lo que Cristo es para la Iglesia.

Y vemos que no es la descripción de un puesto de segunda línea.

Por eso es que hace falta un hombre.

Por eso usted debe lograr la hombría al máximo.

Los hombres son diferentes de las mujeres. Diferentes de verdad. Por ejemplo: Los hombres representan los titulares mientras que las mujeres los más bellos diseños y detalles.

Volé por el continente y luego manejé durante horas para ver ami recién nacida nieta en el hospital. Cuando la vi, la observé detenidamente.

Allí estaba: brazos, piernas, ojos, nariz, boca. Todo estaba allí, todo estaba bien. Para mí eso fue suficiente. Estaba listo para volver.

No fue así con mi esposa y mi hija. Media hora más tarde todavía estaban examinando el largo de las pestañas, la forma de las uñas y la textura de la piel.

“Hermoso diseño, hermoso diseño.”

El hombre regresa a su casa del trabajo. La esposa pregunta: “¿Cómo te fue hoy?”
—Bien.
— ¿Qué hiciste?

— Trabajé.
— ¿Vendiste algo?
— Sí.
— ¿Qué vendiste?
— Un contrato a una gran tienda por departamentos.
— ¿Ese por el que habías estado luchando durante seis meses?
— Sí.
— ¿Quiere decir que vas a tener una comisión?
— Sí.
— ¿Cuánto?
— No sé. Por favor deja de hacer tantas preguntas.

Ella quiere tener los detalles de los diseños. Lo que él le está dando son los titulares. Pero los detalles son parte del ministerio. Ella necesita saber. Para servirla a ella usted necesita darle algunos detalles del diseño.

El hombre del diálogo anterior estaba cometiendo un pecado de omisión. El pecado de omisión consiste en no hacer algo que se debe, es el pecado fundamental de la humanidad.

La única razón por la cual usted obra el mal es porque no hace el bien.

Escuché a un evangelista que le decía a algunas personas que irían al infierno si hacían ciertas cosas, tales cómo embriagarse, cometer adulterio y otros pecados similares. Sin embargo, las personas no se dirigen a una eternidad sin Dios a causa de lo que ellas hacen sino por aquello que no hacen.

El pecador va al infierno por algo que no hace, y es porque no cree en el Señor Jesucristo ni lo recibe como su Salvador personal. Ese pecado de omisión — de no creer y recibir a Jesucristo — es la base de la separación eterna de Dios.

Por el hecho de no haber nacido de nuevo y en consecuencia de no haber recibido el Espíritu de Jesucristo en su vida, un hombre termina por cometer toda clase de transgresiones y pecados repetitivos. Ese principio fundamental tiene implicaciones y resultados eternos.

Pero a su vez, el pecado de omisión es un pecado de todos los días; es un pecado que lo asediará en forma continua hasta que usted haga algo al respecto.

La frustración de las mujeres con relación a los hombres no se debe a lo que ellos hacen sino a lo que ellos no hacen. Los maridos no tienen ningún problema cuando arreglan una puerta o cuando reparan una teja que gotea; pero sí lo tienen cuando no lo hacen.

Si tomáramos todas las decisiones correctas e hiciéramos todas las cosas correctas cada momento del día, jamás haríamos nada incorrecto. Pero, como fallamos en no llenar nuestra mente con pensamientos piadosos y con verdades divinas, dejando de meditar en lo que es verdadero, entonces no invaden miles de partículas de impureza.

Cada hombre debe luchar contra el pecado de omisión. Debe ministrar a su familia escuchándolos a cada uno de ellos y desarrollando la capacidad de prestar atención para descubrir sus necesidades y de esa forma estar en condiciones de ayudarlos a cubrirlas.

La comunicación es esencial a la vida. Cuando la comunicación se interrumpe aparece de inmediato la anormalidad. Y esa anormalidad, si no se la corrige, conduce a la muerte de la relación. Es por ese motivo que insisto aquí en mi advertencia en cuanto al abuso de la televisión.

Un hombre no puede escuchar los reclamos de su familia mientras que está prestando atención a las exigencias de la televisión. Tampoco es posible que su familia alcance una comunicación saludable a través de un intercambio accidental sentado delante de un televisor impersonal.

Hoy se pone en marcha un nuevo movimiento.

Es el movimiento de “la hombría al máximo”.

Las familias se están reencontrando de nuevo, el papá está volviendo a prestar atención, los miembros perdidos están siendo redescubiertos allí en el hogar y se están volviendo a encender los viejos amores. Los padres se están reencontrando emocionalmente con sus hijos; se están restableciendo relaciones que estaban rotas; los niños están aprendiendo una vez más a interactuar con los adultos.

Se trata de una transformación asombrosa.

Caminé en un edificio de Texas para prepararme para la charla y el ministerio de la tarde. El lugar estaba repleto de gente. Durante el mensaje hablé acerca del título “hombre en su totalidad” con el televisor apagado.

Después de la reunión se me acercó un hombre joven, enérgico, de personalidad agradable, sonriendo alegremente y con la mano extendida hacia mí para que la estrechara. “Sólo quiero informarle — me dijo — que la noche del sábado último me hice cargo de mi televisor. Sólo que lo hice de un modo diferente: lo saqué, crucé la calle y lo coloqué en el lugar de la basura. Usted no puede imaginarse qué bien está marchando desde entonces mi familia.”

Como el líder, administrador, sacerdote, ministro y consejero, usted tiene que tener el valor de ser el hombre que su familia necesita. Deténgase y preste atención a sus necesidades. Así será también el hombre que Dios quiere que usted sea.

Capítulo 14

Un matrimonio nacido de nuevo

— ¿Cómo fue que te casaste con tu esposa? — le pregunté a un hombre no hace mucho.
— Era la hermana de un amigo de alguien a quien fui a ver cierta vez — respondió encogiendo los hombros.

Obviamente fue su destino.

— ¿Por qué te casaste con tu esposa? — le pregunté a otro.
— Estaba siguiendo la marcha del Día de la Victoria sobre el Japón. Iba calle abajo marchando con la columna cuando alguien me tomó por sorpresa, me besó y después me casé con ella.

Si no tenían algo más en común por lo menos participaban de la misma idea patriótica.

— ¿Por qué te casaste? — le pregunté a una señora joven.
— No podía aguantar más en mi casa — contestó —. Mis padres eran insoportables. Me casé con el primer hombre con el que pude fijar una fecha.

Dudo que él supiera que fue así.

La lista de razones es larga, variada, y con frecuencia triste.

Un hombre con quien hablé en un retiro creo que representaba a miles de otros hombres cuando me dijo que él y su esposa se habían comprometido por causa de haber tenido relaciones sexuales premaritales. Ella quedó embarazada y los padres de ambos, además de sus propias conciencias, provocaron el casamiento.

He observado a parejas que agonizaron durante horas en sesiones de consejería antes de poder afrontar y confesar la verdad acerca de las motivaciones que tuvieron para casarse. En infinidad de casos ocurre que el compromiso de matrimonio se encuentra afectado en lo más profundo por causa de algo que tuvo lugar en el pasado.

Puede ser que ni el esposo ni la esposa crean realmente que su cónyuge haya sido la elección perfecta de Dios para ellos, o que mantienen oculto un resentimiento por algo incorrecto que su cónyuge le hizo hace mucho tiempo. Por lo tanto, el fundamento de ese matrimonio no es una roca sólida, sino más bien un pantano de heridas, incomprensiones, suspicacias, resentimientos y culpas.

El matrimonio puede ser la cosa más parecida al cielo o al infierno que muchos encuentran en esta tierra.

Timoteo y Alicia vinieron a pedirme consejo. Estaban sufriendo en su matrimonio, a pesar de que él servía en el ministerio cristiano. Debido a eso él se sentía avergonzado de dar a conocer algo sobre sí mismo, o de que su esposa dijera algo acerca de él.

La angustia que ella tenía en su mente y en su espíritu era obvia.

Su incomodidad por encontrarse allí era también evidente.

El procedía de una familia que acentuaba en el hombre el concepto de “macho” y en la que el hombre lo decidía todo. Su padre y sus hermanos eran groseros, sin delicadeza, y mucha de su conducta era licenciosa y mundana. No obstante, Timoteo había recibido la influencia de la

Palabra de Dios y conocido en su alma la revelación acerca de Jesucristo como su Salvador personal. Se arrepintió de sus pecados, creyó en el Señor y fue hecho una nueva persona cuando el Espíritu de Dios vino a su vida con poder salvador.

A causa de la misericordia que el Señor le había mostrado, el gozo de saber que sus pecados estaban perdonados y el deseo de compartir las buenas nuevas con tantos como fuera posible, se inscribió en un Instituto Bíblico.

Alicia, por su parte, era la niña típica de un padre predicador. Siempre sentada en el asiento delantero, no conocía otra cosa que la vida y la cultura cristianas. Ella, lo mismo que Timoteo, quería compartir con todo el mundo su amor por Jesucristo y se inscribió en el Instituto Bíblico para prepararse para esa misión.

Se encontraron en el Instituto.

Al cabo de un año, llegó el momento en que ella aceptó su propuesta y anunciaron que se casaban.

Tres semanas antes de la fecha de la boda, estaban juntos en una región alejada. Timoteo la abrazaba con más apasionamiento que el que a ella podía agradarle, pero a ella le resultaba imposible detener sus avances. El presionó la situación de acuerdo a los viejos modelos de un hogar que no tenía una base bíblica para lo correcto y lo equivocado.

Su razonamiento era que ellos se casarían de todos modos dentro de tres semanas. ¿Por qué esperar? Ella tenía más conocimiento, pero no queriendo desagradar- lo, consintió.

Tuvieron relaciones sexuales en el cuarto de atrás de un viejo edificio.

Seis años después estaban en mi oficina.

Sus vidas, aunque eran afectuosas en público, eran inconsistentes en privado. Palabras duras, amargas acusaciones y aun violencia física eran las consecuencias de situaciones no resueltas, actitudes no perdonadas y amor no alcanzado en plenitud.

El se quejaba de su hostilidad.

Ella criticaba su falta de hombría hacia ella.

A través de horas de pensamiento en pensamiento y de sentimiento en sentimiento, después de seis años de matrimonio, ella pudo decir lo que había reprimido durante todos esos años. Ella estaba resentida contra Timoteo por no haberle permitido llegar al matrimonio como una virgen.

Cara a cara con la situación, Timoteo la miró con una mezcla de asombro y de ira.

— ¿Quieres decirme que me culpas a mí por todos los problemas que hemos tenido? ¿Me culpas por causa de esa sola cosa? ¡Yo ni siquiera sabía que para ti tenía tanta importancia! — dijo en un tono fuerte.

Yo intervine en la conversación.

— Señor, es exactamente a usted a quien le corresponde la culpa. A menos que usted acepte su responsabilidad por el sentimiento de pérdida y de vergüenza que experimentó su esposa, a menos que usted le pida perdón por esa cosa en particular, usted jamás tendrá una relación correcta con ella.

Se fue con su tormenta encima. Su rostro estaba lívido. Pero mientras lo pensó una y otra vez en su casa, empezó a darse cuenta de la importancia que había tenido para ella el hecho de que él le había robado lo que ella consideraba el don más preciado que podía haberle ofrecido a él. Ese acto sórdido en aquel cuarto de atrás tenía para ella más semejanza a un rapto que al más elevado acto de amor físico entre un hombre y una mujer. Con el pasar del tiempo él pudo confesar que fue su carnalidad y no su amor lo que provocó la situación. Reconoció que fue su culpa, su pecado, y entonces pudo arrepentirse y pedirle perdón a su esposa haciéndole restitución. Ella lo perdonó de verdad. Su hostilidad hacia él desapareció. Sus vidas cambiaron en forma radical.

Siempre me hace reír cuando veo aquellas viejas películas en las que el muchacho acosa a la chica, luego la chica persigue al muchacho y por último aclaran sus desencuentros y de pie ante el altar empeñan dándose un beso su palabra de casamiento. Mientras están parados allí abrazándose al comienzo mismo de su casamiento, aparece en la pantalla la palabra FIN.

Todo el mundo sabe que ese es sólo el comienzo y no el final.

Hay un principio para la vida que está basado en la Escritura, y que dice que es más difícil mantener que obtener.

Jesús no sólo nos da principios para nuestra vida, sino que nos proporciona además el poder capacitador para vivir de ‘acuerdo con esos principios.

Jesucristo es no sólo el Salvador del alma, sino también el Salvador de la vida total. Debido a que los ministros cristianos con frecuencia hablan de la gente como almas, y también porque las traducciones de la Escritura se refieren a los hombres como almas, ha llegado a ser común que los hombres pensemos que Jesucristo es sólo el Salvador del alma.

Jesucristo es el Salvador. El Salvador de usted.

Jesucristo es el Salvador de su alma, de su matrimonio, de sus emociones, de su mente, de su trabajo, de su educación, de sus hijos.

Usted necesita a Jesucristo en cada aspecto de su vida.
Usted necesita a Jesucristo para la totalidad de su vida.

Betty creció en un hogar cristiano. Guillermo llegó a ser cristiano en una iglesia que cree en la Biblia, cuando tenía trece años. Los dos se encontraron en reuniones juveniles y se casaron cuando él tenía dieciocho años y ella dieciséis.

Con los años Guillermo llegó a ser un comerciante de éxito. Betty se desarrolló como una joven extremadamente popular y vivaracha, una esposa activa y madre de dos hijos. Constituían la familia modelo, involucrada en los negocios, la comunidad y la iglesia.

Eran considerados líderes ejemplares y señalados como modelo para otras parejas jóvenes. A los quince años de matrimonio las tensiones iban subiendo de tono. Detrás de las puertas cerradas Guillermo y Betty vivían encerrados en una guerra fría.

Deseaban un cambio, necesitaban un cambio, pero no podían encontrarlo.

En ese entonces yo estaba conduciendo un curso di liderazgo bajo el enfoque de la semejanza a Cristo. Mi tesis en esa ocasión, como también ahora, es que l verdadera hombría es la semejanza a Cristo. Estas palabras quedaron impresas en la mente de Guillermo y él meditó sobre ellas.

No pudieron evitar que ocurriera otra crisis en si hogar. Betty acusó duramente a su esposo, diciéndole lo que pensaba que él era realmente. Luego de una larga y acalorada discusión, Guillermo salió de pronto de 1 casa y se dirigió hacia el auto.

Una vez en el auto, cerró la puerta de un golpe, puso su cabeza sobre el volante de la dirección y apretó sus puños. Había venido encaminándose a esto durante lo dos últimos años. Estaba casi con náuseas a causa d las peleas, amarguras, ironías y duras discusiones.

El sabía que estaba mal.
Necesitaba ayuda.

Golpeando con fuerza sus puños sobre el volante d la dirección comenzó a gritar en voz alta: "¡Señor tienes que hacer algo! No puedo seguir por más tiempo así. ¡Necesito cambiar!"

El casi nunca había derramado una lágrima, peri ahora comenzó a llorar compulsivamente. Sus sollozos se cambiaron por suspiros de debilidad.

— Señor, tú eres mi Salvador. ¡Ayúdame! — dijo suspirando.

Los minutos pasaron. Poco a poco se fue recuperando, puso el auto en marcha y comenzó a andar. Mientras las calles pasaban, Dios empezó a obrar en Guillermo y él recordó aquellas características de la semejanza a Cristo que yo había compartido. Las repasó una por una en su mente como si estuviera inspeccionando fruta fresca.

De pronto comenzó a notar que las señales de la semejanza a Cristo estaban ausentes de su matrimonio.

El y Betty conocían esas cualidades en su vida en forma individual. La gente incluso hacía observaciones sobre ellas. Pero lo cierto es que no las estaban produciendo en su matrimonio.

Para comenzar se le ocurrió algo.

El y Betty habían conocido la experiencia de nacer de nuevo; pero su matrimonio necesitaba la misma experiencia. En lo personal, separados uno del otro, daban evidencias de semejanza a Cristo. Juntos, en el matrimonio, era bien diferente.

Se dio cuenta de que necesitaban que Jesucristo diera a su matrimonio las mismas cualidades por las que habían orado como individuos.

Su matrimonio necesitaba un nuevo nacimiento.

Con rapidez cambió el rumbo del auto y se dirigió a velocidad a su casa.

— Necesito hablarte — le dijo a Betty mientras tomó su brazo en forma cortés y la guió escaleras arriba —. ¿Recuerdas cuando recibiste a Jesucristo en tu vida?

Por supuesto que lo recordaba.

— ¿Recuerdas lo que Cristo comenzó a hacer en tu vida cuando lo recibiste como Salvador?

Ella asintió, Fue maravilloso.

Ya en el dormitorio se sentaron al borde de la cama.

— Cuando nos casamos — dijo ——, tuvimos una ceremonia de casamiento. Y fue sólo eso. Nunca hemos tenido el culto familiar. No hemos orado juntos en casa sino sólo en la iglesia. Nunca hemos compartido junto la Palabra. Nuestros muchachos no nos han visto nunca hablarle a Dios excepto durante las comidas.

Ella estaba llorando al notar la ternura de la voz d Guillermo y la verdad que podía percibir en sus palabras.

— ¿Sabes qué necesita nuestro matrimonio? — Guillermo le preguntó afectuosa y tiernamente —. Nuestro matrimonio necesita un nuevo nacimiento.

Como una fuente descubierta de repente en una montaña, de la que brota salpicando el agua fresca, así comenzaron a hablarse el uno al otro compartiendo sus sentimientos y pensamientos más íntimos.

Guillermo se había abierto a sí mismo por primera vez en una década y media, exponiendo sus pensamientos, derramando su corazón y pidiéndole perdón a **ella** por sus muchos errores. Betty compartió con él sus ansias, deseos y heridas. Juntos subieron sobre 1o muros de defensa que habían construido para protegerse a sí mismos de la vulnerabilidad. Dieron y recibieron perdón.

En las horas tempranas de la mañana se arrodillaron junto a la cama sobre la cual se habían sentado y permanecido tanto tiempo conversando. Allí pidieron al Señor que cambiara su matrimonio.

Juntos le pidieron a Dios que hiciera de su matrimonio algo nuevo. Era una nueva clase de realidad para su matrimonio.
Llegó a ser una nueva calidad de vida.

La noche siguiente, Guillermo y Betty caminaron por la rampa del estadio de los Ángeles en Anaheim, California, dirigiéndose hacia sus asientos para disfrutar del espectáculo. Eran como amantes que apenas se hubieran descubierto el uno al otro. Era el temor reverencial del primer amor.

Guillermo se detuvo y se dio vuelta para hablar con ella.
— Betty, creo que este es el día más grande de mi vida — dijo riéndose —. Me siento grande. Me siento absolutamente libre.

Ella lo besó y continuaron su caminata ascendente.
El FIN había llegado y había pasado.
Este matrimonio era realmente nuevo.
La culminación del final feliz se convirtió en la culminación de una vida de bendición.
Jesucristo estaba produciendo en Guillermo la hombría al máximo.

Capítulo 15

¿Cuál es la pregunta?

Disimulando un bostezo, presté atención a cómo una pareja difería en sus respectivos puntos de vista.

Mi oficina no tenía ventanas y parecía que faltaba el aire. El ambiente estaba sofocante y era como si ellos también estuvieran sofocados.

Me agrada la gente. Me gusta ayudarla. Pero estaba cansado. Ese día había tenido que dedicar mucho tiempo a la consejería. Le doy mucha importancia a la tarea de aconsejar. Creo en la eficacia del ministerio de consejería que se realiza de buena fe.

Pero también estoy convencido de que la falta de oración es la principal razón por la cual en la actualidad los cristianos necesitan tanta consejería en su vida. Cuando la gente pasa tiempo con la Palabra de Dios, medita en ella y ora sobre ella, reconociéndola, la misma Palabra viene a ser su consejera.

De pronto la mujer sentada frente a mí me hizo reaccionar con su declaración y quedé bien despierto.

— Lo único que quiero de él es que sea un hombre. Nada más que un hombre.

Me senté derecho y la miré; luego lo miré a él. La expresión de ella reflejaba un deseo sincero de su parte. Su esposo había ejercido poco liderazgo en el hogar. A raíz de eso, los hijos habían perdido todo respeto hacia él. El mayor se había habituado a burlarse de su padre en forma descarada. Los otros hijos estaban todavía bajo el control de la madre, pero sólo en forma precaria. Ellos la irritaban con frecuencia escapándose.

La mujer trabajaba para contribuir a mejorar los ingresos de la casa, porque su esposo no se preocupaba por tener una ocupación mejor remunerada. El hubiera podido lograr esa ocupación con sólo proponérselo. Ella era a la vez la que disciplinaba y ayudaba a cada uno de sus hijos y además ganaba parte del sustento familiar, lo que la hacía sentir abrumada con sus muchas responsabilidades. Otra falla en la vida de ellos es que no hacían las cosas con espontaneidad, ni en lo marital, ni en lo recreacional, ni en lo sexual. Si ella quería algo picante, él le daba granitos de arena. Si quería algo romántico y estimulante, él le ofrecía repetición y aburrimiento.

Ahora ella había presentado su caso. Había declarado sus deseos.

— Todo lo que quiero de él es que sea un hombre. Tan sólo eso, un hombre.

Lo miré de soslayo y le dije:
— Usted la escuchó. Quiere un hombre. ¿Puede usted dárselo? Lo quiere a usted.

El me miró un par de veces; nuestras miradas se encontraron. Luego miró hacia otra parte. Se puso a mirar al techo por un largo, largo rato.

El silencio era como el piso. Se acrecentaba la sensación de dureza, crecía la tensión.

El silencio se hizo tan fuerte que era casi ensordecedor

Pero recordé que debía dejarle hablar primero. Era él quien debía una respuesta.

Nunca antes había sido forzado a decidir. Sus padres siempre habían contestado por él. A través de los años su esposa había aprendido a hacer las cosas por él. Ella siempre tenía que buscar el equilibrio, tanto en público como en privado, permitiendo que quedara oculto detrás de las respuestas que ella daba.

Pero ahora, después de dos décadas de escuela, matrimonio, hijos y trabajo, este hombre iba a tener que contestar por sí mismo. Sus padres no podían hacerlo. Ella no quería.

Hay dos preguntas que todo hombre debe enfrentar. Y no sólo enfrentar sino también responder. La primera y más importante de toda la vida es ¿qué piensas de Cristo?"

La segunda es "¿serás o no un hombre?"

Ya era tarde. La oficina estaba sofocante, pero la tendencia a dormitar había pasado y había sido reemplazada por una agudeza como el filo de una navaja que invadía la sala. Aquí estaba un hombre en el límite. Su respuesta requería hombría. La honradez, veracidad, fe, humildad, valor, amor, gracia, todas esas características de la hombría, eran requeridas ahora desde la profundidad de su carácter. Aquí en la presencia de su esposa, su Dios y su pastor, se veía enfrentado a la pregunta: "¿Serás un hombre?"

Sus ojos se movieron desde el cielo raso hacia abajo en forma reacia y se detuvieron con lentitud sobre la cara de su esposa. Ellos estaban sentados, no frente a frente, ni cara a cara, sino alma a alma.

Era evidente que él estaba luchando con la respuesta.

Sus palabras, cuando alcanzó a pronunciarlas, fueron apenas un murmullo desvanecido, pero resonaron como un trueno en aquella habitación.

— Intentaré serlo.

El rostro de ella se llenó de felicidad, las lágrimas le brotaron con fuerza y se acercó a él para abrazarlo. Lo tomó con firmeza, lo apretó y mostró por él un interés tal como si se tratase de un amante perdido que regresaba después de mucho tiempo.

El iba a intentarlo.

El hijo pródigo había estado en un país lejano. Ahora había vuelto en sí y retomaba al hogar. Iba a intentarlo.

¿Qué otra cosa podía pedir una mujer? Ya tenía algo con qué vivir contenta. Su esposo se había expresado no en forma superficial, sino con el impulso de toda su vida, con toda la profundidad de su alma. Había considerado la pregunta, había confrontado la situación y por último, había expresado la decisión que había tomado.

La condición de hombre no es un hecho mágico. Es un proceso de construcción. No se puede producir en forma instantánea por la agitación de una varita mágica. No es como tocar un botón y encender la luz. Es construir, ladrillo sobre ladrillo, línea sobre línea, precepto sobre precepto, decisión sobre decisión.

La Biblia dice que en todas partes a donde fue Abraham, *edificó* su altar y *armó* sus tiendas. Actualmente hay muchos hombres que hacen lo contrario: *edifican* sus tiendas y *arman* sus altares. Dedican demasiado tiempo a las cosas temporales y muy poco a las eternas; demasiado

tiempo para edificar la personalidad y apenas un poco de tiempo para ajustar el carácter. Esto e una perversión de los principios divinos.

Usted puede ajustar la personalidad, pero debe edificar el carácter.

Uno de mis héroes de la fe, W. T. Gastón, una ve me dijo algo que nunca he olvidado: "Cuando el encanto se desvanece, no le queda otra cosa que su carácter.'

Es el anhelo de toda mujer tener en la casa un hombre de carácter. Es la necesidad de todo niño tener un hombre en el timón. Es la necesidad de cada iglesia tener hombres cabales en el trabajo del ministerio.

Usted puede obtener espiritualidad de las mujeres de la iglesia, pero la fuerza la obtendrá de los hombres. Lo mismo sucede en un hogar y en una nación. Las iglesias, los hogares y las naciones son tan fuertes como lo son sus hombres.

El mandamiento de nuestro Padre celestial es que tengamos la semejanza de Cristo, y Cristo mismo oró al Padre para que nos dé su propio Espíritu para que reproduzca su vida en nosotros.

¡Ya lo dije antes, y quiero repetirlo!

La hombría y la semejanza a Cristo son sinónimos.

El hombre ha conquistado las montañas, los océanos y aún el espacio lejano.

Pero el logro más grande de todos tiene lugar cuando el hombre se conquista a sí mismo.

"Mejor es. . . el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad" **(Proverbios 16:32).**

La hombría y la semejanza a Cristo son sinónimos.

¡Sea un hombre!
Viva tina vida de hombría al máximo.

Epílogo

Especializándome en hombres

Ben Kinchlow, co animador del *Club 700,* y yo estábamos sentados desayunando en el Salón Polo del Hotel Beverly Hills. Por su lujo, es el tipo de lugar al que uno iría sólo una vez en la vida, si es que puede ir. Ben, que era mi invitado, había pedido carne asada y huevos.

Ben es un amigo, un hermano y un hombre cabal.

Mientras permanecíamos sentados en los elegantes ambientes, disfrutando los beneficios de tener un teléfono sobre la mesa, y mozos que nunca permitían que el café se enfriara, o el vaso de agua quedara vacío, estábamos hablando de las cosas tremendas que Dios había hecho en nuestras familias. El Señor había enriquecido las relaciones con nuestra esposa y con nuestros hijos, a tal punto que estábamos agradecidos.

Hubo una pausa en la conversación. Los dos nos habíamos sentado allí en agradable y fraternal comodidad, disfrutando cada uno la compañía del otro, cuando de pronto Ben se pasó la servilleta por la cara y se detuvo un momento.

— ¿Qué sucedió? — le pregunté en voz muy baja.

Se recuperó rápidamente, pero me miró con una seriedad tal que nunca he olvidado.
— Quiero contarle algo — comenzó a decir muy despacio —. Hubo un tiempo en mi vida en que yo no tenía nada. Nada. Y quería algo, hombre, y lo quería de cualquier forma. ¿Puede creerme que hubo un momento en que yo hubiera vendido a mi esposa a la prostitución, enseñado a mis hijos a robar, y no hubiera hecho otra cosa que sentarme en un lugar como este viendo a gente famosa y sintiéndome alguien? Yo pensaba que esa clase de poder y de prestigio eran las respuestas que necesitaba. No se imagina por qué caminos anduve. Viví como en un infierno, experimenté el sufrimiento, conocí la profundidad de la pena. Mi vida no era nada. Yo no era nada. Y pensar que para tenerlo todo, ***lo único que tuve que hacer fue entregar mi vida a Jesucristo.***

Ben estaba disfrutando algo de la vida de su Tierra Prometida.

Por cierto no era el disfrute de mi invitación a un desayuno fantástico. Era, en cambio, el hecho de la forma en que toda su vida, su familia, su ocupación, su autoimagen, habían cambiado en forma total.

Lo cierto es que Ben no está solo en esto.

¡Hombres! la vida de la Tierra Prometida es para todos nosotros, si tan sólo podemos entender la manera de llegar allí. Mi deseo por señalarles el camino ha sido intenso.

Al comienzo del libro describí aquel memorable encuentro de hombres en Oregón. Lo que sucedió allí avivó las ascuas de mi corazón convirtiéndolas en una abrasadora llama. Quería alcanzar a los hombres por toda la nación y aun más allá.

Durante los meses que siguieron, en medio de todas mis otras ocupaciones, continué realizando reuniones y retiros. Observé que en todas las partes donde hablaba, los hombres responden a los mandatos de Cristo y experimentan un cambio real en sus vidas. El mismo carácter de Cristo comenzó a manifestarse en ellos.

En mi corazón yo sabía que Dios me estaba llamando a un ministerio para lograr la hombría del hombre, ordenando a los hombres que obedezcan al Señor.

Algunos meses después, en mayo de 1980, estaba hablando en una conferencia nacional en Pittsburgh. Era sábado, y era la última noche de una larga conferencia de una semana, y la reunión tenía una nutrida concurrencia de alrededor de dos mil quinientas personas.

Esa noche, en la mitad de mi mensaje, me detuve, miré a la audiencia, y luego en forma espontánea y ferviente dije impulsivamente: "Oren por mí, para que Dios me entregue para un ministerio nacional a los hombres".

La respuesta fue como si una corriente eléctrica hubiera recorrido la habitación. De inmediato se oyó batir palmas, algunos se arrojaron a sus pies, y por todas partes la gente comenzó a orar. Sus corazones habían confirmado que el ministerio era necesitado en forma urgente.

En noviembre de ese año, mi esposa y yo tuvimos una reunión en un hogar en Huntington Beach, con amigos y otros que creyeron que Dios me estaba llamando a un ministerio para los hombres. Fue una reunión de oración intercesora y mientras ellos oraban, un sentir comenzó a pulsarse en sus oraciones: que Dios me capacitaría para ministrar a diez mil hombres durante el siguiente año 1981. Mientras oraban, se hizo evidente que el Espíritu Santo hablaba, y yo recibí el mensaje como una meta dada por Dios.

Durante los tres primeros meses de 1981 mi vida estaba tan ocupada que era increíble. Atendía dos emisoras de televisión, era Gerente de Relaciones Públicas de una escuela de servicio, ministro senior de una parroquia, y, además dirigía las reuniones de hombres; era más que demasiado para mi. Pero, por la gracia de Dios, estaba haciendo todo eso y las cosas parecían prosperar.

Nancy y yo planeamos realizar el 24 de abril de 1981 una reunión con todos los que apoyaban nuestro ministerio, en el Marriot Hotel en Newsport Beach. Queríamos que ellos supieran lo que había estado sucediendo, y cuáles eran nuestros planes futuros.

George Otis dijo que tenía "una palabra" para nosotros y voló desde Chicago en su viaje a Israel. Yo sabía así, por medio de esa desacostumbrada ruta, que algo importante estaba por suceder.

Fue una reunión muy agradable y las cosas avanzaban suavemente. Todos parecían contentos con todo lo relacionado con las actividades del ministerio.

Entonces George Otis comenzó a hablar con toda su perspicacia profética, y dio su declaración. Parecía como si mi vida se abriera delante de mis propios ojos. Habían pasado más de treinta años desde la noche en que Dios me ungió para predicar el evangelio. Desde entonces no había experimentado algo parecido a lo que me estaba sucediendo en ese momento. En aquella ocasión, hacía treinta años, había perdido por más de una hora toda noción del tiempo y del espacio, mientras el Señor derramaba Su amor, gracia, poder y unción sobre mi. Ahora, era como si yo estuviera siendo llamado de nuevo al ministerio.

Hubo una frase de las que dijo George que realmente traspasó mi corazón.

"Este ministerio está corriendo con atraso."

Esas palabras fueron dentro de mí como un bisturí que realizara una operación a corazón abierto.

Antes que pasaran veinticuatro horas ya había escrito cartas de renuncia a todos los cargos que desempeñaba, liberándome de todos mis otros compromisos. Había llegado el tiempo de especializarme en los hombres.

La mañana del domingo, Nancy y yo fuimos a la iglesia donde yo era todavía el pastor más antiguo. Cuando me llegó el turno de hablar, miré con calma a la congregación por un momento, y luego comencé diciendo:

"Este podrá ser uno de los servicios más fuera de lo común en que ustedes jamás hayan estado, por cuanto al marcharme no me encontrarán en la parte de atrás. Este es mi último servicio. Dios me ha dicho que estoy 'corriendo con atraso' y necesito adelantarme."

Por cierto que después de la oración de bendición, Nancy y yo nos fuimos. Amamos a esos hermanos y hermanas, pero tuvimos que responder a las directivas de Dios.

Duro. Decisivo. Valeroso.

Hay una diferencia entre leer la Biblia y vivirla. Tanta diferencia como la que existe entre cielo e infierno, entre Egipto y Canaán.

El lunes siguiente tomé mi máquina de escribir, la llevé a mi habitación de trabajo y empecé a ponerme al día.

Durante esa semana varias personas nos dijeron que no deberíamos comenzar un ministerio ahora, pues la economía estaba mal, teníamos demasiada edad, nunca lo podríamos hacer, deberíamos pensar en retiramos, y un lodazal de otros comentarios negativos.

Y no obstante, lo estamos haciendo. Mejor dicho, Dios lo está haciendo.

Después de esa liberación que tuvo lugar en abril, el ministerio tomó un gigantesco impulso. De unas pocas docenas de hombres, el Señor envió seiscientos en Virginia Beach, novecientos en el Salón de baile de Hyatt Regency en Milwankee, mil en la Expo Center de Chicago, alrededor de mil quinientos en el Soldiers and Sailors Memorial Hall de Pittsburgh y así en otros.

En Virginia Beach, Ben Kinchlow tenía el sentir de orar por nosotros, para que pudiéramos ministrar personalmente a 10.000 hombres en 1982. ¡Eso significaba un aumento de diez veces con respecto al año anterior!

Al escribir esto, con una asistencia de dos mil y tres mil hombres en muchas de nuestras reuniones, estamos viendo ya el cumplimiento de esa meta.

Desde que llevé la máquina de escribir a mi cuarto de trabajo y di comienzo a mi tarea, hemos experimentado también allí un sensible crecimiento. En julio de ese año teníamos otras dos personas que nos ayudaban y nos mudamos al garaje para trabajar. No hay nada parecido a hacer el dictado de correspondencia desde el asiento delantero de un auto, o contestar las llamadas telefónicas sentado sobre una máquina de lavar y secar ropa.

Pero después de dos meses crecimos todavía más y en setiembre tuvimos que mudamos a unas oficinas en la ciudad de Corona del Mar. Desde entonces habíamos agregado tres veces más de espacio y de personal.

He observado cómo hombres de diferentes esferas de la vida llegaban a nuestras reuniones con una modalidad humana determinada y se iban con otra diferente. Los mandamientos de Dios

producen el mismo resultado en cada hombre quien quiera que sea o donde quiera que esté. Sus cartas y pedidos de oración me mantienen informado con lo que está pasando.

El Señor se está moviendo en los corazones de los hombres de una manera en que sólo El puede hacerlo. Yo le estoy muy agradecido por ser una parte de ese propósito.

En una reunión reciente de hombres y mujeres, fue de interés vital para mí el ver docenas de *mujeres relatar en forma abierta y alegre los cambios que tuvieron lugar en sus hombres.*

Mi esposa Nancy y yo íbamos en el auto, de regreso de la reunión a casa. Yo había ministrado acerca de las posibilidades que tienen todos los hombres y mujeres de vivir la experiencia de la tierra de Canaán. Nancy me explicaba con cierta excitación un nuevo enfoque que había recibido durante esa reunión acerca de la enseñanza relacionada con Canaán.

— Cuando estabas hablando — dijo —, de pronto descubrí que la Biblia dice que los israelitas no entraron en Canaán porque no tenían fe. Creo que me di cuenta del porque. En Egipto los israelitas habían vivido en esclavitud y pobreza. Se los hizo sentir como seres inferiores, indignos e inseguros. La razón por la cual invocaban a Dios era porque querían salir de su miseria. Pero cuando fue el tiempo de entrar a Canaán tenían temor. Enviaron espías a la tierra y luego aceptaron el informe negativo que ellos presentaron, en lugar de aceptar las promesas de Dios. Aunque sabían que Dios era su Dios, el que los había librado de Egipto, no podían entrar en Canaán. Creo que fue a causa de su pobre auto imagen de indignidad e inferioridad. Ellos no podían creer que Dios les daría todo lo que les había prometido.

— Puedo ver ahora lo que estuviste diciendo — continuó Nancy muy entusiasmada —. Esa generación, con su pobre auto imagen tenía que morir en el desierto y una nueva generación que nunca había estado en Egipto entraría en Canaán.

Era la manera como también sucede con nosotros. Tenemos que morir a esa vieja auto imagen que el mundo, el diablo y el pecado, han estampado en nuestro corazón y en nuestra mente. Por esa razón los hombres necesitan tener un cambio, la nueva imagen de Jesucristo grabada en ellos, para que puedan entrar en la tierra de Canaán.

— Asegúrate de que entiendan — dijo ella con firmeza mientras tomaba mi brazo — que Jesucristo les dará una imagen totalmente nueva y completa de sí mismos, creada por la Palabra, por el poder del Espíritu Santo. Entonces sí estarán capacitados para recibir todas las promesas de Dios para ellos.

Y eso es, exactamente, lo que yo estoy haciendo.

Ben Kinchlow se sentó en el Salón Polo Lounge Room con una nueva imagen de sí mismo. La que Jesucristo le dio porque Ben estaba permitiendo al Espíritu Santo renovar el espíritu de su mente con la autoridad de la Palabra de Dios. Y eso hizo de él un hombre nuevo.
Dios puede hacer lo mismo por usted.

Arrepiéntase de esos pecados. Aléjese de ellos *¡ahora!*

Si nunca le ha pedido a Jesucristo que le perdone sus pecados, ahora es el momento y este es el lugar. Si usted cree en su corazón que Jesús es el Señor, pero nunca lo ha confesado con su boca, este es el momento para hacerlo.

El capítulo diez de romanos dice que el hombre cree con el corazón y es hecho *justo*, y lo confiesa con la lengua y tiene la salvación.

Por lo tanto, diga estas palabras en voz fuerte, allí en el lugar donde se encuentra:

— En este momento, sin ninguna vergüenza o impedimento, sin ninguna vacilación, en frente de todos lo que conozco, familia, amigos, y vecinos, confieso que Jesucristo es mi Salvador personal.
— Creo que en el momento en que se lo pedí, Jesucristo me perdonó de todos mis pecados y envió su Espíritu a mi corazón.
— Que los ángeles se regocijen ahora por mis palabras, porque declaro sobre la tierra que Jesucristo es Señor y lo declaro para la gloria de Dios el Padre.
— ¡Que el diablo tiemble por mis palabras! Confieso en público que Jesucristo es el Hijo de Dios, que vino del cielo a la tierra, fue nacido de una virgen y vivió una vida sin pecado. Anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos del diablo. Fue a la cruz y murió por los pecados del mundo, después de lo cual lo pusieron en un sepulcro.
— Pero ¡se levantó de la muerte! En este mismo momento en que oro, El está sentado a la mano derecha del Padre en los cielos.
— En este momento, por medio de su Espíritu en mí, tengo su victoria sobre el sepulcro, la muerte, el infierno, el mundo, la carne, el diablo, y lo alabo por esto.
— Ahora, Señor, te ruego que operes cambios milagrosos en mi vida entera, creyendo que tú me contestarás. ¡Te alabo ahora por esto!

Amigo, en esta confesión y oración usted acaba de obedecer a Dios. Crea que Dios contestará su oración y producirá poderosos cambios en su mente, corazón, alma, cuerpo, y en su vida entera.

En este momento estoy creyendo en las promesas de Dios para usted.

No permita que nadie intente crear un mundo para usted. Cuando lo hagan, siempre lo harán demasiado pequeño.

Dios es un Dios grande y tiene grandes planes para usted.

Disfrute de la tierra de Canaán en la totalidad de su vida. Matrimonio, parientes, profesión, finanzas, educación. Sí, en cada área de su vida.

Sea un hombre.
Viva la vida de la hombría al máximo.
La semejanza a Cristo.